

EL COJO ILUSTRADO

Año XII

15 DE DICIEMBRE DE 1903

Nº 288

PRECIO

SUBSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES



FLORENCIA: Cuadro de Guido Reni

FIN DE AÑO



Doce años cumple esta Revista de haber aparecido entre los voceros y propagandistas de nuestra cultura y de nuestros progresos intelectuales.

El tiempo transcurrido, el espacio

moral que hemos marchado, los aplausos que hemos recogido, las censuras mismas que hayan creído fundar intereses más ó menos legítimos, constituyen un estímulo, por el cual debemos pensar que no será por ventura insignificante en importancia el esfuerzo empleado en la labor.

Y sin que nos creamos plenamente autorizados para hacer un recuento jactancioso de los méritos de nuestra obra, es, sí, un derecho imprescriptible, é imprescindible su ejercicio, el que á esta hora y en este punto de nuestros empeños nos confieren más de dos lustros de actividad infatigable, de contracción vigorosa y desde el primer instante sostenida, de energía probada en múltiples circunstancias difíciles y de serena conciencia con respecto al cumplimiento del deber espontáneamente impuesto, para que veamos un instante si hubo razón permanente para el aplauso y pensemos si la hubo también fundada para la censura.

Creemos que el primero se debe, entre motivos más ó menos valederos, al propósito inquebrantable de probar con un resultado práctico, visible, constante, á cuánto puede llegar una voluntad resuelta á favor de un ideal, siempre que sea permanente la buena disposición de estudiar y encontrar soluciones satisfactorias á los inconvenientes y tropiezos, ó resuelta decisión á saltar por sobre ellos, en vista y obsequio de un fin superior y honesto; é inmediatamente después debemos atribuir esos estímulos á algún mérito real, á alguna acción favorable á las aspiraciones y á los intereses morales de la sociedad y de la patria á las cuales servimos. Figurarán, acaso, entre esos méritos: el haber rendido siempre y con la más cuidadosa discreción todos los acatamientos que se deben á los representantes reconocidos de la cultura nacional, en las generaciones actualmente en actividad; en haber reverenciado, reverenciando la opinión general, á nuestros escritores y poetas del procerato intelectual, que fuera de nuestros estímulos y para renombre de Venezuela, tenían ya conquistados una reputación y un puésto en el concepto, en la aceptación y en las

opiniones consagratorias de propios y extraños; el haber sido indiferentes, superiores á los transitorios movimientos de las reacciones, cuando se trató, como en toda incidencia de las evoluciones, de arrollar esos nombres y esas reputaciones que fueron un día los únicos que por razón natural y lógica hicieron conocer la vida intelectual venezolana más allá de las fronteras patrias; el haber sido fervorosos propagandistas de los esfuerzos, de los entusiasmos, de la voluntad, de las aptitudes de otra generación, rica en promesas, fuerte en vigor, entusiasta en acciones, como es toda juventud, como ha sido toda energía cuando comienza á obrar y producir.

Y, probablemente, cuando han pasado los instantes de exaltación, de enardecimientos ofuscantes, se nos habrá reconocido cómo nos hemos conservado en una actitud y un puésto de serenidad, de sobriedad, de discreta reflexión, hijos solamente en que no estamos para servir los intereses pasajeros de ninguna aparcería, y expuestos, racionalmente, á desaparecer con ellos en un momento en que la ley evolutiva ya no reclame las acciones demoleadoras; conducta que siempre nos ha valido la compensadora satisfacción de que en los días apacibles, en los días reparadores, cuando ya están en calma los ambientes caldeados por la pasión de un momento, se suavizan espontáneamente las acritudes, las intemperancias y, las impaciencias, y vengán á traernos un voto de reconocimiento por nuestra interposición firme é incontrastable en medio de estériles disputas é ilógicos empeños, que á la postre nada útil, ni digno, ni grande pueden traer para el nombre literario ni para el renombre de la patria.

Para algo provechoso, para algo satisfactorio ha servido siempre esta tentativa de recuento de nuestra labor anual: para adelantarnos á reclamar, en nombre de la honradez y de la sinceridad de nuestro esfuerzo, lo que en un momento de irreflexión el ánimo exaltado, el interés personal no satisfecho en su estrechez, el pequeño orgullo nunca á completa satisfacción halagado en el instante preconcebido.

Estudios de alto y permanente interés, para las ciencias, para la historia nacional, para la industria, para la sociología, para el arte; producciones eruditas, ó bellas, ú oportunas; los resultados de la sabia experiencia de los maestros, la flor preciada del ingenio fuerte y nuevo en frescor de las generaciones nacientes, llenan las páginas de nuestras ediciones; y sólo nos hemos abstenido siempre, con rígida é inexorable severidad, de estampar en ellas conceptos, opiniones, aseveraciones que desdigan de la cultura que proclamamos, del ingenio de que nos enorgullecemos como nación intelectual, ó que aparezcan señaladas por un propósito sistemático de agresión al derecho ajeno, de oposición á las agenas convicciones; pero cuidándonos siempre, y realizando incontestablemente, una marcha progresiva, constante hacia las más sólidas conquistas modernas, en letras y en arte; marcha ordenada para que sea fecunda, consciente y seria para que sea respetada, circunspecta y digna para no exponernos á un fracaso que no significaría solamente nuestro

propio daño, sino también largos duelos de muchas esperanzas y legítimas penas de muchas glorias. Cuando las primeras son legítimas, cuando son bien conquistadas las segundas, las columnas de EL COJO ILUSTRADO han estado y estarán abiertas á las manifestaciones de la cultura efectiva, noble, circunspecta; pero han estado y estarán fuertemente, implacablemente, cruelmente cerradas al desbarajuste, al interés de banderías, al encono, á la mezquindad, á todo sentimiento que por pequeño desdore y por indigno desautorize, proyectando vilipendio ó descrédito sobre el nombre ó el concepto de la Venezuela intelectual y culta ó sobre la obra de las generaciones encargadas de sostener brillante el honor de sus letras y de sus artes.

DE «ESCARCHAS»

(De L. Stecchetti.)

Quando surquen tu rostro las arrugas
y te fatigue el alma el crudo invierno,
oirás como cadencia del Otoño
el rumor de mis versos.

Si cerca del hogar, en tristes horas,
se agitan en tu mente los recuerdos,
á tu memoria llegará punzante
de nuestro amor el tiempo.

Y al remover las frías cenizas
—donde es posible adivinar que hay fuego,—
surgirá de entre ellas el perfume
de mis últimos besos.

Ya habré rodado á la profunda huesa,
á la mansión tranquila de los muertos,
y sentirás que á tu pesar mi sombra
te seguirá de lejos.

Oirás entonces en la silente noche
como un rumor de quejumbroso cierzo
que á tus oídos llevará mis trovas,
mis flébilis acentos.

Esa voz te dirá: ¿Ya no recuerdas
aquel pasado hermoso en que tan bellos
eran los rizos de tu blanca frente,
y tus primeros sueños?

¿Cómo la acción del tiempo te ha cambiado!
¿Cómo el dolor en tu mejilla ha impreso
su huella destructora, y en tu alma
cruel remordimiento!

¿Qué hiciste tus halagos seductores,
tus rojos labios, tus cabellos de ébano,
tus vanas ambiciones, tus falsas
y tus orgullos necios?

Sumida en honda pesadumbre, acaso
imploras vida á tus encantos muertos,
y ves rodar tu juventud y lloras
con lágrimas de fuego.

Y yo entretanto en mi sepulcro callo,
y de amor se estremece mi esqueleto,
y aspiro en el ambiente de la fosa
el olor del recuerdo.

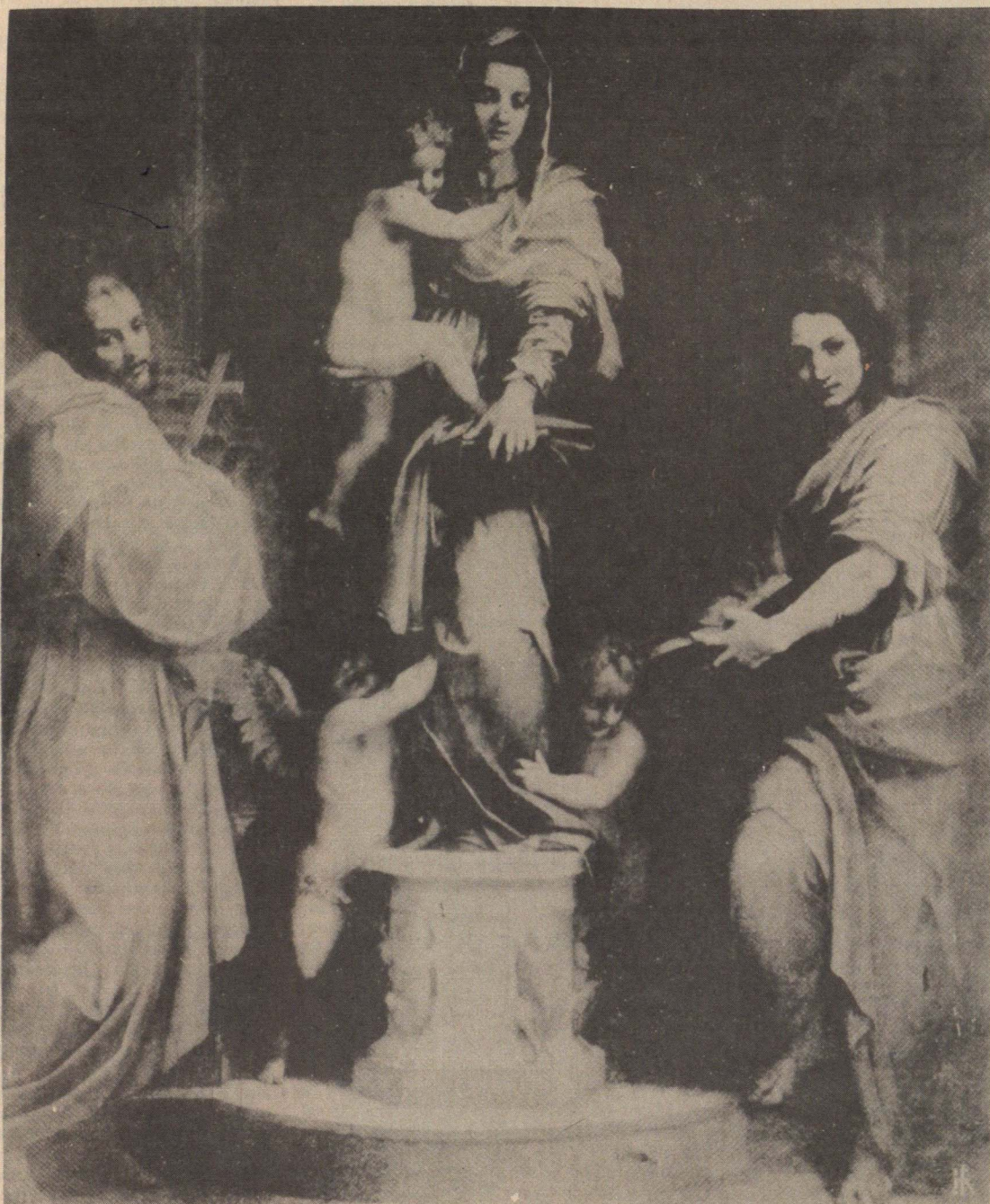
Mas si en la vida me negó la suerte
cambiar en dicha mi angustioso duelo.
Vén! y nos uniremos en la tumba,
en este augusto templo!

Vén! que conservo la ilusión primera,
mi ardiente amor y mi cariño inmenso.
¡Celebremos las nupcias de la muerte!

Oh, vén! que ya te espero!

FERNANDO E. BAENA.

Barcelona—España—1903.



CUADRO DE ANDREA DEL SARTO

RATONES ANARQUISTAS

FÁBULA

«¡O morir ó matar todos los gatos!»
 De este modo, en oculta ratonera,
 Terminaba un ratón sus alegatos.
 Otro le contestó:—«¡qué chilladura!
 Sólo á tí se te ocurre esa tontera,
 Primero debes encontrar un loco
 Que se atreva á emprender tal aventura.»
 —«No es preciso, resuelto está el asunto,
 Aquí traigo veneno, tomo un poco,
 El gato me devora y muere al punto.»
 Te imitaremos en tu noble intento,
 Digno á la par del griego y del romano,
 Clamaron los ratones en conjunto.

Hace el ratón lo dicho y, al momento,
 Se lo traga el felino y cae difunto;
 Otro que lo reemplaza, queda yerto;
 Y cual turnan las olas de Oceano,
 Sucede un gato vivo al gato muerto.
 Convencidos, al fin, los roedores
 De que es aquella lucha empeño vano,
 Que sus males agrava y sus dolores,
 El asunto dejaron de la mano.

.....
 Aprended de estos pobres animales
 A proceder con discreción y tino,
 Vosotros, infelices menestrales,
 Que queréis mejorar vuestro destino
 Por modo tan inútil como falso,
 Y encontráis el remedio á vuestros males.....
 ¡En las gradas sangrientas del cadalso!.....

FRANCISCO PIMENTEL.

SUEÑO VIVIDO

Traducción de

GUILLERMO VALENCIA

El valle del crepúsculo llenaban
 perfumes grises de color de plata,
 como cuando la luna se tamiza
 por entre nubes de borrosas tintas.
 No era la noche sin embargo. Presto
 con las aromas de matiz de argento,
 se disiparon en el valle oscuro
 mis vagos pensamientos de crepúsculo,
 y entre las aguas de una mar tranquila
 me hundí callado... y se me fué la vida.

Ví cálices de flores misteriosas
y negras, que brillaban en la sombra ;

y en corrientes de tinte anaranjado
—como tibios fulgores de topacio—

una luz que pintaba la floresta,
de triste claridad amarillenta,

y todo estaba lleno por las olas
de una rara cadencia melancólica,

Y sin lograr siquiera comprenderlo
mi turbada razón, pero sabiéndolo,

clamaba sin cesar entre mi mente,
que aquella realidad era la muerte. . . .

Y la muerte hecha música ; la hermana
de los hondos anhelos ; la que ama

á los seres que viven, y los busca,
toda vigor entre la noche adusta.

Y en silencio y oculta entre mi alma
lloraba por la vida una nostalgia,

y lloraba y lloraba como llora
el que se va—llevado por las olas

de una enorme embarcación marina
de fantásticas velas amarillas—

que á los tenues fulgores del ocaso,
desde las aguas de un azul opaco

consigue divisar en la ribera
todo el cariz de la ciudad paterna :

y se ofrecen las calles á sus ojos
y percibe el murmullo de los pozos,

y de los caros bosques familiares
aspira las aromas otoñales,

y se finge de piés entre la arena,
como en las horas de la edad primera,

trazado de inquietud con las pupilas
arrasadas en lágrimas esquivas,

y ve el roto cristal de su ventana
y tras ella su alcoba iluminada. . . .

Pero la enorme embarcación marina
que no surte jamás en las orillas,

sigue adelante en el silencio mudo
que hacen las aguas de un azul oscuro.

Sobre los viejos mástiles, tendidas
melancólicas velas amarillas ! . . .

HUGO VON HOFFMANNSTHAL.

DE LA PRENSA UNIVERSAL (*)

—El general Canonge trata de resolver el enigma de Sedán y de adivinar las intenciones del general Ducrot. El Mariscal de Mac-Mahon, dice en síntesis, era el juguete de los acontecimientos ; tenía la intención de seguir la marcha sobre Mezières y, sin embargo, se detuvo de pronto, dejando al ejército en deplorables condiciones. Un sólo hombre habría podido, no conjurar el desastre, sino atenuarlo : era el General Ducrot, que había concebido la idea de la ofensiva contra la línea Fleigneux-Saint-Monges. (*Le Correspondant*.)

—Emilio Magne está convencido de que la *censura dramática* es una institución arcaica y superflua. A pesar de las tendencias de la literatura actual, los autores en el teatro, cuidadosos de la moral popular, ejercerían, si no existiese, su propia censura. Saben demasiado que hay cosas que no pueden proclamarse sobre las tablas, que son una tribuna. (*La Grande Revue*.)

—La invasión de los yankees en el Cana-

dá no se efectúa solamente por los hombres, por la clase agrícola ; también se realiza, y en especial, por el oro, esto es, por la intrusión de los capitales americanos en el comercio y en la industria del Canadá. Los americanos han puesto mano en las minas de hierro y en los talleres de fundición. La industria del nickel en Sudburg (Ontario), la más productiva del mundo, está bajo la dependencia americana ; en Sault-Saint-Marie han establecido una gran fundición de hierro y manufacturas de cartones y papeles ; poseen, además, los ferrocarriles canadienses. Están allí como en su casa. Los gobiernos del Canadá comienzan á inquietarse por su inmensa influencia. Se cuenta un americano por cada tres habitantes. Desde el punto de vista económico, nadie les aventaja : el peón americano es habilísimo para transformar los desiertos del Noroeste. Desde el punto de vista étnico, los políticos del Canadá, opuestos á toda idea de anexión, temen una lenta americanización. (*La Nouvelle Revue*.)

—El general Frey anuncia los progresos que ha hecho el ejército chino desde la campaña de 1860 y el conflicto chino-japonés de 1894. Los oficiales de los diversos contingentes del cuerpo expedicionario internacional, durante las maniobras ejecutadas en los alrededores de Pekin en los últimos meses de 1901, quedaron sorprendidos de la actitud y la muy seria instrucción militar de los 4.000 soldados que formaban la escolta de la Corte imperial, á su vuelta á Pekin. La prontitud y el vigor con que el destacamento enviado en los promedios de 1902 á combatir á los boxers en Petchili reprimió la revuelta, son otra prueba favorable al ejército chino. Caracterizan en alto grado al soldado amarillo : la docilidad, la sobriedad, la resistencia y el desprecio por la muerte. (*Revue des Deux Mondes*.)

—Ernesto Daudet publica una página de la historia de Saboya en la época de la Revolución. *Las señoras de Bellegarde*, convertidas en furiosas republicanas á pesar de su origen aristocrático, sostienen á los comisarios de la Convención, Philibert Simoud y Héruault de Séchelles, de los cuales se han prendado. (*Idem*.)

—Paul Gautier hace referencia á las relaciones de *Chateaubriand* y de *Mme. de Staël*. El joven emigrado ataca á *Mme. de Staël* en la *carta al ciudadano Fontanes sobre la segunda edición de la obra de Mme. Staël*. Toda obra literaria en Francia, en la época del Consulado y el Imperio, pertenece á una de las dos grandes corrientes de ideas revolucionaria y contra-revolucionaria que se dividían entonces la sociedad, y es preciso tenerlo en cuenta para comprender las relaciones de ambos escritores. Como tenía el alma noble y romántica, y el corazón excelente, *Mme. Staël* se conmovió por los infortunios del autor de *Atala*, que de pronto se había hecho célebre. Pero la tal sociedad del Consulado estaba rída por las suspicacias ; la castellana de Copet creyó que él mostraba sus cartas, se juzgó comprometida y se enojó. Hubo reconciliación y restablecimiento de la correspondencia. Se volvieron á ver después de los Cien Días ; fue á él á quien le dirigió desde su lecho de muerte estas palabras que la pintan por entero : «Siempre he sido la misma, viva y triste ; he amado á Dios, á mi padre y á la libertad.» (*Idem*.)

—Se ha celebrado en el mes de octubre el centenario del Código Civil francés, que según la revista de la cual extraemos la noticia ha estado en vigor bajo siete régimenes y se ha transformado con ellos ; siendo dictatorial durante el Imperio, devoto bajo Luis XVIII y Carlos X,

burgués con Luis Felipe, obrero con Luis Blanc, industrial bajo Napoleón III y nuevamente obrero con la tercera República. (*Revue de Paris*.)

—Michel Salomon afirma que el fanatismo de nuestro tiempo es la *ciencia*, á la que consideramos como una entidad, como una potencia anónima. El fetuquismo del método experimental bien vale cualquier otro fetuquismo, y el autor repite la célebre frase : «Cada época es bizca de cierto lado y el mismo diablo no la haría volver los ojos hacia el otro.» (*Quinzaine*.)

—La Prusia, dice Augusto Erdmann, ha visto organizarse durante su vida parlamentaria el *partido católico*. En 1852 entraban en la segunda cámara 63 católicos, quienes después de haber sido llamados la fracción católica, tomaron el nombre de fracción del centro. Este centro, según el autor, no representaba exactamente á los católicos alemanes ; de los 56 millones de almas del imperio, hay 20 millones de católicos, esto es, el 30 p. 100. Habiendo tomado participación en las últimas elecciones, nueve millones y medio de votantes, el centro debiera componerse de diputados electos por un millón y 420 mil votos. (*Socialistische Monats-Hefte-Berlin*.)

—Del 7 al 9 de septiembre se reunió en Viena la XI Conferencia interparlamentaria. Concurrieron á ella 400 diputados en representación de catorce parlamentos europeos ; entre los franceses figuraban : el senador Labiche, el vizconde de la Batut, Federico Passy, Lockroy. (*Die Friedens Warie*.)

—Sir G. W. Kekewich demuestra que corresponde al partido liberal, forzosamente modificar la *Ley sobre enseñanza* (Education Act), en lo que concierne á la instrucción primaria. En lugar de satisfacer al público, no hace sino agravar la dificultad, chocando violentamente con los sentimientos religiosos de la población. Los no conformistas la critican duramente y está lejos de ser bien acogida en las filas de la Iglesia anglicana. La cuestión se debate hoy entre los que quieren excluir completamente al pastor de las escuelas del Estado, cuya absoluta laicización reclaman y los que piden que continúe enseñándose la religión, pero en este último caso importa no concederle privilegio á ninguna doctrina. Será sobre este terreno que se librará la próxima campaña electoral. (*Contemporary Review*.)

—Mary Duclaux publica el final de un estudio acerca del campesino francés, de quien examina la situación presente, la cual evidentemente se mejora, pero que aún no está exenta de algunos vasallajes de tiempos anteriores á la Revolución. Subsisten esas esclavitudes bajo nombres diversos en muchas comunas rurales. El autor ve entre otras la condición de colono como una supervivencia del antiguo régimen. Otro azote que no ha desaparecido es el éxodo de los campesinos hacia los centros urbanos. Ahora bien, se impone el regreso á los campos : así comienza á entenderse lo y el maestro de escuela contribuirá mucho á ello, dando á los niños á quienes está encargado de educar, una instrucción á propósito para favorecer la descentralización y combatir lo que se llamó en los siglos XVII y XVIII «el vicio de Versailles», es decir, el abandono de la provincia para agruparse en torno del poder. (*Idem*.)

—Un escritor anónimo, en un retrato político del emperador Guillermo, hace observar que la Alemania puede exponerse á un serio fracaso, si, cediendo á las veleidades de su emperador, se lanzase en aventuras en las cuales sus aliados no vieseen para ellos ningún interés, sino la obligación de subvenir por su parte á los gastos de la tentativa. Concluye afirmando que la Triplice, á despecho de su alianza de-

(*) Extractos de revistas francesas, inglesas, alemanas, italianas, americanas, etc., etc.

corativa, no está en capacidad de afrontar una guerra. (*Idem.*)

—Octavio Uzzane traza la evolución de la literatura francesa contemporánea y hace ver que el comienzo del siglo XX es, bajo este concepto, diametralmente opuesto al del siglo precedente: el estado actual de los espíritus es absolutamente distinto de antes. El gusto por las ciencias, por la experimentación y por los trabajos prácticos ha reemplazado gradualmente á las especulaciones puramente intelectuales. Hoy se vuelve la vista hacia los problemas de humanitarismo, de filosofía social, de análisis psíquico, de investigación exacta. Este cambio resulta de que la joven generación francesa ha nacido en pleno movimiento: no ha conocido la sed de vida intelectual, la pasión de leerlo todo y de comprenderlo todo que caracterizaba á las generaciones de 1840, á 1870. Se limita, por tanto, á los esfuerzos cuyos resultados son más inmediatos y más seguros. Sin embargo, el autor critica vivamente la pléthora de producción literaria que hace pasar al libro por una crisis aguda. ¿Quiere esto decir que la literatura lujuriosa esté moribunda? M. Uzzane no lo cree, pero juzga que esta evolución hacia una muerte aparente es, con toda probabilidad, el indicio precursor de un renacimiento. (*Fortnightly Review.*)

—Willet M. Hays y O. J. Kern dan detalles interesantes acerca de los grandes progresos realizados en los Estados Unidos en el dominio de la educación rural. Las granjas se han convertido, para quienes las sirven en calidad de criados ó empleados, verdaderos hogares, en los cuales los jóvenes y las mujeres encuentran, al lado de los trabajos campestres, escuelas que los inician prácticamente en la agricultura. En esas escuelas, los hijos del campesino reciben no solamente lecciones, sino también principios de educación, y la vida rural llega á ser, en tales condiciones, un medio de cultura moral é intelectual. (*Review of Reviews.*—New York.)

—Dudley Cosby ve el liberalismo en el caos, los campeones del unionismo en conflicto, el partido conservador diariamente silbado por sus mismos partidarios, el gobierno dislocado, en suma, el desastre parlamentario y político. El caos del liberalismo viene de que, ganándose terreno á sus adversarios en cada elección parcial, no tiene *leader* reconocido y no puede, por consiguiente, contar con una perspectiva de éxito durable. El autor atribuye este estado de cosas á que hay demasiada preocupación exclusiva por las reformas políticas, en lugar de consagrarse enérgicamente á las reformas sociales. (*Westminster Review.*)

—«Poca civilización nos aleja de la vida rural, dice Emilio Vandervelde; mucha civilización nos torna á esa vida.» En un artículo relativo á la *Unión de la ciudad y del campo*, E. Lozinsky provee argumentos en apoyo de aquella tesis, haciendo notar las actuales tendencias de retorno al campo. La rápida industrialización de la vida social ha tenido por consecuencias la hipertrofia de las ciudades y la atrofia de las aldeas. Las tres cuartas partes de la población de Inglaterra están concentradas en las capitales. Si el éxodo rural prosiguiera con la misma actividad, á mediados del siglo XX se observaría una proporción análoga entre la población de las ciudades y la de los campos, en Bélgica y en Alemania. La degeneración física y moral es el resultado fatal de este exceso de población de las ciudades y hay por ello motivos para temer por el porvenir de las razas cultas. Pero á tal problema se ofrece una nueva solución, que disipa toda inquietud. Cada día creciente, se esboza un movimiento centrífugo que combate los



FLORENCIA: Cuadro de Rafael Sanzio

efectos de la atracción al centro. Se trata y se tratará más y más de realizar para las colectividades humanas un tipo intermedio de ciudad que no sea ni metrópoli ni aldea, sino una síntesis inteligente de ambas, que reúna sus ventajas y que carezca de sus inconvenientes. Escritores de gran nota, como Vandervelde, Fritsche, Hovard, predicán en favor de esta ciudad futura y presentan proyectos para su organización. (*Mir Bojy.*—San Petersburgo.)

—A Sirotinin hace preceder la traducción de una novela del escritor búlgaro J. Vasoff de un análisis sucinto de su obra literaria. Vasoff fue, con Karaveloff y Botieff, el apóstol de la independencia búlgara. Pero en tanto que aquellos dos veían en la rebelión y en la guerra los únicos medios para sacudir el yugo turco, Vasoff, soñador y pacífico, creía firmemente en el

advenimiento de una era de justicia y afirmaba que «Bulgaria debía conquistar por el sufrimiento su derecho á la libertad.» Algunas de sus novelas, entre ellas la última, *Bajo el yugo*, han sido traducidas al ruso. (*Istorichesky Wiestnik.*)

—Mme. A. Tcherevkoff expresa su admiración por *Boston y la instrucción en América*. Fue en Boston en donde nació y se desarrolló la idea de la independencia americana; y fué allí también en donde se pusieron los fundamentos del sistema escolar que dió tanta fuerza á la poderosa república. Ya, para los principios del siglo XVII, toda aldea de 50 casas del Estado de Massachussets estaba obligada á sostener á sus expensas un institutor que enseñase á los niños á leer y á escribir. Las agrupaciones constituidas por cien familias poseían escuelas llamadas gramaticales, en

las cuales se preparaban aspirantes á la instrucción superior. Este Estado continúa marchando á la cabeza del movimiento pedagógico é intelectual; posee, para dos y medio millones de habitantes, 7.400 establecimientos de instrucción primaria y secundaria y 16 escuelas superiores. Los hábitos de independencia que desde la infancia se les inculcan á los niños, le dan un alto valor al sistema adoptado en los Estados Unidos. (*Rousskaia Mysl.*)

—Al pasar revista á los trabajos del primer Congreso internacional de educación social, reunido en París en 1900, E. Lozinsky llega á la conclusión de que en la época actual la pedagogía cambia de rumbo. Durante el siglo XIX, y casi hasta nuestros días, permaneció fiel á sus tres elementos tradicionales: el individualismo, el aristocratismo, y el espíritu moralizador que la alejaban de nuevas corrientes y debilitaban su prestigio y su interés á los ojos de los mejores representantes de la sociedad contemporánea. La transformación de sus principios no se manifestó sino á fines del último siglo, en Alemania y sobre todo en Francia y se tradujo en la producción de obras consagradas á la educación social, cuya primera enseñanza es: «No olvidéis un solo instante que formáis parte de la gran familia humana.» La solidaridad social es, pues, el ideal de esta nueva pedagogía. (*Obrazovanie.*)

—La *Servia y los serbios* han llamado de nuevo la atención de los pueblos, por el drama sangriento de Konak. Véase cómo R. Feinberg caracteriza á aquella nación: «El valor guerrero de los serbios está universalmente reconocido: los mismos bizantinos han hecho su elogio. Penetrados de una altiva confianza, son inteligentes y no les falta astucia. Celosos siempre de sus intereses, casi nunca engañan, pero, también, se dejan engañar muy raras veces. Defienden sus derechos con una tenacidad extraordinaria y no desdennan provocar procesos en los cuales, gracias á su talento innato de oradores, ellos mismos defienden personalmente su causa. Ejercer un oficio, para procurarse medios de subsistencia, les parece indigno de un hombre libre y todos los esfuerzos del gobierno para fomentar la industria en el país han sido infructuosos. (*Idem.*)

—Acaso la última publicación de Teodoro Mommsen, el eminente historiador cuya muerte anunció el cable en la pasada quincena, fue un llamamiento que dirigió á los Ingleses, con la esperanza de una aproximación entre Alemania é Inglaterra y el cual llamamiento concluye así: «Arrojo una mirada retrospectiva sobre mi larga existencia: de todo cuanto he deseado para mi propio país y para el mundo en general, apenas veo realizada una parte insignificante. Pero la Santa Alianza de las naciones ha sido el ansia de mi juventud y la estrella de mi vejez. Permanezco fiel á mi convicción de que el Alemán y el Inglés están llamados á marchar adelante, *la main dans la main.*» (*The Independent Review.*—Londres.)

—León Blum hace revista del teatro de Gabriel D'Annunzio, cuya obra dramática es ya considerable. Se abrió esa obra con dos fantasías, elegiacas ó romancescas: *El sueño de una mañana de primavera* y *El Sueño de una tarde de otoño*; y se cierra provisionalmente con una tragedia histórica. *Francesca de Rimini*, representada en Roma y hasta ahora no traducida. Entre los Sueños y *Francesca* hay tres grandes dramas, compuestos de 1897 á 1899: la *Gioconda*, la *Ciudad muerta* y la *Gloria*, cuya traducción francesa acaba de reunir D'Annunzio en un volumen titulado *Las Victorias mutiladas*. El solo título basta para seducir las imaginaciones poéticas. Las victorias mutiladas! Parece que se ven «las grandes figuras aladas, vestidas de vien-

to: la victoria de Samotracia y la que esculpió Feonio para el templo dórico de Olimpia...» Pero las tragedias reunidas bajo aquel hermoso título son también demasiado bellas y es de admirarse que su publicación no haya producido gran ruido en el mundo literario. M. Blum dice que los literatos franceses aman poco á D'Annunzio, sin saberse por qué; pero que á pesar de todas sus imperfecciones, las tragedias del poeta italiano exhiben una alianza íntima y rara del talento dramático y del poético, lo cual constituye su belleza, haciéndolas una de las obras más altas y más nobles de los tiempos modernos. (*LA RENAISSANCE LATINE.*)

—A propósito de los «cuadernos» de Stendhal, escríbese que Beyle supo, de una manera excelente, inspirarse en las ideas de otros y mostrarse original en sus imitaciones, en lo cual sus ensayos lo exhibieron desenvuelto y audaz. Casimir Striensi afirma, con pruebas que apoyan su aserto, que la primera obra de Stendhal, *Cartas escritas en Viena, sobre el célebre compositor José Haydn*, publicadas con el pseudónimo Luis Alejandro César Bombet, no son otra cosa que un hábil plagio de *Haydn* de Carpani, obra publicada en Milán dos años antes. Acusado por el autor, Stendhal, bajo el nombre C. G. Bombet, supuesto hermano del falso Luis Alejandro César, emigrado, capitán de granaderos del ejército real, muy viejo y muy gotoso para contestar por sí mismo, defendió su impostura con el más insolente desdoro. Su segunda obra, *Roma, Nápoles y Florencia en 1817*, contiene pasajes enteros, copiados casi palabra por palabra de un artículo del número XV de la *Edinburg Review* y otros traducidos del *Viaje á Italia* de Goethe, hurto que el poeta soportó con la más noble y generosa indulgencia. Pero, como lo dice Striensi, «no hay plagio de una literatura á otra, cuando se hace el oficio de hábil traductor.» (*LE MERCURE DE FRANCE.*)

—Giuseppe Antonio Borgese toma texto de la última obra de D'Annunzio, *Laus Vita*, para estudiar la obra del poeta. Esta obra contiene, en efecto, á D'Annunzio todo entero. Es un llamamiento magnífico á todas las vitalidades de la raza, para fundirlas con las aspiraciones modernas y formar una nueva alma latina. Es esa la grande impulsión que hace vibrar todos los episodios de ese inmenso poema, uno de los mayores por el conjunto y uno de los más vivientes por su magnífico movimiento lírico que haya concebido jamás ningún poeta contemporáneo. El *Laus Vita* es un triple viaje, cerrado simétricamente, entre un prólogo y un epílogo. El primero de estos viajes lo realiza el poeta á través de la civilización helénica; pero no es una evocación de poeta erudito, que trata solamente de reproducir formas y colores: es la obra de un poeta que mezcla su alma latina y contemporánea al alma materna de la Grecia. Es á Roma, «al reino de la vida,» á donde hace su segundo viaje, pero en esa Roma antigua saluda á la esperanza y á la imagen profética de un nuevo triunfo latino. Las comunicaciones con el alma antigua le han dado fuerzas para emprender un tercer viaje, el más difícil, pues se trata de atravesar «la inmensa aridez de un desierto sin vida y sin oasis,»—el mundo moderno,—para llegar á la próxima época de promisión, en la cual el hombre ordenará armoniosamente sus fuerzas en la concepción de una nueva vida, y renovará en el mundo entero la paz romana. D'Annunzio es un individualista: «la exaltación de la vida individual se manifiesta en él tanto en la idea como en la forma.» Cree todavía en la necesidad de los héroes, y es de nuevos héroes de quienes espera la nueva grandeza de la patria latina. (*NUOVA ANTOLOGIA.*)

—En la revista española cuyo nombre indicamos adelante se está publicando una narración novelesca pero históricamente docu-

mentada, titulada *Los españoles en Rusia durante la campaña napoleónica* y que es una interesante contribución á la historia del gran desastre. Había contingentes de todas las naciones en ese inmenso ejército invasor de más de 600.000 hombres, que Napoleón fué á enterrar bajo los hielos de la Rusia: el contingente español de 13.500 hombres formaba parte de la 14.^a división, mandada por el general Broussier: constituía los regimientos de línea 9.^o, 35.^o y 54.^o De esos 13.500 hombres, 5.600 pertenecían á los regimientos de Asturias, Guadalupe y de los Algarves, que Napoleón había hecho marchar desde Dinamarca, en donde estaban acantonados: fueron completados con los prisioneros españoles á los cuales se incorporaron. (*HOJAS SELECTAS.*)

—La Baronesa Grimm publica un artículo contra el *argot* de los salones, para combatirlo como una forma detestable de vulgaridad, aconsejando á las jóvenes, sobre todo á las bonitas, que si es poco caritativo y muy reprochable mofarse de la gente demasiado ordinaria, es mil veces peor imitarla en su lenguaje. La baronesa alude á los distintos *argots*, militar, musical, el de los ladrones, el de los obreros, el literario, el de los sports, el de todas las profesiones en todos los países; á lo que en español se llama *germania ó jergonza*, en inglés *cant ó slang*, en italiano *gergo*, en holandés *bargoens*, en alemán *rothweisch*, en portugués *calão*, en bohemio *hantyrka*, en la India *hataibalan* y en la China *hiantchang*.

Es un vicio contagioso: flota en el ambiente, creado á las jóvenes por los hermanos, los parientes, los parejas de baile, los novelistas, los autores dramáticos. Poco á poco se adquiere el hábito de usar ciertos sinónimos y á la larga se deforma la conversación con una enfermedad de lenguaje que revela una enfermedad de alma y de corazón. La escritora opina que el *argot* concuerda mal con el pudor, con el buen tono, con la reserva, con la gracia y con la distinción que la mujer está obligada á representar en sociedad, en donde debe siempre mostrarse maestra del tacto, «esa virtud femenina por excelencia, ese instinto sublime que evita las palabras violentas ó incongruentes, ese genio delicado, hecho de matices, de respeto de los méritos, de los prejuicios ó de las pretensiones de los demás, y que es el arte de conciliar las palabras con los pensamientos, el arte del cumplido refinado, la mejor escuela de tolerancia, el encanto y el adorno de la vida social.» (*LA SEMAINE FRANÇAISE.*)

—Los cálculos estadísticos han dado una señal de alarma á los pensadores y á los políticos de Inglaterra: «la raza inglesa se multiplica hoy con mayor rapidez que antes. G. Lobadje-Lagrange comenta minuciosamente un estudio publicado por M. Edwin Cannan en la *Fortnightly Review* en el cual se prevé que llegará un momento de este siglo en que comenzará irremediamente la decadencia del Reino Unido, como lo comprueban indicaciones matemáticas infalibles. Los cálculos del sabio mencionado se refieren á la segunda mitad del siglo pasado y por ellos se observa que el término medio de hijos para cada matrimonio, que de 1881 á 1886 era de 4,36, bajó á 3,90 en 1894 y no fue sino de 3,63 en 1900. Ahora bien, para que la población no disminuya es preciso, según los cálculos de los economistas más autorizados, más de tres hijos, pero nunca cuatro para todos. ¿Cómo es, entonces, que Inglaterra va á decaer? Un escritor alemán se ha encargado de dar la explicación del problema, á propósito de la despoblación de la Francia. Inglaterra se verá de ahora en adelante obligada á aplicar los principios de la gran revolución cuya responsabilidad ante la Historia corresponde por completo á Malthus. El filósofo que ha hecho pasar á la esfera de la voluntad humana una cuestión abandonada antes á los solos designios de

la Providencia, ha preparado de atrás la extinción de todas las razas civilizadas. ¿Cómo podrían los ingleses permanecer fieles eternamente al ideal de la familia bíblica, si los oráculos de una ciencia nueva les prueban con el aparente rigor de una demostración geométrica que un crecimiento rápido de la especie humana no tendría como resultado inevitable sino condenar á todos los habitantes del planeta á los horrores del hambre al cabo de pocas generaciones? La nueva doctrina ha hecho progresos tanto más rápidos, cuanto que permite conciliar sentimientos muy vivos que parecían contradictorios. ¿No es, en efecto, un rasgo genial de Malthus haber encontrado un medio de satisfacer simultáneamente el egoísmo del hombre y la ternura que experimenta por su progenitura? Los gozos de la paternidad son tanto más intensos cuanto más se concentran en un solo sér. Un hijo único no procura á sus padres sino satisfacciones, por supuesto mientras está pequeño. Semillante solución no solamente impide que la familia se extinga, sino que le permite conservar intacto su patrimonio. Poco importa, por otra parte, que la fortuna sea considerable ó mediocre: en el primer caso, asegura á una casa los medios de conservar su rango; y en el segundo, es casi indispensable para facilitar el esfuerzo ininterrumpido que una familia está obligada á hacer para subir un grado en la jerarquía social de cada generación. El nacimiento de un nuevo hijo no hace sino reducir el presupuesto anual que un padre destina á sus placeres menudos y la madre á sus *toilettes*: cuatro ó cinco hijos más, llevan, en Inglaterra y en casi todos los pueblos occidentales, hacia el proletariado. La revolución económica que se produjo en la Gran Bretaña en los últimos años del siglo pasado, ha contribuido en gran parte á favorecer los progresos de la doctrina de Malthus en un país en que las leyes civiles y las tradiciones religiosas parecían estar al abrigo de semejante azote. La crisis agrícola hizo sufrir tan enormes reducciones á las rentas de los lores, que los dominios hereditarios cuyos productos bastaban antes para sostener la opulencia del jefe de la familia y proporcionar una renta vitalicia á media docena de hijos, apenas alcanzan ahora para proveer al sostenimiento del primogénito. Por otra parte, el movimiento de concentración que ha suprimido la media y la pequeña industria en provecho de la grande, y la extrema difusión de la riqueza mueble, ocasionada por la política inglesa que se inspiró en la escuela de Manchester, han multiplicado fuera de toda regla el número de familias que viven de una renta fija. No pueden imaginarse condiciones más desfavorables al aumento de la población. El empleado de comercio expuesto á sufrir el contra-golpe de la decadencia industrial en un país cada día más acosado y de más cerca por la concurrencia americana y alemana, el rentista cuyas entradas disminuyen por las exigencias del *income-tax* y por la reducción del tipo de interés, todos los padres de familia cuyos recursos van disminuyendo, no pueden sino ver con terror la multiplicación de una descendencia condenada á perecer de hambre ó á degradarse. El obrero inglés tiene que temer simultáneamente las exigencias del fisco y la disminución del tipo del interés; en consecuencia, es quien sufre más directamente los efectos de una crisis cuya responsabilidad le atañe en gran parte. Los *Trade-Unions* se aprovecharon de la prodigiosa explosión de prosperidad que se produjo bajo el reinado de Victoria, para elevar al máximum el precio de la mano de obra y constituir á los obreros de la Gran Bretaña en clase social organizada. Es, precisamente, en esta clase en donde está comenzando á hacer estrago la doctrina de Malthus. (REV. CIT.)



CUADRO DE MURILLO

EL MENDIGO

(De Ivan Turguenet)

(GLOSA)

Iba yo por cierta calle melancólica y estrecha,
y un mendigo me detuvo cabe el borde de la acera,
rebotando de amargura, de cansancio y de aflicción;
un decrepito mendigo, con los ojos como brasas,
con los labios como adelfas, carcomidos por las llagas,
harapiento y destrozado por las garras del dolor.

¿Cuán horriblemente había quebrantado la miseria
á aquel viejo tembloroso de faz triste y macilenta,
á aquel viejo que imploraba con pesada y ronca voz!

Me alargó una mano roja, una mano hinchada y sucia,
y al pedirme algún socorro, sollozaba de amargura,
apoyándose en el mango tosco y recio del bastón.

Y busqué por mis bolsillos; pero en ellos ¡oh pobreza!
no guardaba ni un centavo, ni un pañuelo tan siquiera.
Y el mendigo continuaba sollozando su dolor!
Y mirándome con ojos calcinados por la fiebre,
esperaba el sin ventura que mi mano al fin le diese
la limosna que pedía con pesada y ronca voz.

Y confuso, avergonzado, sin saber lo que me hacía
en presencia de aquel hombre cuyos labios daban grima,
estreché su roja mano con profunda compasión.
Luego alcé la vista al cielo por las lágrimas nublada,
y le dije al triste viejo desde el fondo de mi alma:

Ten paciencia, hermano mío, y perdóname por Dios.

En mis ojos fijó el viejo sus fosfóricas pupilas,

y sonriendo con dulzura, estrechó mis manos limpias, siempre limpias de la infamia y del dolo triunfador. —Está bien, hermano--dijo con su voz pesada y ronca-- que esas manos compasivas son también una limosna, porque alivian mis torturas y dan tregua á mi aflicción.

Y al ver yo que por la angosta, negra calle se alejaba, exclamé con voz ferviente desde el fondo de mi alma : —¡Dios te alumbre con su gloria y te dé fuerza y valor! ¡Dios te ampare y te redima, pobre hermano lastimoso, que ese alivio que tú sientes es también como un socorro de piedad para mi alma y de inmensa compasión!

GONZALO PICON-FEBRES.

1903.

EN OTONO

La lluvia obstinada y fría
De aquella tarde brumosa
Desbarató muchos nidos
Y deshojó muchas rosas!...

Allá en la desierta sala,
Junto á la ventana gótica,
Los dos solos: él callado,
Ella pálida y tediosa
Finge desdén, y sus ojos
Están tristes y no lloran,
Y las crueles palabras
Que de su garganta brotan
Quieren herir y acarician,
Quieren vibrar y sollozan.
La falta es nube de estio
Y las nubes se evaporan
Cuando surge el sol radiante;
Pero ella piensa orgullosa:
«Cuando el corazón lastiman
Las faltas no se perdonan.»
El medita que al agravio
«Las rodillas no se doblan»,
Y ambos callan pensativos
Junto á la ventana gótica...
¿Por qué no arrojan la máscara
Si al cabo los ojos lloran?
¿Por qué están mudos los labios
Si las almas están rotas?
¡Ay! en balde los recuerdos
Tienden el ala y remontan
Los horizontes azules
De las horas venturosas;
En vano recuerda ella
El despertar en la alcoba,
Cuando de la serenata
Se desprendían las notas
Y sobre del blanco alféizar
Aparecía en la sombra
Una mano que se alzaba
Con un puñado de rosas!

En vano el galán medita
En las fugaces memorias!
En el calor de los besos,
En las palabras ansiosas
Y en la frente pensativa
Y en los rizos de su novia!
Los recuerdos vuelven tristes
Con las alas temblorosas
Y friolentos se acurrucan
Otra vez en la memoria,
Ella, firme, piensa en que
«Las faltas no se perdonan»
Y él medita silencioso:
«¡Las rodillas no se doblan!»
.....

Y estaba la noche triste,
Y se quejaban las hojas
Cuando la lluvia seguía
Cayendo en la noche umbrosa
Desbaratando los nidos
Y deshojando las rosas...

JOSÉ JUAN TABLADA.



MARIE BASHKIRICHEFF



OMANDO el sol, en Niza, bajo el beso de un día de primavera, está María, la incomparable rusa, la pobrecita y divina rusa, que tuvo en su alma de lira el poder de amarlo y sentirlo todo.

Como ella nadie ha sentido aún. En sus nervios finisimos, en la enfermedad de su espíritu maravilloso, las emociones, todas las emociones, las más sutiles, las más extrañas, despertaron y vivieron la vida fugitiva de una voluptuosidad.

Está en Niza. Con la mano defiende de los rayos del sol, sus ojos dulces y azules de septentrional. En su rostro se advierte una alegre frescura de vida. Sus cabellos, húmedos todavía por el baño saludable la dan un aire de dicha inocente. Sus labios entreabiertos por una sonrisa vaga dan paso al aire fecundo de la mañana. Sus ojos, llenos de luz, gozan la perspectiva del mar tranquilo.

Dos plumas magnas, Mauricio Barrés

y José Asunción Silva, la han supuesto y perfilado admirablemente. Gómez Carrillo la dedica en *Literatura Extranjera* un capitulo. Max Nordau la acusa de degeneración junto con Wagner, Nietzsche, Rossetti, Ibsen. Las almas cultas la aman.

Recordando algunos párrafos de su *Diario* y fijos los ojos en su retrato, que en mi estancia vierten una suave luz de grandeza, mi pensamiento la concibe, brevemente, así: Recienllegada de Rusia, el tumulto de París hostiga su alma nerviosa y vase á Nápoles. En sus calles polvorosas lo ama todo: los duques, las duquesas, los palacios, las flores, las piedras mismas despiden para sus ojos, centellos fulgurantes de gloria. Ella dice: *Mi Nápoles, mi dulce Nápoles* y quisiera que Parthénope fuera un hombre, un sér, para amarlo, para besarlo, sobre todo para amarlo, como ella ama, como ella amará un día. En el hotelillo donde vive, todo la es amable, hasta el patrón. Es un patrón hosco, de faz torva, un rostro de catacumba, pero para María es un hombre serio. Ella piensa: La seriedad es deber de varones. Serios han sido todos los grandes. La encanta el patrón. Si se encoleriza y vocea, ella en silencio lo disculpa y en ese instante, la ira tiene en ella la consideración de una belleza. Los gestos estultos del hotelero la parecen admirables. Ama tanto á Nápoles!...Un día que va de paseo,

un tatur ebrio la cierra el paso y ella, impulsada por su condición social, retrocede, pero tan dulcemente!... Ha estado á punto de decirle gracioso! y de hacerle un mohín encantador. El tatur ebrio despierta en su corazón un sentimiento de compasiva dulzura y siente todo su sér removido por una piedad caritativa. Al retroceder ha querido ser la esposa amante y desgraciada, la Dolorosa de ese Cristho, clavado en la cruz de su vicio. Ha querido ser la esposa para convencerle de su mal y llevarle, amorosamente camino del Bién. Ha deseado ser la Dolorosa para derramar, cuando él viene al hogar, inseguro y brutal, sus lágrimas silenciosas, y seguirle en su ruta melancólica.

Otro día va á tomar un baño. El agua fría la produce una delicia infinita. Ella hunde su cuerpo todo en el mar y la onda masculina al acariciarlo largamente la hace temblar de voluptuosidad. En un raptó de profunda alegría da muchos besos al agua. El agua Dios mio! qué santa es el agua. Y despereza su cuerpo en la inmensidad trémula. Sus ojos adquieren un brillo de felicidad. Ha deseado, bañándose, una casita junto al mar, muy junta á la orilla, una casita de pescador, para estar todo el día, toda la tarde, á la hora de la noche que desee, viendo el agua, dulce y azul, como una insinuación.

El Vesubio!... Todo un día ha estado mirándolo. Su penacho de humo la hace amarlar y ella lo figura un gigante que duerme. El monstruo la causa amor y horror. Lo teme y lo adora. Piensa que si el gigante enciende de nuevo su pipa, todos han de perecer, menos ella. Algo ignoto, algo confuso que aletea, como una superstición, en su cabecita adorable, la dice que el volcán la ama; y ella finge ver en el humo negro que brota, un humo blanco que es un beso del Vesubio enamorado.

Desde este miraje, puramente emotivo, la he concebido rápidamente, en mi intensa adoración hacia ella, la más ideal aparición de mujer.

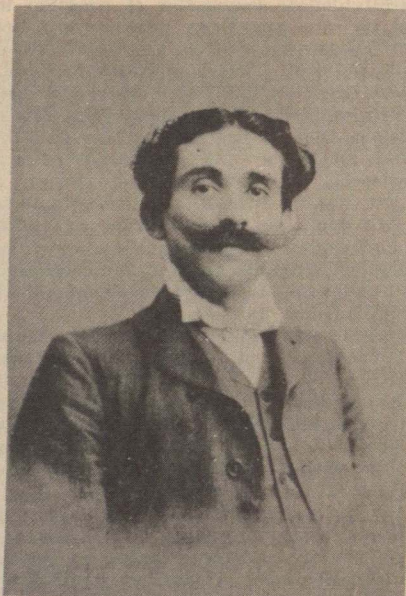
Fabio Fiallo, el poeta dominicano, hizo mia una efigie suya de la Bashkir-tcheff, la única que existe en América. Sea ella, desde la cima de EL COJO ILUSTRADO, deleite de los ojos artistas.

Desde la mesa en que escribo, mis ojos la ven, infortunada y excelsa, á la luz de un mediodía encantador, mientras un piano vecino canta un aire sentido de Gounod y trae á mi memoria este párrafo de María:

«Todo toma á mis ojos interesantes y sublimes aspectos. Querría verlo, tenerlo y abrazarlo todo y confundida con todo, morir, no importá cuando, dentro de dos ó de treinta años, morir en un éxtasis para sentir el último misterio y el comienzo de una vida nueva. Para ser feliz lo necesito Todo, el resto no me basta».

EMILIANO HERNANDEZ.

Santo Domingo de Guzmán, Indias Occidentales.



JUAN C. TINOCO

«ALBUM DE VIAJERO»

POR JUAN C. TINOCO

En una remota provincia de Venezuela, donde vivi, tiempos atrás, una apacible y casi santa vida monástica, conoci de regreso de otra provincia al autor de este libro de viajes.

Las noches de la provincia son claras y bellas; y por las tardes, en las tardes rosadas, es casi un encanto ver morir las últimas luces del cielo en las aguas del lago. Las aguas del lago reflejan como el más puro y terso espejo la maravilla del crepúsculo, y en la superficie de las aguas parecen flotar sedas oscuras, versicolores, maravillosas... Por las noches, Tinoco y yo recorrimos las calles de la provincia, y en el silencio de la media-noche me contaba, sus percances, sus aventuras de viajero, su amor por el arte, y la tristeza infinita que sufría su espíritu, condenado como estaba á vivir en la inclemencia de aquel medio inmisericorde;—ó bien por las tardes, en las cálidas tardes de julio, en amable camaradería, sacábamos de nuestras almas,—como del fondo de los arcones familiares la dulce abuela su recuerdo de juventud,—la flor de un idilio difunto, la desvanecida memoria de una aventura, y algunas ruinas de ilusiones. Y en tanto nosotros charlábamos, amablemente, de cuando en cuando rompía nuestra charla la visión de una pareja de enamorados; el alemán de botas ferradas y de alma sórdida, del brazo la criolla, morena, de ojos negros, toda miel de amores.

Casi un año vivimos así, en una amable intimidad. Después, yo abandoné la provincia hosca y perversa; y pasaron días, pasaron meses, y del amigo ausente apenas tenía noticias por los viajeros que llegaban de aquella inolvidable villa remota.

Un día me sorprendió una carta en la cual mi antiguo amigo me anunciaba el envío de su libro «Album de Viajero»; y bajo los follajes florecidos de un javilío opulento, en una avenida de El Cal-

vario, al caer de la tarde, lei las páginas de este libro fuerte y bello, esas páginas que son ánforas de Belleza y claras fuentes de amor.

Escrito ha sido este libro en la más limpia, musical y pura prosa castellana. Pertenece su autor á los modernos prosadores, amantes exquisitos de la arcaica y sonora, de la noble y delicada lengua castellana. La lengua castellana, esa sonora y vieja torre está llena de tesoros. Por sus puertas ferradas no han podido penetrar sino aquellos á quienes la Naturaleza puso en el espíritu y en la fina red de los nervios, una extraña sensibilidad. Para penetrar á esa torre, han necesitado conocer el «Sésamo» milagroso, el divino secreto, cuya virtud abre las fuertes barras de las puertas y colma las manos del artista con los inauditos tesoros que ella guarda ocultamente. Y esos tesoros que ella guarda tan ocultamente son las palabras.

Hay palabras que son piedras preciosas, palabras como selenitas ó como ónices, palabras como puñales, como sortijas ó como brasas quemantes.

Al sortilegio del arte, esa antigua torre armónica llena de voces, puede convertirse de enorme y complicada en breve y simple como una joya, puede ser puñal y flor á la vez, perfume y canto, música y mármol.

Cervantes hizo con ella joyas maravillosas. Quevedo hizo puñales, Santa Teresa hizo cálices; y en nuestra época, y en nuestra Patria, Díaz Rodríguez, Blanco Fombona, Zumeta, Fernández García y otros han labrado marfiles de un inaudito primor.

A esos escritores pertenece el autor de «Album de Viajero». Dotado por una fina sensibilidad imprime á sus prosas alma y color á la vez, y en ciertas páginas del libro como en el capítulo consagrado á la Santa Venus, su prosa es pulida, brillante y tersa como el más casto mármol griego.

Pero si castellana es su prosa, su alma no lo es. Prefiere ser hija humilde de Atenas y no descendiente del Cid. Ama su alma, la vieja, la hermosa, la muerta alegría pagana, y ese amor vive unido á ella como el puño á la daga, fuertemente. De ahí ese perfume de voluptuosidad que espiran todas las páginas del libro, perfume de voluptuosidad delicado y sutil, tenue y ligero como el perfume de un pétalo.

Aspirando ese perfume, y oyendo las músicas recónditas, como sonos de flautas tocadas en el silencio; perfume y músicas, que juntos forman el primor de este libro, he pensado en el alma del artista. He pensado que el mismo espíritu, en cuyos misteriosos jardines secretos han crecido en la quietud y en el silencio tanta flor de encanto y de Belleza, puede también cultivar esas otras flores de arte que son el cuento y la novela. El cuento y la novela, que á la manera de esas lánguidas flores nacidas en el silencio de las aguas, esconden en la fragilidad de sus tallos y en la hondura de sus dolientes corolas estrechas, jugos amargos como venenos y tenues fragancias que turban el alma como sonrisas de mujer.

..

Arribaba la noche cuando terminé la lectura del libro. Por sobre los follajes espesos de los javillos, en aquella desier-



ta avenida de *El Calvario*, comenzaban á volar las primeras mariposas sinietras del silencio y de la sombra. Sobre la ciudad y sobre los cerros del Avila volaban las mariposas; y las primeras que aparecieron eran oscuras y moradas como heliotropos, ó únicamente moradas como anémonas errantes.

Sonaban en mis oídos las frases del último capítulo del libro, del capítulo que el solo es una honda cisterna de dolor y de tristeza, del dolor y de la tristeza de la despedida; sonaban en mis oídos esas últimas frases dolientes cuando volví á la ciudad, y ya en la ciudad, pensé no ya en la gloria del artista sino en la Patria. Todavía humeaba en su suelo la última fogata de la última guerrilla bandolera, todavía el Sol no había pulido bien, en las soledades llaneras, los marfiles de los huesos de los pobres muertos en la brava guerra fraterna, todavía los bucares en el corazón de las montañas, parecían devolver la rica sangre vertida inútilmente, en la púrpura de sus flores; y yo pensé que la tierra, que la misma tierra en cuyas montañas, los bucares devuelven en flores la sangre vertida en vano, era también capaz de producir almas tocadas del más noble amor por la Belleza y cultivadoras de las más fragantes de Arte.

Y mientras yo pensaba estas cosas, arriba, en el cielo, la Via-láctea era una luminosa senda de jazmines.

ALEJANDRO CARIAS.

LAS AGONIAS DEL MUNDO ANTIGUO

Cuando la voluntad popular, lo que rigurosamente constituye la soberanía ó omnipotencia nacional, se manifiesta en *meetings*, ostenta toda la fuerza de que es capaz el Derecho.

El Derecho por sí solo, revestido de esta sagrada forma, consagrada por la inviolabilidad de la tradición, hace de los individuos, que son como sus componentes—ya que ellos forman su objeto—el elemento vital de aquel Poder, de esa Expresión genitora del territorio, síntesis de todas las libertades, existiendo *á priori* por esfuerzo espontáneo en la evolución metafísica de su profundo desarrollo. Por ello el Derecho le da vida á la Libertad; y ésta, á semejanza del océano que recibe en su seno todo el impetuoso caudal de las parleras corrientes de los ríos, fructifica los triunfos de este atributo inmortal del hombre, para en ondas de luz y de armonía, lanzarlo á los aires en vibrantes himnos de victoria y como homenaje al Creador.

Las ruedas necesitan del impulso que les imprima movimiento, así el Derecho necesita del aliento de la conciencia para poder germinar!

Los antiguos, más partidarios que nosotros de las ideas en sí que de las formas pueriles—porque huían de la adulteración—empeñaron luchas cruentas y prolongadas, que algunas veces fueron portadoras de la civilización y otras, de antítesis que recurrían los males, inveteraban los vicios; pero que al cabo, por selección continuada, dejaban permanente la idea, flotante en el espacio el pensamiento íntimo de la actividad intelectual, la esencia suprema del *ius*, su estructura maravillosa y fecundante. Y como es ley invariable que el perfeccionamiento del hombre tiene que ser gradual para llegar á fórmulas concretas, de allí que el romano Imperio, el que incubó mejor que otro de la tierra las ideas humanitarias defensoras del ente social; el que por razón etnológica desconocida debió ser objeto y

sujeto al propio tiempo para la vida de las colectividades—convocadas al progreso inicial de sí mismas—con grandes inspiraciones, aunque con ingeniosos medios, valerse hubo del simbolismo para expresar aquél, á modo que le negó él depurado de su bella envoltura, fuese á los siglos Libro por excelencia, desprovisto de máculas, el camino de las sociedades y el preparador de la palinogenia del porvenir.

Así, los Jurisconsultos le levantaron trono, le dedicaron, le coronaron espléndidamente; y Filósofos, Artistas, Oradores y Guerrero invocábanle como su numen tutelar; le consagraron templos y le premunieron de la profanación de los siglos!

Cuando más después acabaron las conquistas y con ellas la distinción de patricios y plebeyos; cuando el Pueblo—Rey fué un homogéneo, todos á una, haciendo solemne promulgación del Canon, vaticinaban su quererlo ni presumirlo, su exaltación y su elemento congénito vivificador y complementario á la vez.....

Sí; no podía esta portentosa concepción humana continuar subsistiendo en forma tal: algo faltaba á su esencialidad, á su misterioso organismo, á sus fines primordiales, para que á despecho de los siglos que todo lo derrumban, vivir pudiese siendo siempre norma en las batallas del yo!

*

Radiante estrella en lo más alto del zenit columbraba, aunque débilmente, el mundo pagano: la profecía la había denunciado..... El Olimpo sentía ya los síntomas de su grave enfermedad, precursores de su triste agonía!

Era que Jesús, el Divino Jesús, el ansiado de las esclavas masas, de los huérfanos, de los entregados á la ergástula y de los proscritos del Cielo, en inesperado instante dirigía su mirada, toda llena de piedad y de amor sobre las ignaras multitudes, marcando para siempre el verdadero Evangelio de los pueblos—su Derecho sagrado é inmutable—haciéndolo universal y constituyéndolo así en pauta ó foco de inspiraciones sublimes, donde al correr de los tiempos fuese al gimnasio de la inteligencia, la fuente donde abreviar su sed.

Qué espectáculo! De un lado el Circo y los gladiadores; del otro César, dominador del mundo y dueño de las conciencias..... y en tanto que del encarnizado fanatismo de la brega surge doliente el *Ave Cesar morituri te salutant* del colérico gladiador, ya exangüe y sin vida, como señal de su postrer adiós, desde el Areópago, conciliábulo de Pontífices, Tribunal juzgador de Sócrates—de Sócrates virtud—parte rugiente y amenazador, que bien presto llega á este Hipódromo humano, el gran reto perturbador del Apóstol: *Ignoto Deo!* que como relámpago encendido, calcinador, ha abiértose paso por entre los intersticios de la misma atolondrada muchedumbre que ovacionaba al dios de los mortales!

No desesperemos: la humanidad, tras soberbia y ruidosa victoria va á hallar lo anhelado, su rehabilitación..... Empero todo es silencio, soledad, ruina..... La gestación va haciéndose lenta y sordamente..... ni un murmullo la inturrupe!.... Las aves agoreras de los nefandos Hados, han tendido su vuelo á regiones ignotas!..... están perdidas!..... su estúpido graznido ya no hiende los aires!

Ah! es que continúa en germinación maravillosa esotra ley, ley de las leyes!

Y el Capitolio está desierto! Senadores, Cónsules, Procónsules, ediles y curules, sacerdotes y Vestales están atormentados.....

Ya no se oficia en el Augusto Templo! Qué sucede? Qué pasa? Por qué el Capitolio va perdiendo su imperio? ¿Por qué ha dejado de ser oráculo y talismán del pueblo, y si entro obscuro, al caer de sus velos, sus antiguos misterios?.....

¡Paso á la Justicia, á la Justicia absoluta!

Y caídos los dioses, enmudecieron las Pitonisas, y rota en pedazos la trípode sobre que se dilataba el porvenir, plegaron sus alas las águilas de los Césares!

Pero en la refida contienda no se advierte un signo de esperanza!..... No obstante, esperad, que el Derecho es la Justicia, y manos no profanas han de elevarle un templo, un templo universal!

—No más sacrificios inhumanos! no más infamias! no más abyecciones! no más castas! á pleno pulmón gritan las multitudes!

Luz! luz!—es la voz que ensordece el espacio.

Lábaro grandioso ha conmovido el orbe y nueva ley, de la especie congénita, es fuente inagotable para la emancipación social y ánfora de gratísimos perfumes.

¿Pero cuándo derribaráse el último bastión?

Continúa la lucha, tremenda é inexorable con caracteres espantosos! Charcas de sangre virgen inflaman los espacios, y al prender en ellos son rosas encendidas las luminarias que ostenta el firmamento!

Oh! qué noble el sacrificio, la inmolación, por el amor y la virtud!

—La esperanza ha dejado de halagarnos, suelen á ocultas, sigilosamente, proferir algunos.

—La profecía subsiste, valor tengamos, fé en el Prometido; seremos libertados, agregaban otros.

Ah! Cristo, cuán grande y dulce sois.....

Avezados al servilismo, consustancializados con el delito y hecho abdicación de su libre albedrío, y adoradores del becerro de oro, infelices igualmente ignoraban, que Pedro y Pablo representaban los dos grandes términos de una ecuación.

Sobre los ponderosos hombros de estos dos Genios—sempiternamente santos para la virtud heroica—reconstruyóse el nuevo Derecho, en que el úno simboliza la vitalidad del Cristianismo y el otro el camino de Damasco!

También Juliano, en las postreras fulguraciones de su imaginación, con inmortal apóstrofe, lo confirmó á los tiempos: *Veniste Galileo!*

Y el mundo marcha á la obtención de su santo Ideal.....

PEDRO PABLO MARTINEZ.

Caracas: 1903.

AGUAS MUERTAS

Agua muerta, agua inmóvil de matices metálicos, circuida de musgos de oro!

En los fúlgidos días del otoño parecís un vasto espejo en cuyo fondo duerme la sombra, y en las horas lunares una campiña de esmeraldas luminosas. De vuestro seno no se escapa el más tenue ruido, porque yacéis muertas, cristalizadas sobre las arenas profundas. Tal así, á veces, las ideas, en el cerebro del hombre.

Mudas y glaciales, en los hondos silencios nocturnos sois un símbolo misterioso y sereno. Reflejáis las sombras errantes de los pájaros y de las nubes; en vuestra superficie dejan largamente los crepúsculos trémulas estelas sangrientas, y rielan los espectrales plenilunios; y la luna, mágica princesa, va extrañamente á mirarse en vuestra lámina impasible.

En vuestro líquido cristal caen, en octubre, las hojas secas; y si el aire las mueve vagan allí como cadáveres de mariposas. Los nenúfares son los favoritos de vuestras frialdades; y ellos viven de vuestra muerte, extraños y bellos, como todas las cosas que brillan en el misterio.

FROILÁN TURCIOS.



A LA SOMBRA

EL IDEAL

á Andrés Mata.

¿El Ideal es un celaje, es una estrella, un aroma, un sonido ó un color?..... ¿Es algo así como el eco armonioso de una música lejana que en alas de la brisa llega hasta nosotros; como el ruido casi imperceptible de un querube que pasa, ó como el intangible polvo de oro que esmalta el ala de las rubias mariposas?.....

De almas femeninas es la respuesta.

Por sobre todos nuestros dolores, por sobre todas nuestras iras, por sobre todas nuestras ternuras, por sobre todas nuestras blasfemias se cierne el Ideal, como por sobre las más altas cumbres, por sobre las más empinadas copas, por sobre los más hórridos cráteres flotan siempre los claros, los suaves, los inenarrables tintes azules de los cielos: majestuosos siempre, siempre bellos; y tan amados de los ojos y del alma como inconstantes y lejanos!.....

El Ideal canta, ríe y llora. Con él aún la muerte misma se llena de encantos. Sin él la vida no es más que una larga y odiosa agonía. El organismo es un piano en el que únicamente ejecuta el Ideal; las notas serán alegres ó tristes, plañideras ó triunfales según sea el Ideal que les hiera: en este sentido la alegría y la tristeza vienen á constituirse en un sonido, como podrían también ser un color, un gusto ó un aroma.

Por el Ideal sufrimos; por el Ideal gozamos; por él tienen divinas embriagueces nuestros ojos, porque los colores se idealizan

en el lienzo; por él palpita el corazón con latidos musicales, porque ideal es el amor; por él la oración como un pájaro aletea, en los labios de las almas creyentes, porque ideal es el Cielo; por él se resuelve en cantos la pena del Poeta, porque Ideal es el dolor; y si los ojos lloran es porque ideal es la tristeza; si los laureles del héroe se reverdecen es porque ideal es la gloria, y si el cerebro del sabio se baña en irradiaciones de luz es porque ideal es la inmortalidad.

El Ideal hace mártires de la fé y cruzados del amor. Con Teresa de Jesús ora y medita, y con Julieta siente y ama. Por el Ideal se es fuerte: Juana de Arco muere contemplando cómo las llamas homicidas invaden su cuerpo, y Cristo agoniza perdonando las manos que le hieren y las bocas que le insultan, fija la agónica pupila en un porvenir lejano de fervorosa y secular adoración.

Sentir el ideal es ser grande; ofrendarse en aras del ideal es ser divino.

Por el ideal se va á la libertad; por él viven los pueblos; del ideal vive el corazón.

En el fondo de todas las religiones se ve á Dios: la suprema bondad: el Ideal. En el ejercicio de todos los cultos se busca el paraíso: el eterno descanso en la eterna gloria: la felicidad suprema. En el fondo de las humanas leyes palpita la justicia: el ideal supremo de los pueblos: la equidad. En el fondo de los corazones se siente el amor que es la armonía infinita de la vida en la plenitud del ensueño. Doquiera se agita el alma humana; doquiera se transforman los pueblos, doquiera palpita el corazón: imperio,

república, ciudad, pueblo ó arrabal; héroe, sabio, santo, artista ó mártir, todo cuanto en la mortal contienda bulle, todo lo es bajo la pródiga, luminosa ampliación del Ideal.

Sólo el Ideal engendra cosas magnas. Suprimirlo en nuestras almas sería como extinguirle el sol al planeta, y peor aún sería la tristeza de aquella desolación, como que sería el espectáculo de una humanidad muerta para el alma viviendo sobre un globo con vida y con calor.

El Ideal embellece la tragedia; purifica el pecado; sublimisa el puñal. El vierte luz de alba por sobre los lívidos matices de la muerte, y ambiente de compasión y de amor esperece por sobre los horrores del crimen. La sangre de Desdémón no causa vértigo sino llanto: es sangre idealizada por el amor; el suicidio del moro no nos crispa los nervios y el grito que su muerte nos arranca no es grito de horror sino de admiración porque es aquella aguda herida de su pecho la más vibradora nota que en la escala de la pasión humana alma puede dar. El veneno de los de Capuleto y de Montesco á nadie aterroriza: la palidez de estos amantes augustos no es la lúgubre palidez de los nocturnos lampadarios: ellos si están lívidos es con la lividez adorable de los lirios marchitos; más que muertos parece que duermen— que la vida al huir de sus cuerpos dejó en ellos la blanca, la suave, la tenue é irradiadora luz de las estrellas.

Stafira, Berenice, Roxana, Monima son bellas, paganas, trágicas; todas ideales.

¿Amásteis mucho? Si el ideal consagró el

frenesí de vuestra pasión, salvadas estáis, oh, Safo; oh, Magdala; oh, Manón; oh, Margarita!.....

En la Biblia—el libro sabio y santo—son cinco: Eva, la radiante; Judith, la heroica; Ruth, la apasionada; María, la celestial, y Magdalena, la amable pecadora hebrea en cuyas curvas intactables atesoraba la poderosa redondez que cautiva al mundo y en su corazón el fuego sagrado que inflama el universo: en aras del ideal pasaron á la historia, y la posteridad las ha recibido, inmortales, perfectísimas, tanto más adorables cuanto más lejanas!

¿Sabéis el secreto de las cosas? Sabéis por qué el soldado avanza impetuoso en el combate, sonriente ante el peligro? Es que en su cerebro arde el ideal, en rojas fulguraciones de heroísmos! ¿Sabéis por qué el soldado de Cristo avanza hasta ignorada tierra extático de ensueño su pupila y su espíritu, en la conquista de almas para su Dios y para su Cielo? Es que en su cerebro abre el ideal su rica floración de rosas místicas! ¿Sabéis del sueño que inspiró á Colón, y del delirio que evidenció á Bolívar? Sabéis por qué el nombre de la amada resuena en el alma como el canto más hermoso de la vida y fulge en la memoria como la más esplendente estrella de los Cielos? Sabéis el misterio de las timidas siempre vivas y de las blancas margaritas que el recuerdo planta sobre la tumba de los seresidos? Comprendéis por qué son tristes las campanas cuando tocan á muerto, por qué alegres cuando claman «Gloria»? Sabéis por qué es amable la música, por qué bello el amor, por qué adorable el cielo, por qué tristes, con tristeza misteriosa y atrayente las extensas soledades de las remotas lontananzas? Es que sobre todas esas cosas ha proyectado el ideal su ala multicolora y perfumada!

La naturaleza sería árida y fría, las cosas sin vida, las almas sin amor, si Dios no hubiera colocado ante nuestro espíritu ese prisma de luz que amplía el universo y lo embellece.

Es por el ideal que se convierten en rosas las tristezas de Ofelia; con María deja una lágrima por cada flor que besa al recuerdo del ausente amado, y con los finos y diminutos dedos de Margarita deshoja la rubia y frágil margarita del Amor!

* *

Mujer: inspirad el ideal! Alma grande que se vislumbra en vuestros ojos; pecho noble que se desfogue en vuestros labios. Por el Ideal sois bellas; por el Ideal sois amadas, y por el Ideal—como Jesús en el Thabor—os transfiguráis en el milagro del amor, y hacia el cielo azul, hacia la Dicha partís, el pie puesto sobre la blanca nube del ensueño!

* *

Cuanto á mí, oh Ideal: que no te alcance yo jamás! Sostenme en esta fortalecedora hiperestesia de mis nervios que hace que mi pensamiento y mi amor vayan siempre tras el surco de luz que tu inconstancia abre en la sombra; huye veloz de mí..... pues que alcanzarte sería poseerte, con la posesión vendría el placer; tras el placer..... el hastío: la victoria sobre tí sería la muerte. No te detengas á calmar la sed en que arden mis labios: deja sedienta á mi alma. No vengas nunca á mí como una doliente gondolrina á entonar en mi pecho la plácida canción de primavera: la primavera es para la luz, para los pájaros y para las flores: para el alma no existe la resurrección de las cosas; fuerza es que por sobre cada ideal muerto, como por sobre cada vida extinta flote como un símbolo la acritud turbadora del misterio.

Lázaro: té uno: para las tumbas no queda ya sino la doliente eternidad del mármol.

Fausto no volverá á dar su alma al diablo. Los años que se van no tornan nunca. El pasado es un sepulcro, el porvenir es siempre

una sombra; entre estos dos extremos ¡cómo es de fugaz y dolorosa la inconstancia del presente, y por cada ideal que fulguró como una chispa, cómo queda después—por único vestigio—el recuerdo cual si fuera un cadáver, encerrado dentro su ataúd: enterrado dentro de una fosa, en esa vasta, misteriosa y extraña tierra de Dolor y de Muerte: la Memoria!.....

Caen las hojas de los árboles y á poco la Naturaleza solícita reduciendo á polvo la hoja mustia, la muerte de la hoja hace fecunda, y extrayendo las virtudes de la hoja en savia las convierte—savia nueva—que luego irá á constituirse en nuevo color, en nuevo aroma, en nueva vida! Rugosa y seca hoja que flagelaba el viento del otoño es hoy, oh, naturaleza pródiga, oh, tan nuevo retoño, flor ó aroma.

¿Por qué para el alma no existe esa lubricante resurrección de todas las alegrías, de todas las ilusiones, de todas las sonrisas?...

* *

Ideal: sé la estrella que fulgura; el horizonte que atrae; la lontananza que se aleja. No llegues hasta mí; no llegue yo nunca hasta tí, pues que mi beso y tu beso son de muerte: nupcias celebradas bajo el pórtico de una capilla donde yacen aquellos que en la cumbre del ideal murieron de Neurosis y de Hastío!.....

No quieras besar la luz—que en la luz encontrarás la Muerte—y en el antro ignescente de mi anhelo—de este mi anhelo extraño, vago é infinito—tus alas de quimera, tus alas hechas con fragmentos de caricia, de armonía, de color y de amor, extintas, reducidas á vil polvo de cenizas quedarán!

Que «son los cielos serenos del Ideal los únicos que quedan siempre abiertos al vuelo tempestuoso de los sueños!»

JUAN LISCANO.

Barquisimeto.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—Las autoras retratadas por sí mismas.—La envidia de Napoleón I.—El intelectualismo.

Para saber cómo es una mujer autora—afirma en la *Revue Bleue* Carlota Chabrier Rieder,—basta leer sus novelas. La mujer es de tal modo subjetiva, que es incapaz de salir de sí misma. La heroína de su novela será siempre ella misma, con sus propias facciones y sus rasgos característicos.

¿Escribe una novela una jorobada? Pues su heroína no dejará de presentarse ligera y graciosamente inclinada; es un encanto más la joroba, aunque no se la llame así. Una coja presentará la suya con andar ondulante, con pasos vacilantes, que deben arrastrar á todos los corazones. Si en una obra de mujer se os presenta la protagonista «coronada por una cabellera de oro», sabed que la autora tiene cabellos de zanahoria. Si posee un «perfil borbónico», jamás gran nariz afea un rostro bello, y es fortuna, porque la de la autora es formidable. Si es «esbelta y delgada como tierno álamo», ¡jojo con los codos de la novelista! Y si se adelanta majestuosa, una heroína «género Rubens, con formas opulentas», la autora entra en la categoría de las damas que ocupan dos asientos y que tienen el pecho bajo la barba.

La observación es infalible. Poco hace leía Carlota Chabrier una novela de una autora novel, para ella desconocida: «Diana tenía una tez de palidez mate, que se doraba á la luz artificial y que de día tomaba el tono de la cera...; era pequeña y

delgada, un elfo, un silfo, más que una mujer. Sobre aquel cuerpo inmaterial, una cabeza de grandes y arrogantes facciones; una cabellera de color indeciso ornaba su frente sin recargarla; sonreía rara vez, y siempre con los labios semicerrados.» Leída esta descripción, Carlota se ofreció á describir á la autora á un amigo que la conocía. Apuesto—decía—á que la señorita X es bajita, delgada, aplastada; la aridez de su pecho sólo tiene igual en la de sus caderas; por compensación debe tener gran cabeza, nariz enorme, cabellera escasa y malos dientes; padece del higado y es miope.—El retrato era exactísimo, como sacado directamente del original.

La señorita de Scudery, famosa antecesora de todas las marisabidillas, ha sido la primera en prestar sus facciones á su heroína; era horriblemente fea, y tan negruzca que inspiraba repulsión. No importa! Su protagonista hacia de la fealdad su principal atractivo. La señora de La Fayette, rubia, gruesa y blanca, no ha dejado de describir así á su heroína, la princesa de Cléveris. ¿Quién no reconocerá en la insoportable Corina, con su turbante, su chal, sus facciones romanas, su espesa armadura, su tez morena y sus negras pupilas, á la no menos insoportable señora Staël, con sus ridículos tocados, su piel negra, su gran nariz y sus ojos saltones? Jorge Sand, que decía de sí mismo «el joven que soy», «un viejo como yo», á pesar de sus pretensiones viriles, su pipa y sus levitas, no se ha librado de la inocente manía de idealizar su físico y de dotar con él á sus heroínas: todas tienen la tez morena, los cabellos negros y los facciones amplias, poco ó nada de vivacidad, pocos gestos y mirada vaga; se exceptúa Valentina, «rubia, blanca y fresca, admirablemente hermosa»; pero ésta no agradaba al primer golpe de vista.

¿Qué parisiense no se ha encontrado con la señora Adam, ante la adorable pagana Julieta Lambert? Los que no la conocen, lean la descripción de sus heroínas, y podrán formarse una idea de ella: «Lucia tiene ojos de un oscuro verdoso; párpados de encorvadas pestañas velan su húmedo brillo; sus cabellos indisciplinados son de un rubio fluido; la nariz es movable y temblorosa; la boca, carnuda y entreabierta, da á sus heroínas «una expresión tierna y apasionada»; y dondequiera aparecen los hoyuelos en las mejillas, los ojos de agua marina y las bocas amorosas; á todas les parece la vida vacía sin el amor, sin perjuicio de sentir odios nacionales y el amor á la patria y á la bandera.

Las heroínas de la señorita Maria Ana de Bovet son más charlatanas todavía. De todas las autoras, ésta es la que se ha descrito con mayor empeño y prolijidad; sus libros no son otra cosa que el análisis de un carácter de mujer «muy particular y muy cultivado.» Sus heroínas nunca son casadas, ¡uff! el matrimonio carece absolutamente de elegancia; pero tampoco son jóvenes; las jóvenes no pueden desempeñar un papel; sus heroínas son «canónicas», tipo personalísimo, con su moral espagnol, con «delicadezas exquisitas y repugnancias altaneras para todo lo que conviene á las faltas de gusto» y con soberbia indiferencia respecto á las que pueden ofender á la virtud; la idea de casarse con un hombre divorciado «ofenderá su sentimiento de la elegancia



DESEMONA. — Cuadro de J. Romani

cia moral», mientras que la de tomarle por amante le parecerá muy distinguido. Una canóniga se preocupa, ante todo, de «no provocar los comentarios del Mundo» (con M). ¿Qué pensará el Mundo de la conducta de la canóniga? ¿Qué dirá el Mundo si la canóniga toma por amante á Y en lugar de Z? La incontestable originalidad de Bovet es haber imaginado mujeres «á ciertas alturas sociales» que tienen amantes sin tener maridos; como no pueden engañar al marido, engañan al mundo.

¿Os gustaría conocer á la condesa de Martel? Pasad revista á las heroínas de Gyp: pequeña, pequeñita, delgada, pero exquisita en su gracilidad tenue, la mujer tipo de Gyp triunfa de las más esculturales beldades, que á su lado no son más que «hermosas pavas»; en cuanto ella aparece, todos los hombres la siguen, desde el jardinero hasta Monseñor, que la mira con el rabillo del ojo; ella pasa, va, viene, se desliza lo mismo que una barrena, y esa barrena es adorable, y todo el mundo adora esa barrena. La heroína de Gyp posee una salud imperturbable, ignora los nervios y los vapores, no se fatiga por nada y es capaz de escribir veinte ó treinta volúmenes sin cansarse; en cuanto á la moral... de-ja-

remos la moral para otro día. Las heroínas de Gyp no son jóvenes: la edad para ser amada, según Gyp, fue, al principio, de treinta años; luego, treinta y cinco, cuarenta, cincuenta, y cada vez más seductora, y cada vez más irresistible. ¿Qué será cuando llegue á los sesenta!

¿Qué deducir de todo esto? Nada seguramente, sino que las mujeres autoras son deliciosas y que se las debe aconsejar que lo sigan siendo, pero que no escriban novelas, porque por más que haga el feminismo, las mujeres no tendrán nunca espíritu creador: no pueden generalizar ni concebir nada fuera de sus propias impresiones. Las novelas femeninas son inconsistentes, y las que pueden alabarse no pasan de ser buenas copias.

¿Ha sido envidioso Napoleón? El se ha defendido y otros le han defendido de esa acusación. Su rango, su reputación, su prodigiosa suerte, le ponían, según sus apologistas, de tal modo por encima de todos, que forzosamente debía ser inaccesible á la envidia. Canton, sin embargo, opina lo contrario en un artículo de *La Revue*, de París.

¿Napoleón envidioso! ¿De quién? «De todas las superioridades»—responde la

señora Remusat en sus *Memorias*. Napoleón ha envidiado á todos los seres superiores presentes y pasados, sobre todo en el orden político y militar, y acaso en el orden intelectual y moral. Como jefe de Estado tiene en Francia dos rivales: San Luis y Enrique IV, populares ambos, uno por sus virtudes y otro por sus frases. Para Napoleón, «San Luis era un imbécil» y «Enrique IV un buen hombre que nunca hizo nada extraordinario.» Parece como si le molestara el recuerdo de San Luis juzgando debajo de la encina, y el de Enrique IV con su gallina en el puchero; habla de ellos con desdén porque son populares, y si alaba á Luis XIV es porque «sólo él y yo hemos tenido ejércitos numerosos»: la comparación le es favorable, porque Luis XIV no mandó nunca sus ejércitos en persona, mientras que él era el verdadero generalísimo.

En cuanto á los grandes capitanes de la antigüedad, Alejandro, Anibal, César, sería una torpeza negar su mérito, y Napoleón lo reconoce: pero por su modo de criticar sus campañas da á entender que se juzga superior á ellos. Después de decir de Alejandro que lo ha calculado todo con profundidad, ejecutado todo con audacia y conducido todo con acierto, declara que «no ve en él ninguna bella maniobra digna de un general, y que es un bravo soldado, un buen granadero» nada más. Después de haber dicho de Anibal que es el más audaz y seguro de todos, añade que «la marcha de Collioure á Turin fue sencillísima, como la de un viajero», y que «no había ninguna dificultad en el paso de los Alpes.» De César, en fin, afirma que si hubiera estado con él en Wagram, Turena y Condé lo habrían comprendido todo, pero César no: se estima superior á él como historiador, y le sorprende que se cite el hecho de que César durmiera la vispera de una batalla, no habiendo un soldado ni un general que no hubiera repetido siete veces ese prodigio.

Por lo que hace á los modernos, Gustavo Adolfo tiene una reputación usurpada: «en diez y ocho años ha ganado una batalla, la pérdida otra y ha sido muerto en la tercera; ese es Gustavo, ¡un hombre asombroso!» Carlos XII, un Alejandro fallido, «es un hombre sin resultados»; el mariscal de Sajonia «no es un águila», y Federico II obra contra todas las reglas de la guerra, especialmente en Rosbach, y es muy inferior á Turena.

Este espíritu de envidia aparece en sus relaciones con sus generales. Se rodea de medianías y, absorbiendo su gloria, rechaza sus reveses. Los traslada con frecuencia de un punto á otro para que no fijen demasiado la atención y no puedan ser designados como los jefes de tal ó cual ejército, como cuando él lo fue del de Italia. A veces esta envidia puramente negativa toma forma violenta y denigrante. Hoche trataba de hacerse un partido, y ó se habría arreglado con él, ó él le habría aplastado; de Moreau confiesa que es el único que podía tener probabilidades contra él, pero critica su campaña de Alemania. Afirma que su alabada retirada fue una gran falta, y quita todo mérito á la batalla de Hohenlinden; de Massena reconoce también los talentos militares, pero se guarda bien de darle un título que recuerde ningún triunfo suyo; le hace duque de Rivoli y príncipe de Essling, nombres gloriosos para Napoleón, pero no le hace duque de Zu-

rich, nombre que recuerda una gloria personal de Massena; y como si quisiera empañar el renombre de este general, le envía á Portugal sin medios suficientes para asegurarle el triunfo.

En otro orden de ideas, ¿no revelan envidia sus juicios sobre la insolencia de los sacerdotes que se reservan la acción sobre la parte noble del hombre, conservando el alma y arrojando el cadáver? ¿No hay envidia en su conducta para con la señora de Stael y Chateaubriand, los únicos genios literarios de su tiempo, á quienes destierra ó desatiende? ¿No la hay en su odio á los ideólogos y en sus ironías brutales contra los imbéciles que creen en la libertad ó en la virtud?

Esta envidia de Napoleón es una de las formas agudas de su egoísmo; deriva de su misma naturaleza y ha crecido con el ejercicio del poder absoluto, exasperado por la guerra, por el deseo de sobrepujar, como dice lord Rosebery, «á los gloriosos muertos que le provocaban desde el fondo de la historia y le arrastraban siempre adelante». Por una puerilidad singular en este poderoso realista, quiere ser el primero en la opinión pública del presente y del porvenir; por eso, en Santa Elena sobre todo, no sólo se erige un pedestal á sí mismo, sino que trata de rebajar el pedestal de sus rivales.

*

Inusitada y bárbara es la palabra—dice Raul de la Grasserie en *L'Humanité nouvelle*;—pero expresa perfectamente lo que significa, y es irremplazable. El público ha oído decir, asombrado, que al lado de las numerosas clases existentes ha nacido otra nueva: la de los intelectuales, que hacía gran ruido y que aspiraba á todo; luego, el grupo se ha ido definiendo, y es motivo de estudios y de observaciones.

La ocasión, según de la Grasserie, que dió lugar á que los intelectuales salieran de la oscuridad afirmando su existencia, fue el proceso Dreyfus. El militarismo amenazaba invadirlo todo, y se soñaba con las glorias de la revancha y con la resurrección de Napoleón; y enfrente de esas aspiraciones cesaristas, frente á la plutocracia, que todo lo fia al poder del oro, y frente á la democracia misma quizá, surgió el intelectualismo, aliado del pueblo y defensor de la justicia.

La sociedad comprende dos capas superpuestas: la compuesta por los que viven de su trabajo manual, que necesitan ser dirigidos, y la formada por los que tienen fuerza mental capaz de gobernar. Si lo hacen en su provecho, la democracia se subleva; pero si obran en provecho de todos, la democracia reconoce la superioridad de los *mejores*, los *aristos*, la aristocracia. Es un error creer que las aristocracias hayan desaparecido; lo que hay es que á la aristocracia de la sangre y de la herencia, que es la aristocracia militar en definitiva, pues la nobleza no es más que el militarismo hereditario, ha sucedido la aristocracia del dinero, la plutocracia, y á esta la aristocracia intelectual, el intelectualismo.

Esta aristocracia es más poderosa que las demás, y las domina; existe desde antiguo, pues las teocracias no han sido sino formas de este gobierno de los inteligentes; pero el intelectualismo se diferencia de las teocracias en que éstas necesitaban para afirmarse del poder que

les prestaba el ejercicio de la religión, y los intelectuales no necesitan apelar á tal recurso. Y como este hecho de la emancipación de la ciencia es modernísimo, de ahí que el intelectualismo no haya aparecido hasta el presente, apoderándose, por la fuerza misma de las cosas, del dominio sobre las conciencias y sobre la sociedad.

El intelectualismo tiende por una parte á destruir ó reducir á su rival el militarismo, y por otra á dirigir la democracia, para la cual aparece como una clase directora nueva, una aristocracia mejor acondicionada. En cuanto á su lucha contra el elemento religioso, que es el que puede disputarla los dominios intelectuales, continúa siempre con más ó menos viveza.

Las causas próximas de la aparición del intelectualismo han consistido en el estado político que ofrecía el triunfo del militarismo, y en la necesidad de dar directores á la democracia. Los que hicieron la Revolución fueron los transfugos de la nobleza, desde Voltaire y Mirabeau hasta Robespierre. Ahora ha sido preciso reproducir el hecho invertido, y los intelectuales han salido de las filas de la democracia para formar la aristocracia intelectual.

Los efectos del intelectualismo han sido numerosos. El primero fue devolver á la democracia la dirección que parecía haber perdido, por el desaliento que la producía el conocimiento de sus defectos, que la hacía volver los ojos á todas partes en busca de un amo: los intelectuales la salvaron de este peligro. Otro efecto fue despojar al militarismo de su influencia, quitándole su aureola secular y su prestigio, acabando con la idolatría de la fuerza material. Como consecuencia de este desprestigio, ha venido la desaparición de la patriotía, no del patriotismo, transformada en el internacionalismo. Otro efecto también ha sido la fundación de una nueva aristocracia, absolutamente necesaria para el ejercicio de las facultades directivas, y que responde á la necesidad de ideal que todo hombre siente con mayor ó menor conciencia, y que el intelectualismo le proporciona, como antes se lo proporcionaban las teocracias. Por otra parte, el intelectualismo constituye una fuerza social nueva, y su resultado es precisamente formar una clase capaz de luchar si es preciso con las demás. Ya la ciencia se interpone entre el capital y el trabajo, y el dueño mismo se somete á su dirección.

No todo, sin embargo, es ventaja en el intelectualismo, que ofrece también sus vicios y sus inconvenientes. Como aristocracia, desdeña un poco á la democracia que pretende dirigir; y si este desdén se acentuara, el pueblo podría revolverse contra el nuevo poder y derrocarlo. Los sabios no dejan de tener su pedantería, y si este defecto se acentuara, sería insoportable en el ejercicio del poder. Otro vicio es el que se ha calificado con el nombre de mandarínismo. El mérito debe reconocerse siempre; pero si se falsea, la ficción del mérito y el favoritismo serían dos gravísimos peligros en una organización política basada en la intelectualidad. Otro peligro, en fin, que puede presentar el intelectualismo es la absorción de la democracia; así se ve combatida la institución del jurado, sustituido por peritos; el sufragio universal,

en el que al lado del número se quiere tener en cuenta el peso y calidad de los votos; el patriotismo fundido en el cosmopolitismo; la igualdad social negada por las desigualdades naturales, y tantas otras ideas é instituciones combatidas ó discutidas por lo menos.

¿Cuál es el porvenir del intelectualismo? Difícil es responder. Raul de la Grasserie cree que subsistirá y que el porvenir es suyo. El militarismo pierde cada vez más terreno, siendo cada vez menos profesional; la plutocracia sigue mandando, pero necesita el auxilio de la ciencia, y el socialismo la da profundos golpes; no queda más que una aristocracia posible, la intelectual; y como el elemento aristocrático es tan necesario en la sociedad como el democrático, la corona irá á la frente de los intelectuales, que no suprimirán la democracia, sino que la guiarán, suministrándola la luz que le falta, como la democracia dará al intelectualismo su fuerza numérica y sus masas.

FERNANDO ARAUJO.

SU ULTIMA MIRADA

á Bebito.....

Jamás en la vida
arrancarla podré de mi alma,
donde impresa quedó para siempre
tan triste, tan fría, tan honda, tan larga!

Vacios quedaron
y limpios mis ojos á fuerza de lágrimas,
para que cupiese la mirada aquella
tan desoladora, tan desesperada!

Pasaba tan dulce,
tan suave, tan clara,
luminosa y fúlgida á través del velo
de sus grandes pupilas nubladas,
que llegó al corazón, y no puedo,
¡no puedo olvidarla!
¡Como trémulo rayo de luna
ilumina mis noches calladas!

Y no fueron sus ojos tan sólo
los que se quedaron dentro de mi alma,
que otros ojos más tristes había
fijos en los suyos con ternura trágica.

Otros ojos más tristes, abiertos
encimá del lecho donde se apagaban
los ojos queridos, para darles vida,
para reanimarlos con su propia llama.

Ojos indomables
de donde la angustia desterró las lágrimas,
que lo iluminaban como un par de estrellas,
que lo sostenían como un par de alas!

... Como un soplo, las horas postreras
pasaron, ¡tan raudas!,
aquellas fugaces horas infinitas
cargadas de llanto, dolor y esperanza!

Empalidecieron las nocturnas sombras...
tornóse su frente más fría y más blanca
y abiertos y mudos quedaron sus ojos
dentro de mis ojos cuajados de lágrimas!

Llegaron, tristísimas,
hasta aquella alcoba las luces del alba,
quebráronse al punto sobre sus pupilas...
¡y fué noche infinita en las almas!

... Jamás en la vida
podré ya olvidarla!
¡y tal vez si en la Muerte me siga
tan desoladora, tan desesperada!

DULCE MARÍA BORRERO.



VENECIA: Vendedores de Sandifus

DE CÓMO PIERROT SE ENAMORÓ DE LA LUNA

1

Pierrot amaba con locura á Colombina; y ¡cómo no amarla, si era ella frívola y coqueta, y muy ingenuo Pierrot!

Cuando por las tardes, luciendo su blancura inmaculada, silbando alegremente su canción favorita, lleno de esperanzas esta vez, como otras tantas, llegaba él á obsequiarla con un ramillete de silvestres flores, ella lo recibía con frialdad, diciendo:

—¡Las flores puedo cogerlas también yo! quiero alhajas finas y un traje de princesa.

Y Pierrot se volvía, tristemente, á su vivienda miserable; era muy pobre Pierrot. Ocultas las manos en las profundidades de sus faltriqueras vacías, pensaba, aterrado, cuán difícil era conseguir alhajas finas y un traje de princesa y cuánto más difícil todavía, renunciar al amor de Colombina.

Durante un tibio y luminoso mediodía vagaban juntos en la espesura de la selva agreste. Estaba ella encantadora, y muy alegre Pierrot. ¡Tal vez un beso anduviere de por medio! Por momentos, creía él volverse loco de amor, ante los mohines tan graciosos con que ella lo llamaba, le daba á gustar una fruta, le entregaba una flor ó ponía en orden su desarreglada cabellera. Por un solo mohín de aquellos Pierrot hubiera jugado su vida. Al caer de la tarde, sentáronse al pie de una encina. Y el idilio continuó allí.

A cada mirada de Colombina sentíase Pierrot transportado al cielo; el roce de su vestido le hacía estremecer. Por coger un nido que ella miraba con maliciosa curiosidad, él trepó hasta la copa del árbol; durante el descenso, arrancóse uno de los lindos botones de su largo chaquetón blanco. Ella, entonces, sacando del bolsillo de su delantal agujas é hilo, comenzó la compostura. La cabellera de Colombina cosquilleaba en sus mejillas; sus alientos se confundían, su perfume de flor salvaje le penetraba hasta el alma; las ondulaciones de su cuerpo lo mareaban..... por fin, no pudiendo ya contenerse, quiso alcanzar con sus labios la fresca boquita de clavel.....

Ella escapó rápidamente, y desde lejos, graciosamente inclinado el busto hacia adelante, acompañando una sonrisa con su gesto más enloquecedor, le gritó:

—¡Y mis alhajas finas; y mi traje de princesa!

No la persiguió Pierrot, como otras veces. La frente abrasadora entre las manos, quedó al pie de la encina procurando reflexionar. En general, lejos de ella, Pierrot pensaba; esta vez, el encanto fascinador persistía.

Era la media noche y Pierrot no se había movido. Cerca ya el amanecer, levantóse decidido; en su rostro enharinado, tan plácido de ordinario, se marcaba una mueca siniestra. ¡El sabía bien donde encontrarlo, el oro!

Horas después, cuando Pierrot caminaba, ba-

jo el sol naciente, en dirección á la morada de Colombina, su blancura estaba maculada de grandes manchas rojas. Al aproximarse algún pasante por el camino pedregoso, Pierrot daba alegremente saltos y tumbos, oprimiendo, para que no sonase, el oro que rebotaba en sus profundas faltriqueras; reía á carcajadas. Un viejo filósofo, tenido por loco en el pueblo, observó que su alegría tenía algo de sospechosa, pero las buenas gentes le rieron en la cara, pues conocían desde antiguo la honradez de Pierrot.

Al llegar á casa de Colombina, salió ésta; él mostró su oro, y vió con asombro que ella retrocedía horrorizada, diciendo:

—¡Está manchado de sangre! y tu cara, y tus manos y tus vestidos también. Vete, vete, tengo miedo de tí. ¡No quiero ser más tu prometida! Y cerró la puerta.

Suplicó en vano Pierrot; la puerta permaneció cerrada, y sorda Colombina.

Tomó entonces el camino de la selva, y fué á la fuente, para lavarse, ¡inútil tarea! enrojecieron las claras aguas de la fuente, y sus vestidos y su cara y sus manos y su oro, seguían tan manchados.

Sentóse al pie del árbol—testigo complaciente de su dicha fracasada—y reflexionó sobre una serie de planes—uno tras otro desechados,—á base todos del retorno de Colombina al redil de sus amores, sin ser dicho retorno, en la apariencia, buscado ni solicitado por él. En ciertos momentos llegaba hasta el sacrificio de su orgullo de galán ofendido. En tal punto esta-

ba, cuando regó el sueño sutil polvo de oro sobre sus párpados fatigados y quedó dormido. Soñó como sigue: Era la fiesta del pueblo; en la plaza, vestida de flores numerosas y guirnal-das elegantes, él bailaba con Jacinta, la rival de Colombina, mientras ésta, un poco distante, rodeada por los mejores mozos del pueblo, y aun por algunos forasteros, atendía á todos, sin quitarle la vista de encima. Llegado el momento en que él se arrodillaba ante su pareja, para completar una figura, Colombina, atropellando por todo, venía á juntarse y lo sacaba de allí, prometiéndole, entre besos, mimos y lágrimas, no acordarse más de vestidos de princesas ni de alhajas, con lo que Pierrot volvía el oro mal habido y quedaba tan blanco como antes.

Cuando despertó, esperezando sus miembros deliciosamente enervados, reinaban profundas tinieblas en toda la selva. Y si con la luz había soñado, durmiendo; oscuro ya, soñó despierto la noche entera: Colombina, entre sus brazos reclinaba la cabeza sobre su hombro y hacía, para él solo, sus más delicadas, sus más bonitas coquetuerías. Por momentos, la figura del viejo avaro asesinado—cuyo era el oro—quería interponerse, pero muy luego, un picaresco apodo que le aplicaba Colombina, borraba la imagen. Y, si sus sueños de dormido y de despierto habían de ser una realidad, bien asesinado estaba el viejo avaro, pensaba Pierrot.

Al amanecer fué de nuevo á casa de Colombina. Estaba la puerta entornada; entró sin llamar. Escondía las manos en las faltriqueras y tiritaba de frío bajo la nieve con que cubriera las manchas de su chaquetón. Cierta que no consiguió cubrirlas sino cuando hubo arrojado todo su oro. Colombina estaba desconocida. Frente á una plancha esplendorosa que reflejaba su rostro, como las aguas de la fuente, arreglaba en su cuello un collar, que pareció á Pierrot de gotas de rocío condensadas; ostentaba la cabeza un gran pájaro de colores vistosos, como no lo había visto nunca Pierrot en la selva; sus ojos estaban rodeados de profundas ojeras azuladas, y en su rostro había un gesto lascivo y extenuado.

Tan absorta estaba en su arreglo, que Pierrot pudo aproximarse sin ser notado. Después de un largo rato de muda contemplación, exclamó:

—¡Colombina! héme aquí, tan blanco como antes!

Ella se volvió.

—Mira, mira, ¡cuánta maravilla! díjole, enseñando su collar, sus encajes, sus guantes, señalando su espejo, cosas todas de existencia ignorada para Pierrot. ¡Mira y asómbrate!

El repitió:

—¡Ya estoy tan blanco como antes, Colombina!

Pero ella no le atendía, y moviase ante el espejo, admirando los cambiantes de luz de su collar.

Pierrot, el ingenuo, tuvo un mal pensamiento, que expresó así:

—¡Colombina, yo estoy tan blanco como antes! ¿y tú?

La cara de Colombina se puso encarnada como una cereza. Enfurecida, lo arrojó de su casa, con palabras tan duras, que sonaban como crueles martillazos en sus pobres oídos. Aquello marcó una hora decisiva en el destino de Pierrot, tan fácil hasta entonces, tan lleno de alegrías, purificadas más que enturbiadas por dulces penas de amor.

Y esa misma noche, cuando todos dormían, salió Pierrot de su pueblo, llevando su equipaje en la extremidad de un largo bastón, sostenido en el hombro.

Caminaba Pierrot, caminaba siempre, caminando abajo, por el sendero en declive.

Pierrot había pensado en más de una ocasión; ahora, por la primera vez de su vida, Pierrot meditaba. Una frase del viejo filósofo, tenido por

loco, escuchada cien veces, tomaba entonces para él un sentido preciso y riguroso, coronado, como una cumbre inhospitalaria todas sus meditaciones: «La vida suele ser una carga abrumadora.» Luego, se representaba el mimo acariciador y simpático con que lo saludaba Colombina; su vocesita, un poco velada, diciéndole: ¡Hasta luego, Pierrot!

¡Sólo porque era de noche y todos dormían en el pueblo, nadie pudo ver cuántas lágrimas brotaban de los ojos de un caminante encorvado, que iba camino abajo!

Las buenas gentes se hacían lenguas comentando la extraña desaparición de Pierrot, en tanto que él, caminando siempre, paseaba por el mundo su melancolía, sin conseguir desterrar de su cerebro una idea importuna.

Una tarde—dos años justos desde su salida del pueblo—entraba Pierrot en una gran ciudad, aturdidora de movimiento y de riquezas. Le dijeron que se llamaba París.

Miraba, embobado, cómo una serie innumerable de coches corrían en una misma dirección, cuando vió de improviso, ¡oh prodigio! en uno de los más hermosos, que la misma Colombina iba sentada!

La selva, la fuente, la encina, el botón arrancado, una flor, una fruta, un beso—¡todas las maravillas del buen tiempo viejo!—pasaron como un relámpago por su cerebro. Repuesto apenas de la honda y brusca impresión, echó tras el coche, á enormes trancos, á perder alientos, arrollando todo lo que se oponía á su carrera frenética.

Los transeúntes, atropellados ó volteados, gritaban: ¡Es un loco! ¡Debe ser un ladrón! y aseguraban sus prendas.

Ni lo uno, ni lo otro; Pierrot era un enamorado, simplemente.

Algunos perros quisieron estorbar su propósito; vano intento: consiguieron sólo algún trozo desgarrado del pantalón de Pierrot.

Juntos llegaron á su destino; fresca y descansada ella; jadeante y ensangrentado él. Con voz entrecortada y anhelosa, apenas si pudo murmurar:

—¡Colombina!

Esta se volvió, sobresaltada. Al ver á Pierrot á sus pies, arrastrándose casi, graciosamente estrojo de su bolsillo una moneda de plata y depositó en la mano estirada de quien solicitaba un tesoro de amor, una limosna de dinero. Aun estaba estupefacto Pierrot, cuando ya ella había desaparecido dentro del suntuoso portal frente al cual se detuvieran.

Trabajo y no poco costó á Pierrot introducirse en él. El portero ignoraba quien fuese la señorita Colombina; su traje, por otra parte, no era el más apropiado para inspirar confianza. Horas pasaron.....

La gota de agua cayendo, taladra la roca. Pierrot entró.

Que no se diga jamás que un enamorado ha sido detenido por un portero; todavía por un mastín.

Nunca Pierrot, en sus dos años continuos de rodar tierras, viera nada semejante; luces, mil veces reflejadas, perfumes intensos, pequeños muebles de formas bizarras y miembros contrariados, blandos tapices espesos como una piel de carnero, damas y señores, hablando en alta voz, y allá, en el fondo, reclinada en un diván, la bella Colombina. Cierta que la selva, cuando ella estaba, era más hermosa.....

—¡Colombina mía! ¡héme aquí!

Perezosamente, alzó Colombina sus largas pestañas, para fijar sobre Pierrot una mirada lánguida.

—¡Colombina! ¿acaso no recuerdas? ¡Yo soy Pierrot!

Pasó un largo segundo, de suprema ansiedad para Pierrot.

Colombina movió con lentitud la cabeza y contestó:

—¡No recuerdo!

—¡Yo te ofendí, pero me he arrepentido! ¡huí de tí, pero vuelvo tan enamorado como antes, Colombina!

—¡No recuerdo!

—¡Cómo! ¿no recuerdas?..... la selva, el nido, el botón, tus promesas..... mis juramentos.....

Una pausa..... el oro..... las manchas rojas.....—añadió desesperado ya.

—¡No recuerdo nada!—repitió Colombina.

Damas y caballeros reían. Gruesas lágrimas brotaban de los ojos de Pierrot.

Ya en la calle, el portero exclamaba, satisfecho de tener razón:—cuando yo le decía á usted señor Pierrot, que debía de estar equivocado.

¡El! ¡Pierrot! ¡equivocar á Colombina! ¡vamos!.....

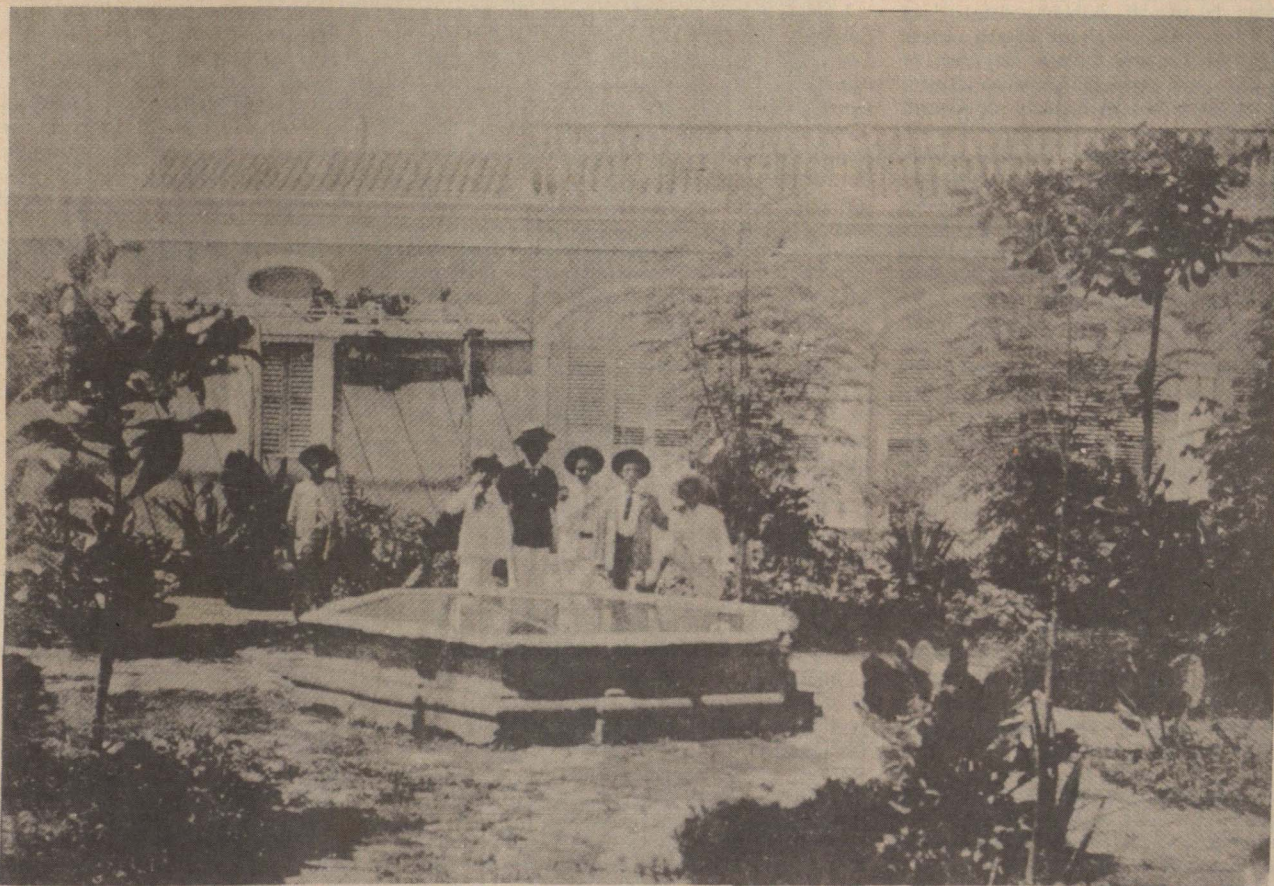
11

Bajo los plácidos rayos de la luna, el equipaje á la extremidad de un largo bastón, una moneda de plata en la diestra, caminaba siempre, caminaba el melancólico Pierrot.... camina arriba.... ¡cuántos recuerdos!.... cuántos viejos amigos, olvidados casi.... lejano todavía, el blanco campanario, que se le antojaba disminuido.... un repliegue del terreno.... un antiguo nido abandonado, bien evocativo, por cierto.... el mismo perfume de la selva.... el mismo rumor entre las hojas.... y allá, no muy distante, la casa familiar.... miró más.... á la puerta el perro protector de su niñez, que lo saludaba sin moverse, anquilosado por los años!.... ¡oh! ¡las buenas lágrimas que acudían á sus ojos!.... todo fiel, todo en su sitio, todo lo mismo, todo.... todo.... menos la ingrata y encantadora Colombina....

Al borde del camino, apoyado en una piedra, lloraba Pierrot.... A ratos, besaba furiosamente el rostro griego de la libertad en su moneda de plata. Tanto lloró, que una gran languidez se apoderó de sus miembros, adormeciéndolo. Un honrado mendigo que acertó á pasar, recogió la moneda, dejándole en cambio una desventajada mandolina. Todo buen enamorado es un poco poeta; de ahí que pueda asentar un castillo sobre una nimiedad cualquiera—crear—Pierrot, por consiguiente. Tañó, al despertar, la mandolina; parecióle, luego, ver en el rostro enigmático de la luna una sonrisa placentera. Pletórico de amor, á ella dirigió sus estrofas. Así, desde el mismo sitio, durante varias noches. Con esto, á su manera, era feliz Pierrot.

Pero—pero es lo inevitable; en la vida humana no existe la línea recta; se quiebra siempre al complicarse con un peso—pero, decíamos, sucedió que una noche aguardó en vano la salida de la luna. No había luna esa noche.

Atomo, sirviendo de centro á la circunferencia inconcebible de sombra, dilatada por la noche á su alrededor, erraba Pierrot á la ventura. Si el día es esplendoroso, ¡a noche, en cambio, es formidable. Se place Dios en esas inmensas oposiciones, perfectas, como todo lo salido de sus manos. Ellas existen en lo grande y en lo pequeño; en lo físico y en lo moral. La luz y las tinieblas; la montaña y la llanura; el alma y el cuerpo; la conciencia y el impulso; la paloma, cuya blancura alcanza la candidez, y el cuervo, cuya negrura simboliza lo siniestro; la víbora que se arrastra, y el águila que vuela; el Océano que ruge eternamente, y la tierra eternamente silenciosa; el pájaro y el pez; el cerebro, átomo, conteniendo á la inteligencia, infinito; la rosa, belleza, surgiendo del barro, fealdad; el arcángel y el demonio; la vida y la muerte; el verano y el invierno; la primavé-



Patio de la casa del General Artstides Tellería, en Coro. — Fotografía Martínez

ra, todas las alegrías; y el otoño, todas las tristezas; el fondo mismo de la naturaleza entera, no es más que un vasto y perfecto contraste; el antípoda existe siempre; cabeza abajo del que lo imagina. Si cabe superlativo en la perfección, el contraste entre día y noche, es lo perfectísimo. En la visión reflejada de las cosas, el sol da la medida justa; la luna desfigura; la noche transfigura; transfigura lo grande en gigantesco; la visión en espectro; el perro en lobo; la selva apacible, poblada de cantos, en bóveda tenebrosa, poblada de rumores; el miedo en pavor; el pavor en terror; lo obscuro en negro; lo blanco en lívido; el arrepentimiento en remordimiento. Cuando la conciencia está tranquila, errar por la noche, en medio de una selva, absolutamente solo, es sobresaltado; el miedo del salteador ó de la fiera, así sea quimérico, acude siempre á poner los nervios en tensión y os hace afinar el oído para persuadirnos de que es el rumor de las hojas ó el murmullo del arroyo, lo que escucháis y no otra cosa. Cuando la conciencia está intranquila, es terrible; no es ya el miedo lo que acude, sino el terror del espectro. El miedo tiene sobresaltos: el terror es continuo y angustioso; el miedo discierne, investiga causas; el terror es ciego; el miedo os ataca por la derecha ó por la izquierda, el terror os envuelve; el miedo disminuye en un momento dado, el terror crece siempre; el miedo obra sobre los sentidos; el terror sobre el espíritu.

Bien; Pierrot se encontraba en el segundo caso.

Habíase creado un hábito—imperioso ya—en aguardar la salida de la luna, sentado sobre la piedra, pulsando la consoladora mandolina. Aquella noche, después de recorrer los horizontes, buscándola, como un amante que llega

anticipado á su cita de amor, entornó Pierrot los ojos; su dulce ensueño hizo palpables casi imposibles realidades. No quisiéramos calumniar á Pierrot; acudía, lo hemos dicho, á una cita de amor, pero casi nos atreveríamos á afirmar que Colombina no fué el personaje menos interesante de su ensueño. Es más, el eco indiscreto asegura que él, esa noche, por encargo expreso de Pierrot, repitió muchas veces el dulce nombre de la ausente.

Cuando Pierrot, despertando, aunque no dormía, buscó de nuevo á la luna, espesa sombra reinaba en torno suyo. La selva, á su frente, era como una gran mancha negra, asentada sobre el infinito azul; á su izquierda, tinieblas; á su derecha, tinieblas; detrás, las mismas tinieblas, rayadas por el campanario que se enderezaba, lívido. . . . asaltóle un vago temor. . . . instintivamente, buscó socorro en los cielos. . . en un alejamiento de ensueño, todas las estrellas se asomaban á mirarlo. . . .

Entonces, el triste, el desgraciado Pierrot, echó á correr hacia la selva, como una fiera enfurecida. Las ramazones secas, erizadas y agudas, le destrozaban el rostro y el cuerpo y las manos. . . Como un héroe de leyenda, aquel pobre enamorado sangraba por cien heridas.

Y seguía luchando.

¿Contra quién?

Contra el peor de los enemigos; el enemigo invisible; inasible, invulnerable, sin piedad; ¡el terror!

Y como si el terror se sintiera débil esta vez, se había aliado, se había complicado con el remordimiento.

Y seguía Pierrot debatiéndose en su fuga dantesca.

La selva habíase vuelto ilimitada, como la noche; las altas hierbas le arañaban; la ruda

corteza de los robles le raspaba; le azotaban los tirsos; las trepadoras se enmarañaban y embriagaban de intención, para retenerlo y herirlo. . . . De improviso, ¡oh consuelo inefable! el terror tomó formas precisas. Veía ante sí una imagen horrible. En una especie de covacha, sobre un lecho de jergas, un viejo, caduco y miserable, con una profunda herida en el cuello, por la cual sangraba á borbotones, debatíase en los últimos estertores de la agonía; sus manos flacas, crispadas, cerraban convulsivamente una bolsa repleta de oro, que un joven trataba de arrancarle.

Pierrot no quiso ver aquello, y cambiando la dirección, echó á correr hacia el sendero que se esbozaba á lo lejos, blanquecino. . .

Sin embargo, á sus ojos el drama implacable continuaba: el viejo, sintiendo escapar toda su sangre, llevó la mano izquierda á la herida, cubriéndola; la diestra, más vigorosa, defendía el oro.

Pierrot reconoció en aquel movimiento al viejo avaro. . .

Ya próximo al camino, con la esperanza de que en él cesaría el espectro, redobló su carrera.

El drama continuaba.

El joven, en un tirón violento, se apoderó de la bolsa. . . el viejo, entonces, se irguió de pronto, y, en alto las crispadas manos, avanzó hacia él, lo arrojó por tierra de un solo esfuerzo, y de nuevo en posesión de su tesoro, quiso hablar. . . un sonido ronco salió de su garganta; una mueca de triunfo, de intensa satisfacción, se dibujó en su rostro demacrado; oprimiendo en seguida contra el vientre, con las dos manos, la bolsa de monedas, se dejó caer de boca, enroscándose como una víbora. . . ¡Estaba muerto!

Pierrot llegaba al camino; tropezó violentamente contra una piedra y cayó desmayado. Era tiempo; tal vez si hubiera visto cómo el joven, á pequeños arranques lograba extraer el oro, y cómo las manos muertas del viejo se cerraban de nuevo, cual si sintieran el despojo, tal vez, decíamos, el corazón de Pierrot hubiera estallado.

A las rosadas vislumbres del alba naciente, que disipaba á los lejos las volubles brumas, tendida á lo largo sobre los cantos del camino en declive, advertíase una forma blanca. Las golondrinas volaban á flor de tierra, iban y venían, en una comba extendida y armoniosa, en un esfuerzo fácil, como cortas flechas animadas. Algunas, al pasar, curioseando, rayaban delicadamente, con el ala, la forma blanca, se levantaban de golpe, como asombradas de su audacia, se juntaban, revoloteando, sin moverse de un punto, para lanzarse de nuevo, en contraria dirección. La selva elevaba á los cielos la plegaria de la mañana, envuelta en el incienso de sus perfumes agrestes. Un roce de ala, tal vez más acentuado, hizo que la forma blanca se removiese. Era Pierrot. Las golondrinas, alarmadas, alzaron el vuelo y á una altura prodigiosa, comenzaron á jugar, á perseguirse, en giros cortos y rápidos. El sol doraba los campos con sus rayos paralelos á la tierra, y comenzaba á sobresalir de la línea del horizonte á imperceptibles sacudidas.

Era Pierrot. Era Pierrot, que salía de su desmayo, sangrando y extenuado. Era Pierrot, que desde el fondo de su alma, inocente y criminal, llamaba en su socorro á la muerte, mientras á su alrededor toda la naturaleza cantaba alegremente la canción de la vida.

Desde esa noche memorable fueron un martirio para el triste Pierrot las noches sin luna; en cambio, apenas asomada en los cielos la pálida faz de su dulce amiga, él empuña la mandolina, y acariciado por sus rayos sin calor, que reemplazaban ¡mal, tal vez! las caricias imaginadas de la otra, le dirige sus más apasionadas, sus más poéticas canciones.

Con esto, á su manera, es feliz Pierrot.

Es así, señoritas, como el alegre y despreocupado Pierrot—sicut erat in principio—se volvió en el melancólico Pierrot, poeta, enamorado de la luna. Y ahora, suponed que Colombina es una amiga vuestra, y Pierrot, cualquier poeta que canta sus canciones al astro de la noche.

AGUSTÍN ENCISO.

ESTUDIOS CRITICOS

LA NOVELA

por Gui de Maupassant.

Voy á ocuparme de la novela en general.

No soy el único á quien se dirige la misma censura por los mismos críticos cada vez que aparece un nuevo libro.

En medio de frases de elogio, encuentro regularmente esta otra:

«El mayor defecto de esta obra consiste en que no es una novela propiamente hablando.»

A esto se podrá contestar de la misma manera:

«El mayor defecto del escritor que me dispensa la honra de juzgarme consiste en que no es un crítico.»

¿Cuáles son en puridad los caracteres esenciales del crítico?

Es preciso que sin prevención, sin opiniones preconcebidas, sin ideas de escuela, sin conexiones con ninguna familia de artistas, comprenda, distinga y explique todas las tendencias más opuestas, los temperamentos más contrarios y

admite las investigaciones de arte más diversas.

Luego el crítico que después de *Manón Lescaut*, *Pablo y Virginia*, *Don Quijote*, *Las Uniones peligrosas*, *Werther*, *Las afinidades electivas*, *Clarisa Harlowe*, *Emilio*, *Cándido*, *Cinq-Mars*, *René*, *Los Tres Mosqueteros*, *La prima Bette*, *Colomba*, *El Rojo y el Negro*, *Mademoiselle de Maupin*, *Nuestra Señora de París*, *Salammbó*, *Madame Bovary*, *Adolfo*, *M. de Camors*, *L'Assommoir*, *Safo*, etc., se atreve á escribir: «Esta es una novela y aquella no lo es.» me parece dotado de una perspicacia que se asemeja mucho á la incompetencia.

Generalmente el crítico de este linaje entiende por novela una aventura más ó menos verosímil, arreglada á la manera de una comedia en tres actos, el primero de los cuales contiene la exposición, el segundo la acción y el tercero el desenlace.

Esta manera de componer es absolutamente admisible, pero á condición de que se acepten igualmente todas las demás.

¿Existen reglas fijas para hacer una novela, y prescindiendo de ellas deberá darse otro nombre á una historia escrita?

Si *Don Quijote* es una novela, ¿*El Rojo y el Negro* no lo es también? Si *Monte Cristo* es una novela, *L'Assommoir* es otra. ¿Puede acaso establecerse una comparación entre *Las Afinidades electivas* de Goethe, *Los Tres Mosqueteros* de Dumas, *Madame Bovary* de Flaubert, *M. de Camors* de Octavio Feuillet y *Germinal* de Zola? ¿Cuál de estas obras es una novela? ¿Cuáles son esas famosas reglas? ¿Cuál es su origen? ¿Quién las ha establecido? ¿En virtud de qué principio, de qué autoridad y de qué razones?

Parece sin embargo que estos críticos saben de una manera cierta, indudable lo que constituye una novela y lo que la distingue de otra que no lo es. Esto significa sencillamente que sin ser productores están afiliados á una escuela, y rechazan á la manera de los novelistas mismos todas las obras concebidas y ejecutadas fuera de los moldes de su estética particular.

Un crítico inteligente debería por el contrario señalar todo lo que se parece menos á las novelas ya hechas, y estimular todo lo posible á los jóvenes á intentar abrir nuevos caminos.

Todos los escritores, Victor Hugo, como Zola, han reclamado constantemente el derecho absoluto, el derecho ineludible de componer, es decir de imaginar y observar, según su concepto personal del arte. El talento procede de la originalidad, que es una manera especial de pensar, de ver, de comprender y de juzgar.

Luego el crítico que pretende definir la novela según la idea que él tiene de las novelas que prefiere, y fijar ciertas reglas invariables de composición, luchará siempre contra todo temperamento de artista que produce una idea nueva. Un crítico para merecer en absoluto este nombre no debiera ser más que un analista, sin tendencias, sin preferencias, sin pasiones, y como un perito en cuadros, no apreciar más que el valor artístico del objeto de arte que se le presenta. Su inteligencia debe de absorber tan completamente su personalidad que le permita descubrir y estimar los libros mismos que como hombre no le agradan y que debe comprender como Juez.

Pero casi todos los críticos no son en realidad, más que lectores, de lo que resulta que nos reconviene casi siempre en vano, ó que nos complimentan, elogian y elevan sin reserva ni medida.

El lector que desea únicamente satisfacer en la lectura del libro la tendencia natural de su espíritu, pide al escritor que responda á su gusto predominante, y califica invariablemente de notable ó de bien escrito, el libro ó el fragmento del libro que complace á su imaginación idealista, alegre, picaresca, triste, soñadora ó positiva.

En suma el público está compuesto de grupos numerosos que nos dicen:

—Consoladme.

—Entercedme.

—Entercedme.

—Hacedme soñar.

—Hacedme reir.

—Hacedme enternecer.

—Hacedme llorar.

—Hacedme pensar.

Solamente algunas inteligencias privilegiadas piden al artista:

—Mostradme algo nuevo y bello, en la forma que mejor os convenga, según vuestro temperamento.

El artista prueba á hacerlo y triunfa ó fracasa.

El crítico sólo debe de apreciar el resultado según la naturaleza del esfuerzo, y no tiene para qué preocuparse de las tendencias.

Esto se ha escrito ya mil veces, y es preciso sin embargo respetarlo.

Así, después de las escuelas literarias que han pretendido presentarnos una visión deformada sobrehumana, conmovedora, hermosa ó soberbia de la vida, ha venido una escuela realista ó naturalista que ha pretendido mostrarnos la verdad, nada más que la verdad y toda la verdad.

Preciso es admitir con igual interés estas teorías de arte tan diversas y juzgar las obras que producen únicamente desde el punto de vista de su valor artístico, aceptando *a priori* las ideas generales que las han engendrado.

Negar el derecho de un escritor á hacer una obra poética ó una obra realista es querer obligarle á modificar su temperamento, recusar su originalidad y no permitirle servir de los ojos y de la inteligencia que le ha dado la naturaleza.

Culparle de ver las cosas bonitas ó feas, pequeñas ó épicas, vulgares ó sublimes, graciosas ó siniestras, es culparle de estar organizado de tal ó cual manera y de que vea las cosas como las vemos nosotros.

Dejémosle, pues, libre de comprender, de observar como le plazca siempre que sea un artista. Exaltémosle poéticamente para juzgar á un idealista y probémosle que su sueño es vulgar, mediocre, banal y no bastante extravagante ó magnífico. Pero si juzgamos á un naturalista, mostrémosle en qué difiere la verdad en la vida de la verdad en su libro.

Es evidente que escuelas tan diferentes han debido de emplear procedimientos de composición absolutamente opuestos.

El novelista que transforma la verdad constante, brutal y desagradable para presentar una aventura excepcional y seductora, debe, sin preocupación exagerada de la verosimilitud, disponer los acontecimientos á su antojo, prepararlos y colocarlos de suerte que agraden al



LOS TRES RATAS

lector, le conmuevan ó le enternezcan. El plan de su novela no es más que una serie de ingeniosas combinaciones que hábilmente llevan al lector al desenlace. Los incidentes están dispuestos y graduados para llegar al punto culminante y al efecto del fin, que es un suceso capital y decisivo propio para satisfacer todas las curiosidades excitadas desde el principio, para poner límite al interés, y terminar tan completamente la historia narrada que el lector ya no debe saber lo que será el día siguiente de los personajes más interesantes.

Por el contrario, el novelista que pretende presentarnos una imagen exacta de la vida, ha de evitar con cuidado todo encadenamiento de sucesos que pueda parecer excepcional. Su objeto no es contarnos una historia, divertirnos ó entristecernos, sino obligarnos á pensar, á comprender el sentido profundo y oculto de los sucesos. A fuerza de haber visto y meditado, contempla el universo, las cosas, los hechos y los hombres de

cierta manera que le es propia, y que resulta del conjunto de sus observaciones y reflexiones. Esta visión personal del mundo es la que procura comunicarnos reproduciéndola en su libro. Para conmovernos, como él se ha conmovido en el espectáculo de la vida, debe reproducirla ante nuestros ojos con una escrupulosa exactitud. Deberá pues componer su libro de una manera tan hábil, tan disimulada y tan sencilla en la apariencia que sea imposible sorprender y señalar el plan y descubrir sus intenciones.

En vez de imaginar una aventura y desarrollarla de manera que sea interesante hasta el fin, tomará su personaje ó sus personajes en cierto período de su existencia y los llevará por transiciones naturales hasta el período siguiente. Mostrará de esta suerte, cómo los caracteres se modifican bajo la influencia de las circunstancias que les rodean, cómo se desarrollan los sentimientos y las pasiones, cómo se ama, cómo se odia, cómo se combate en todos los medios so-

ciales, cómo luchan los intereses en todas las clases, los intereses de dinero, los intereses de familia, los intereses políticos.

La habilidad de su plan, no consistirá, pues, en la emoción ó en el encanto, en una exposición interesante ó en una catástrofe conmovedora sino en el agrupamiento concertado de los hechos constantes de que se deriva el sentido definitivo de la obra. Si encierra en trescientas páginas diez años de una vida para mostrar cuál ha sido, en medio de todos los seres que le han rodeado, su significación particular y bien característica, deberá saber eliminar entre los infinitos sucesos cotidianos todos aquellos que le sean inútiles, poniendo de relieve de una manera especial todos los que habrían pasado inadvertidos para observadores poco perspicaces, y que dan al libro su mayor importancia, su valor de conjunto.

Se comprende que semejante manera de componer, tan diferente del antiguo procedimiento, tan visible para todos los ojos, desconcierte frecuentemente á los críticos, y que no descubran todos los hilos tan sutiles, tan secretos, casi invisibles, empleados por ciertos artistas modernos en vez de aquella trama única que se llamaba *la intriga*.

En resumen, si el novelista de ayer elegía y narraba la crisis de la vida, los estados agudos del alma y del corazón, el novelista de hoy escribe la historia del corazón, del alma y de la inteligencia en el estado normal. Para producir el efecto que persigue, es decir, la emoción de la simple realidad, y para obtener la enseñanza artística que quiera presentar, es decir, la revelación de lo que es verdaderamente el hombre contemporáneo ante sus ojos, deberá no emplear más que hechos de una verdad irrecusable y constante.

Pero colocándose en el punto de vista de estos artistas realistas, se debe discutir su teoría, que parece poder resumirse en estas palabras: «Nada más que la verdad y toda la verdad.»

Siendo su intención desenvolver la filosofía de ciertos hechos constantes y corrientes, debieran frecuentemente rectificar los hechos en provecho de la verosimilitud y en detrimento de la verdad, porque

Lo verdadero puede algunas veces no ser verosímil.

El realista si es un artista, procurará no mostrarnos la fotografía banal de la vida, sino darnos la visión más completa, más exacta, más patente que la realidad misma.

Referirlo todo sería imposible, porque se necesitaría un volumen á lo menos por día para enumerar la multitud de incidentes insignificantes que llenan nuestra existencia.

Se impone, pues, la elección, lo que es un primer golpe dado á la teoría de toda la verdad.

La vida por lo demás, está compuesta de casos lo más diferentes, lo más imprevistos, lo más contrarios, lo más desiguales: es brutal, sin sucesión, sin engranaje, llena de catástrofes inexplicables, ilógicas y contradictorias que deben ser clasificadas en el capítulo de *hechos diversos*.

Hé aquí por qué el artista, después de elegir su tema, no recogerá en esta vida

preñada de azares y futilidades más que los detalles característicos útiles a su asunto, y prescindirá de todo lo demás.

Un ejemplo entre mil:

El número de personas que mueren cada día por accidente es muy considerable en este mundo. Pero, ¿podemos hacer caer una teja sobre la cabeza de un personaje principal, ó arrojarle bajo las ruedas de un carruaje, en medio de la narración, á pretexto de que es preciso conceder la parte correspondiente á lo accidental, á lo imprevisto?

La vida deja todo en el mismo estado, precipita los hechos ó los prolonga indefinidamente. El arte por el contrario consiste en usar de precauciones y preparaciones, en presentar transiciones hábiles y disimuladas, en colocar en plena luz, por efecto del acierto en la composición, los sucesos esenciales y en dar á todos los demás, el grado de relieve que les conviene, según su importancia, para producir la sensación profunda de la verdad especial que se quiere demostrar.

Escribir la verdad consiste, pues, en producir la ilusión completa de lo verdadero, siguiendo la lógica ordinaria de los hechos, y no en relatarla servilmente en la confusión de su sucesión.

De todo esto deduzco que los realistas de talento deben llamarse más propiamente ilusionistas.

¿Qué puerilidad, por lo demás, creer en la realidad porque cada uno llevamos la nuestra en nuestro pensamiento y en nuestros órganos. Nuestros ojos, nuestros oídos, nuestro olfato, nuestro gusto diferente, crean tantas verdades como hombres existen sobre la tierra. Y nuestra inteligencia que recibe las instrucciones de estos órganos diversamente impresionados, comprende, analiza, y juzga como si cada uno de nosotros perteneciera á una raza diferente.

Cada uno de nosotros se hace, pues, sencillamente una ilusión del mundo, ilusión práctica, sentimental, regocijada, melancólica, fea, lúgubre, según su naturaleza. Y el escritor no tiene otra misión que reproducir fielmente esta ilusión con todos los procedimientos de arte que ha aprendido y de que puede disponer.

¡Ilusión de lo bello que es una convención humana! ¡Ilusión de lo feo que es una opinión mudable! ¡Ilusión de lo verdadero que es siempre inmutable! ¡Ilusión de lo innoble que atrae á tantos seres! Los grandes artistas son aquellos que imponen á la humanidad su ilusión particular.

No nos enojemos, pues, contra ninguna teoría, puesto que cada una de ellas es sencillamente la expresión generalizada de un temperamento que se analiza.

Hay especialmente dos que con frecuencia han sido discutidas, oponiéndolas una á otra en vez de admitir las dos, la de la novela de puro análisis y la de la novela objetiva. Los partidarios del análisis quieren que el escritor se dedique á indicar las menores evoluciones de un carácter y todos los móviles más secretos que determinan nuestras acciones no concediendo al hecho mismo más que una importancia muy secundaria. Es el punto de llegada, un simple límite, el pretexto de la novela. Sería necesario pues, según ellos escribir estas obras precisas ó soñadas en que la inauguración se confunde con la observación á

la manera de un filósofo componiendo un libro de filosofía, exponer las causas desde los orígenes más lejanos, decir todos los porqués de todas las voluntades y discernir todas las reacciones del alma obrando bajo la impulsión de los intereses, de las pasiones, de los instintos.

Los partidarios de la objetividad (¡qué palabreja!) pretenden por el contrario, darnos la representación exacta de lo que pasa en la vida; evitan cuidadosamente toda explicación complicada, toda disertación sobre los motivos, y se limitan á hacer pasar delante de nuestros ojos los personajes y los sucesos.

Para ellos la psicología debe estar oculta en el libro, como lo está en la realidad bajo los hechos de la existencia.

La novela concebida de esta manera gana en interés, en movimiento en la narración, en color y en animación y vida.

Así, pues, en vez de explicar largamente el estado del ánimo de un personaje, los escritores objetivos se fijan en la acción ó el gesto que este estado del alma debe producir fatalmente en ese hombre en una situación determinada y le hacen conducirse de tal manera del principio al fin de la obra que todos sus actos, todos sus movimientos sean el reflejo de su naturaleza íntima, de todos sus pensamientos, de todas sus voluntades ó de todas sus vacilaciones. Ocultan, pues, su psicología en vez de presentarla; hacen el armazón de la obra, como la osamenta invisible es la armazón del cuerpo humano. El pintor que pinta nuestro retrato no pinta nuestro esqueleto.

Me parece también que la novela ejecutada de esta manera gana en sinceridad. Es desde luego mas verosímil, porque las gentes que vemos moverse en torno nuestro no nos cuentan los móviles á que obedecen.

Conviene después considerar que, si á fuerza de observar los hombres, podemos determinar su naturaleza bastante exactamente para preveer su manera de ser en casi todas las circunstancias, si podemos decir con precisión: «Tal hombre, de tal temperamento, en tal caso, hará esto,» no debe entenderse que podamos determinar una á una todas las secretas evoluciones de su pensamiento que no es el nuestro, todos los misteriosos impulsos de sus instintos que no son semejantes á los nuestros, todas las tendencias confusas de su naturaleza cuyos órganos, cuyos nervios, cuya sangre son diferentes de los nuestros.

Por mucho que sea el genio de un hombre débil, afable, sin pasiones, amante únicamente de la ciencia y del trabajo, jamás puede apoderarse bastante completamente del alma y del cuerpo de un mozo exuberante, sensual, violento, agitado por todos los deseos y aun por todos los vicios para poder comprender é indicar los impulsos y las sensaciones más íntimas de este sér tan diferente, aunque puede presumir y contar todos los actos de su vida.

En suma, el que hace psicología pura no puede hacer más que sustituirse á todos sus personajes en las diferentes situaciones en que los coloca, porque le es imposible cambiar sus órganos, que son los únicos intermediarios entre la vida exterior y nosotros, que nos imponen sus percepciones, determinan nuestra sensibilidad, crean en nosotros un alma esencialmente distinta de todas las que

nos rodean. Nuestra visión, nuestro conocimiento del mundo adquirido por el auxilio de nuestros sentidos, nuestras ideas sobre la vida, no podemos más que llevarlos en parte á todos los personajes cuyo sér íntimo y desconocido pretendemos descubrir y revelar. Siempre somos nosotros los que nos mostramos en el cuerpo de un Rey, de un asesino, de un ladrón, ó de un hombre honrado; de una cortesana, de una religiosa, de una joven pudorosa ó de una verdulera, porque nos vemos obligados á proponernos así el problema: «Si yo fuera rey, asesino, ladrón, cortesana, religiosa, joven púdica, ó verdulera ¿qué es lo que yo pensaría? ¿qué es lo que yo haría? ¿cómo obraría yo?»

No diferenciamos pues, nuestros personajes más que cambiando la edad, el sexo, la situación social y todas las circunstancias de la vida de nuestro yo que la naturaleza ha rodeado de una barrera de órganos infranqueable.

La habilidad consiste en no dejar reconocer este yo por el lector bajo todas las diversas máscaras que nos sirven para ocultarlo.

Pero si desde el punto de vista de la completa exactitud el puro análisis psicológico es discutible; puede, sin embargo, producir obras de arte tan bellas como todos los demás métodos de trabajo.

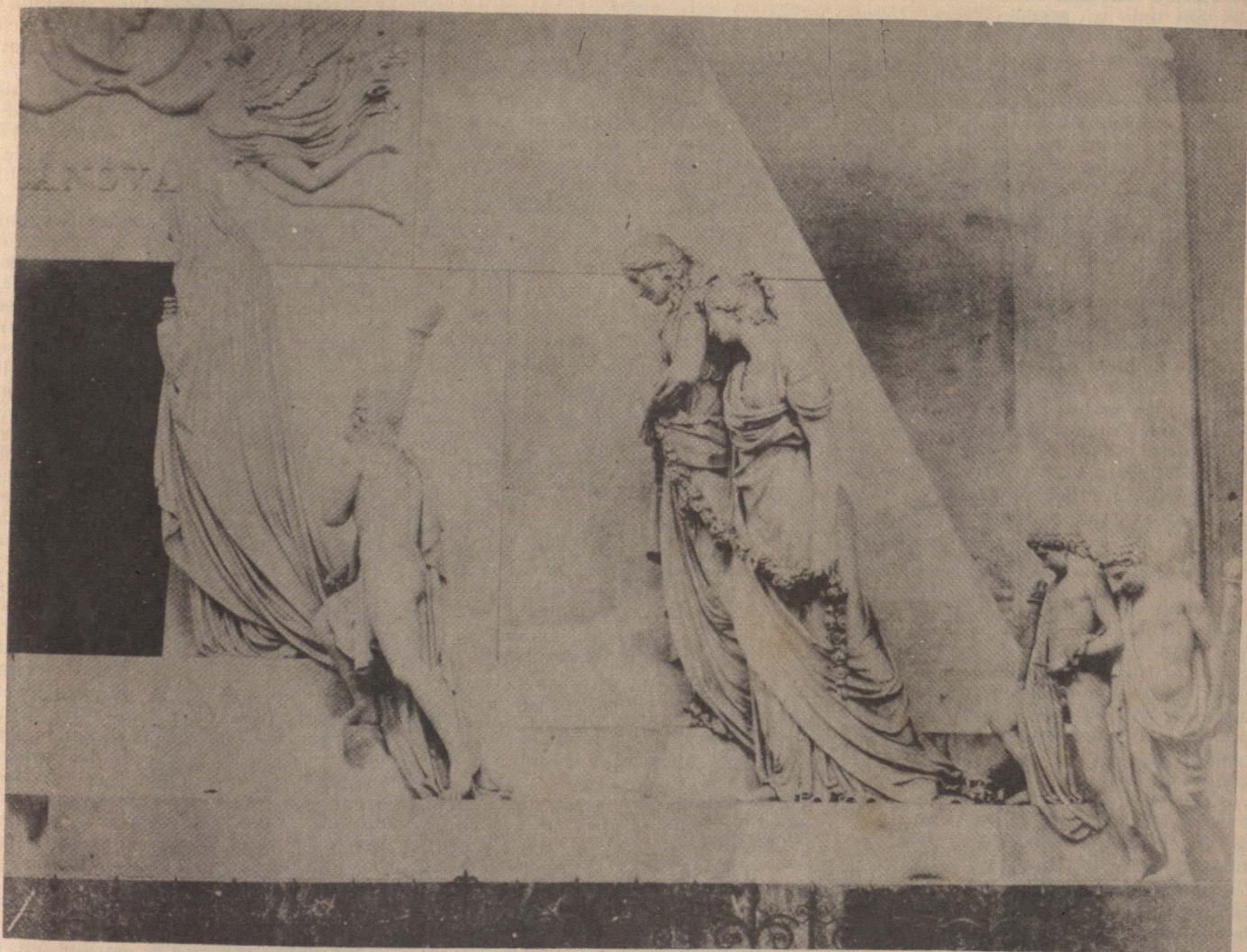
Véase hoy el simbolismo y los simbolistas. ¿Porqué no? Su ideal de artista es respetable, y tienen una particularidad muy interesante, que saben y proclaman la extrema dificultad del arte.

Es preciso, en efecto, ser muy loco, muy osado, muy presuntuoso, ó muy tonto para escribir hoy. Después de tantos maestros de tan varia naturaleza, de genio tan múltiple ¿qué resta ya que hacer que no se haya hecho, y qué decir que no se haya dicho? ¿Quién puede vanagloriarse entre nosotros de haber escrito una página, una frase, que no se encuentre ya, más ó menos semejante en alguna parte? Cuando leemos, tan saturados como estamos de escritura francesa, que nuestro cuerpo entero nos produce la impresión de ser una parte hecha con palabras ¿encontramos alguna vez una línea, un pensamiento que no nos sea familiar, y de que á lo menos no hayamos tenido antes, un vago, confuso presentimiento?

El hombre que se propone únicamente divertirse á su público por medios ya conocidos escribe con entera confianza, en el candor de su mediocridad, obras destinadas á la multitud ignorante y desocupada. Pero aquellos sobre quienes pesan todos los siglos de la literatura pasada, á quienes nada satisface, á quienes todo disgusta porque sueñan algo mejor, á quienes todo parece ya desflorado, y á quienes, en fin, su obra produce la impresión de un trabajo inútil y común, llegan á juzgar el arte literario como una cosa misteriosa, impalpable, que apenas nos revelan algunas páginas de los más grandes maestros.

Veinte versos, veinte frases nos conmueven en lo más hondo del corazón como una revelación sorprendente; pero los versos siguientes se parecen á todos los versos, la prosa que sigue á aquellas frases se parece á todas las prosas.

Los hombres de genio no sufren, sin duda, esas angustias, y esos tormentos, porque tienen en sí mismos una fuerza creadora, irresistible. Los demás, nos-



VENEZUELA: Monumento "Ginebra"

otros, que somos sencillamente trabajadores conscientes, no podemos luchar contra el invencible desaliento sino por medio de la continuidad del esfuerzo.

Dos hombres con sus consejos sencillos y luminosos me han dado esta fuerza para intentar siempre: Luis Bouilhet y Gustavo Flaubert.

Si hablo aquí de ellos y de mí es porque sus consejos, reunidos en pocas líneas, serán útiles quizás a algunos jóvenes menos confiados en sí mismos de lo que se suele ser ordinariamente cuando se comienza la carrera literaria.

Bouilhet, el primero a quien traté íntimamente dos años antes de obtener la amistad de Flaubert, a fuerza de repelirme que cien versos, quizá menos de cien, bastan para hacer la reputación de un artista, si son irreprochables, y si contienen la esencia del talento y de la originalidad de un hombre, aun de segundo orden, me hizo comprender que el trabajo continuo y el conocimiento profundo del oficio, pueden un día de lucidez, de inspiración y de potencia creadora, encontrando un asunto feliz perfectamente acorde con todas esas tendencias de nuestro espíritu, producir esa manifestación en la obra corta, única y la más perfecta que de nosotros puede nacer.

Comprendí inmediatamente que casi todos los escritores más conocidos no han dejado más de un volumen, y que es preciso ante todo tener esa fortuna de encontrar y discernir, en medio de la multitud de materias que se presentan a nuestra elección, aquella que absorba todas nuestras facultades, todo nuestro valor, toda nuestra potencia artística.

Más tarde Flaubert a quien veía yo algunas veces, me cobró afecto y me atreví a consultarle algunos ensayos. Los leyó bondadosamente y me dijo:—«No sé si tendrá usted talento. Lo que me ha traído usted denota cierta inteligencia, pero no olvide usted esto, joven, que el talento, según la frase de Chateaubriand no es más que una larga paciencia. Trabaje usted».

Trabajaba y volvía frecuentemente a su casa comprendiendo que le agradaban mis visitas, porque jovialmente me llamaba su discípulo.

Durante siete años hice versos, hice cuentos, hice novelas, hasta hice un drama detestable. Nada queda de aquello. El maestro lo leía todo, y luego, el domingo siguiente, almorzando, exponía su crítica, é infundía en mí poco a poco dos ó tres principios que son el resumen de su larga y paciente experiencia:—«Si

se tiene una originalidad, ante todo es preciso desenvolverla: si no se tiene es preciso adquirirla».

—El talento es una larga paciencia. Se trata de mirar todo lo que se quiere expresar bastante tiempo y con bastante atención para descubrir un aspecto que no haya sido visto ni descrito por nadie. En todo hay algo inexplorado, porque estamos acostumbrados a no servirnos de nuestros ojos más que con el recuerdo de lo que se ha pensado antes que nosotros acerca de todo lo que vemos. La más mínima cosa contiene algo desconocido. Busquémoslo y hallémoslo. Para describir el fuego y el árbol basta que no parezcan a nuestros ojos semejantes a ningún otro fuego y a ningún otro árbol.

De esta suerte es como se consigue ser original.

Exponiéndome además la verdad de que no hay en el mundo entero, dos granos de arena, dos moscas, dos manos ó dos narices absolutamente iguales, me obligaba a expresar en algunas frases un sér ó un objeto particularizándolo de una manera tan clara que se distinguiera de todos los objetos de la misma especie.

«Cuando usted pase—me decía—delante de un tendero, sentado a la puerta de su tienda, de un portero que fuma en

ESCRITORES JÓVENES DE ITALIA

TRES ROMANCISTAS

Vección especial para "El Cojo Ilustrado"

pipa, de una parada de coches, presénte-usted á esos individuos, con su actitud, con todo su aspecto físico, conteniendo también toda su naturaleza moral, indicada por medio de la imagen, de modo que yo no los confunda con ningún otro tendero, ni con ningún otro portero, y hágame usted ver con una sola frase en qué se diferencia un caballo de alquiler de los otros cincuenta que le siguen y le preceden.»

En otra parte he desarrollado sus ideas sobre el estilo, que tienen grandes relaciones con la teoría de la observación que acabo de exponer.

Cualquiera que sea la cosa que se quiere decir no hay más que una palabra para expresarla, un verbo para animarla, y un adjetivo para calificarla. Es necesario buscar hasta descubrirlos, esa palabra, ese verbo y ese adjetivo, y no contentarse nunca con aproximaciones, no recurrir á supercherías, ni á payasadas de lenguaje para evitar la dificultad.

Se pueden traducir é indicar las cosas más sutiles, aplicando este verso de Boileau.

D'un mot mis en sa place enseigne le pouvoir.

No hay necesidad del vocabulario extraño, complicado, numeroso y chino que hoy se nos impone con el nombre de artístico, para fijar todos los matices del pensamiento; pero es preciso discernir con extraordinaria lucidez todas las modificaciones del valor de una palabra según el lugar que ocupa. Tenemos menos nombres, verbos y adjetivos de sentido apenas perceptible, y más frases diferentes, construidas diversamente, ingeniosamente cortadas, llenas de sonoridades y de ritmos inteligentes.

Hagamos esfuerzos por ser excelentes estilistas, mejor que coleccionistas de palabras raras.

Con efecto; es más difícil manejar la frase, hacerla decir hasta lo que no expresa, llenarla de sobreentendidos, de intenciones secretas y no formuladas, que inventar expresiones nuevas, ó buscar en antiguos libros, ya olvidados todas las que están en desuso y han perdido su significado, y son para nosotros palabras muertas.

La lengua francesa, por otra parte, es un agua pura que los escritores amane- rados no han podido ni podrán enturbiar nunca. Cada siglo ha arrojado en esa límpida corriente, sus modas, sus arcaísmos pretenciosos y sus preciosidades sin que sobrenada ninguna de esas tentativas inútiles, de esos esfuerzos impotentes. La naturaleza propia de esta lengua consiste en ser clara, lógica y nerviosa. No se deja debilitar, ni oscurecer, ni corromper.

Los que hoy forman imágenes sin cuidarse de los términos abstractos, los que hacen caer el granizo ó la lluvia sobre la limpieza de los cristales, pueden también tirar piedras á la sencillez de sus colegas.

Quizás herirán á éstos porque tienen cuerpo, pero no alcanzarán á la sencillez que no lo tiene.

La nueva generación literaria que des- cuella en Italia, se compone, principal- mente, de poetas. Es mucho menos rica en los hombres que se dedican al romance; más, es de justicia decir, que un pequeño número de autores en prosa, (en la mayor parte, muy jóvenes,) pero á quienes se debe ya varios libros distinguidos, viene á probar que el arte de contar,—una de las más notables entre todas las tradiciones latinas,—no se ha perdido en Italia. Y ¿cómo podría ser de otra manera, en un país que ha producido cuentistas incomparables como Sacchetti, Boccacio, Bandello y muchos más? Sin embargo, ¿qué diferencia tan grande entre esos autores clásicos, y nuestros romanceros contemporáneos!

El arte de componer una novela se ha transformado de un siglo á esta parte, hasta el extremo de que hoy nadie re- lata como se hacía, allá, en la Edad Media, y aún en los siglos XVII y XVIII; es decir, con toda sencillez, poseído de candor el ánimo, como sin cuidarse de nada, y no obstante, se escribía para la posteridad.

El estilo de los autores de hoy, se ha complicado con todos los progresos rea- lizados en el dilatadísimo dominio de las ciencias; y como nuestra acción visual se ha afinado, nuestro mirar es más agu- do, y podemos darnos cuenta de ciertas cosas, que nuestros antepasados no lle- gaban, siquiera, á distinguir. Vemos á mayor distancia en la vida, y profundiz- amos más en el corazón, circunstancias éstas que se reflejan en las obras de nuestros escritores. De cierto que no se limitan únicamente á contar, sino que pintan, comentan, razonan, y revelan,— con diferentes aspectos,—el alma tumul- tuosa de nuestra época. Por esto vemos que el novelista de hoy juzga á sus con- temporáneos, cuando enantes, sólo aspi- raba á divertirlos.

Si en la elección he preferido, entre muchos otros, á los escritores Corradini, Albertazzi y Ojetti, para tratar de ellos en este opúsculo, es porque me parece que sus obras caracterizan con toda pre- cisión y justicia,—desde el punto de vis- ta de las ideas como desde el de la for- ma,—las tendencias de la Novela con- temporánea en Italia. Pero lo es tam- bién, y sobre todo, porque las obras pri- meras de estos jóvenes, de los cuales el de mayor edad no ha llegado aún á cuarenta años, muestran cualidades in- teresantes, en las que descubre el críti- co los testimonios evidentes de una obra de poderosos alicentos.

ENRIQUE CORRADINI

Decía Teófilo Gautier, al proclamar su fe literaria: «Yo soy un hombre para quien el mundo exterior existe.»

Esta declaración, por sencilla que pa- rezca, nos da la clave de su obra. A los ojos de Teófilo Gautier, sólo existía, ó casi sólo, el mundo exterior. Las apa- riencias brillantes de las cosas domina- ban con tanto exclusivismo su atención,

que con suma dificultad penetraba una línea en el interior de ellas; por lo que, al observar con tan íntimo regocijo el libre juego de los cuerpos, aparecíansele, como entre nieblas envueltos, los movi- mientos del alma.

Respecto de Corradini es todo lo con- trario;—y bien se encuentra en sus dos novelas más graves: *Santa-Maura* (1896) y la *Gioia*, (el Placer, 1897), una estética, de todo en todo, opuesta á la de Teófilo Gautier.

Para el joven escritor toscano, el mun- do exterior,—poco más ó menos,—no existe; y en consecuencia, el lado plás- tico de las cosas no lo atrae, ó lo deja indiferente y frío. Mas, en cambio, por sobre el envoltorio material, Corradini penetra hasta el alma. Sus romances, como todos podemos apreciarlos, son ín- timos, digámoslo así; y aun allí mismo, en eso que llamaremos *lo interior*, tales romances no soportan sino un *minimum* de acción; y yo me adelantaría á afir- mar,—aunque incurriera en la censura de los psicólogos,—que hasta allá, en ese interior en que tanto debieran lucir los sucesos, á penas si muy pocos aconteci- mientos se verifican.

Corradini es un vigorosísimo pintor de las debilidades humanas. Su visión in- terior es de tal agudeza, que nos trae irremediamente la comparación ó ima- gen banal,—pero en este caso, irreme- diable también, por lo exacta,—de un escarpelo que escudriñara entre carnes enfermas. Corradini echa su sonda pers- picaz en el inmenso océano del corazón humano; hace en él hallazgos curiosos, y nos trae de sus profundos senos flores tan raras, tan monstruosas ó bizarras, pero á las veces, tan pintorescas tam- bién, que experimentamos,—al verlo ope- rar,—un placer extremado, un placer de refinamiento, un placer, fuerza es decir- lo, puramente intelectual.

Corradini comenzó á escribir en los momentos en que el naturalismo tocaba á su ocaso,—y esta circunstancia, quizá, determinó los puntos de su estética, puesto que, en verdad, es una reacción con- tra el naturalismo. La razón de por qué el ente espiritual ocupa el primer pue- sto en las Novelas de Corradini, es jus- tamente porque en los romances *veris- tas*,—el sér animal predominaba.—Si, por acaso, dibuja una figura que encar- ne el lado bestial de la naturaleza hu- mana, lo hace con una exageración gran- de en que muestra su desprecio por esos seres de mentalidad muy primitiva. La prueba: *Massima* en *Santa-Maura*, es una verdadera caricatura. El alma de esta mujer, que bien pudiéramos ver como formada de *plácida ignominia*, está allí puesta para que sirva como de rechazo á las almas delicadas y atormentadas, de los otros personajes del romance.

Se ha reprochado á Corradini la seme- janza que tienen sus obras con las de su compatriota D'Annunzio, Gabriel. Mas, la analogía denunciada entre estos dos autores, es completamente superfi- cial; y más exacto sería hacer remon- tar la tal analogía á una influencia ex- tranjera que á ambos ha dominado: la influencia de Nietzsche. Corradini, como D'Annunzio, es individualista, como D'Annunzio, posee en el más alto gra- do «el sentimiento heroico de la exis- tencia,» y más que D'Annunzio es ene- migo de multitudes. Por todo esto es por lo que Corradini se ha forjado un





HOMENAJE. Cuadro de A. P. M. de Richemont

ideal muy elevado de la humanidad, y por lo que, el desacuerdo que conserva entre su sueño y la realidad, no es extraño a la atmósfera pesimista que reina en las dos Novelas de que hemos tratado: *Santa Maura* y la *Gioia*.

En este último romance, sobre todo, es donde se ha pretendido descubrir la influencia de D'Annunzio. *Gioia*, dicen, ¿no es sinónimo de *Piacere*? Y Vittore Rodia, ¿no es hermano gemelo de Giorgio Aurispa. (*El Triunfo de la Muerte*)? Pero tales críticas no soportan un examen imparcial. Vittore Rodia, sufre, a

no dudar, de un mal que D'Annunzio, como muchísimos más, han analizado, porque es el mal moderno por excelencia: el no poder amar; pero siempre consecuente con su temperamento artístico, Corradini ha creado en Vittore Rodia, un individuo pura alma, completamente espiritual. ¿Dónde se desenlaza el drama *Gioia*? En el corazón de los personajes; porque ese drama es, viéndolo bien, un conflicto moral antes que otra cosa. Y así juzgado, ¿cuánto no distan las fórmulas románticas de D'Annunzio, de la gravedad de las de Corradini!!

Ya para estos últimos años, Corradini ha abandonado la Novela por el teatro, en donde su talento fácil y pronto, se ha aclimatado. Sus dramas: *La Leonessa*, *Giacomo Vettori*, *Giulio Cesare*. ¡1! han obtenido en los principales teatros de Italia, un éxito merecido. ¡Y cosa rara! El teatro que desgasta ciertas inteligencias

(1) Un periódico ilustrado ha escrito en unos de sus últimos números, un artículo especial de esta obra, que se anuncia como uno de los mayores triunfos dramáticos de estos últimos años.

cias, ha condensado y clarificado el talento de Corradini. Tenemos pues, hoy por hoy, que este autor renuncia a los infinitamente pequeños del análisis psicológico, por la pintura á grandes pinceladas, que es la única propia del teatro.

Nuestro autor, estimulado muy probablemente por la acogida halagadora que han recibido sus dramas, se consagrará en lo venidero exclusivamente á la escena. ¿Deberemos congratularnos por esto, ó deplorarlo? El porvenir nos lo dirá; pero mientras tanto, *Santa Maura* y la *Gioia*, serán dos honrosísimos monumentos de un arte, reflejo, probó y serio.

II

ADOLFO ALBERTAZZI

Es este un autor de flexible talento y muy variado, una naturaleza rica y compleja. Estudiando en Bolonia, tuvo de maestro á Carducci; y si bien es cierto que admiraba en este escritor al poeta de las *Odas Bárbaras*, también lo es que puso mucho cuidado en no imitarlo. Y es de notarse, que en la tierra clásica de los poetas, como es la Italia, Albertazzi no haya escrito jamás en verso. Así, pues, la gloria de Carducci no lo ofuscó hasta hacer dar un cuarto de conversión á su temperamento ó inclinación verdadera, y esto prueba suficientemente en este joven autor, clarividencia y muy buen juicio. Empero, no por esto dejamos de reconocer que Albertazzi, novelista, debe á Carducci, poeta, la pureza, la solidez y armonía de su prosa.

En una época en que los autores italianos aceptaban gustosos,—como las aceptan todavía hoy,—las influencias extrañas, Albertazzi se propuso adornar su talento con una cultura esencialmente italiana. Es en la tradición nacional donde él ha buscado sus guías; y es la tradición nacional,—que él presume restablecer,—de la cual recibió, con diversos títulos, á sus maestros Boccaccio, Ariosto, Tommaseo, etc. Partiendo de este principio, fácil es deducir el especial interés que ha acompañado á las obras de Albertazzi. No tienen los personajes de sus libros, ese barniz cosmopolita de los héroes de D'Annunzio, por ejemplo. Estos son de todas partes: tanto lo son de París ó Londres, como de Florencia ó Roma; mientras que los protagonistas de *Ave* (1896), y sobre todo los de *Ora e sempre* (1899), son estrictamente indígenas. Aquel viejo de Alpe, es un ciprés melancólico y solemne, como es un lirio ó un iris florentino, altivo y perfumado, la conmovedora condesa Sambonifacio. Propiamente hablando, son tipos que brotan del suelo natal, como las plantas, como las flores.

Albertazzi comenzó su carrera por la historia y la crítica. Y nótese que las *Vieilles histoires d'amour* (Antiguos cuentos de amor), que fue para Albertazzi el fundamento de su reputación de romancista, es una obra llena de erudición y conocimientos.

El punto de partida del libro de Albertazzi descansa sobre ese *truismo*, en el que las pasiones humanas permanecen inmutables al correr de los siglos, en tanto que el amor,—ó lo que nosotros llamamos así,—ha sido siempre el eje del mundo. Pero las costumbres cambian, y las actitudes de los sexos en los combates que se libran, varían al infinito bajo el

imperio de las convenciones y las modas. Albertazzi ha esbosado con habilidad ciertos aspectos del Eterno Duelo, y con bastante gusto y talento, las faces esenciales del amor italiano á través de las edades. Como escritor de tacto, ha hecho resaltar sus cuadros con carácter grave ó malicioso, fogoso, acompasado ó cínico, según la época. Hácennos recordar las *Vieilles histoires d'Amour*, de Albertazzi, los *Contes drôlatiques*, de Balzac; sólo que el autor italiano ha proscrito el estilo arcaico, y ha preferido la sabia adaptación y trasposición libre, al calcado directo de los tiempos medio-evaes. Teóricamente, los dos procederes pueden justificarse, y la obra coronada por Albertazzi ratifica su opinión especulativa.

Y cuenta que aquella obra no fue más que como un pasa-tiempo de literato; pues en breve demostró Albertazzi que era capaz, bastante, de concebir una obra original y filosófica. Sus novelas intituladas *Ave* y *Ora e sempre*, son de idéntico mérito; pero entre sí, revelan dos poéticas enteramente distintas. Hé aquí por qué nos parece que aún no conocemos exactamente á Albertazzi.

El psicólogo predomina en *Ave*, y el narrador en *Ora e sempre*; pero no puede asegurarse cuál de los dos es superior al otro. *Ave* nos refiere la «conversión» de un socialista ateo, en socialista católico; mas, el sacerdote bajo cuya influencia comenzó aquella metamorfosis, pierde él también la fe al contacto del incrédulo que catequiza, cuelga los hábitos, y se lanza á la agitación revolucionaria. Este desertor—cruzado teológico y este doble drama que hace surgir dos héroes, causa asimismo una víctima—conmovedora y lamentable víctima,—cuyo destino proyecta una luz puramente humana en este sombrío relato, un tanto extenso y metafísico. Livia, hermana del sacerdote convertidor, amaba á Pablo Desilva, que era el socialista revolucionario conquistado por el catolicismo. Estos dos jóvenes debían casarse. Pero Desilva, á quien habían vuelto creyente, renuncia á Livia para celebrar segundas nupcias místicas con el cielo. Livia, sin embargo, no obtiene ninguna recompensa en cambio de su amor terreno tan cruelmente sacrificado, y no va á encontrar otro refugio, sino sepultarse en los senos de la muerte....

Como para responder á los críticos que increpaban el objetivo exclusivamente espiritual que se destaca en *Ave*, Albertazzi escribió entonces, y publicó, á *Ora e sempre*, romance rápido, lleno de vida, que tiene algo así como la marcha jadeante y temblorosa de cinematógrafo literario. No se podría, á la verdad, negar que hay en *Ora e sempre*, bastante de política; pero sobre todo, hay pasión en esta obra; sí, mucha pasión y muy hermosa. ¡Qué amable y encantadora criatura, aquella apasionada y pérfida condesa Sambonifacio! ¡Qué conmovedora desgracia la de Mario y Fulvia, y qué horrible congoja oprime el ánimo del lector, cuando al terminar la novela conoce el espantoso secreto, esto es: Mario y Fulvia son hermanos, y han estado á una línea de distancia de cometer el más repugnante de los crímenes!

Por las obligaciones que tiene un buen talento y un gusto muy seguro, como los que posee Albertazzi, no caen sus personajes en el incesto, debido, (gracias al arte), á una circunstancia fortuita que los separa en el instante en que va á consu-

marse el espantoso delito. Y cuando han expiado su falta, Mario por la muerte, y Fulvia, por una vida que es mil veces peor que la muerte misma, nuestras simpatías por estos héroes infortunados y por el poeta generoso que les ha dado la vida, son tan calurosas como tiernas.

Ora e sempre es un modelo de «narración sintética,» sobre la base de las mejores tradiciones italianas; como es igualmente una de las más bellas «Novelas románticas» que he leído de diez años á esta parte. Y yo la señalo y recomiendo á los que no se ruborizan por gozar en esta especie de relatos ó descripciones, á las que, tarde ó temprano, la moda ó el tiempo nos acercarán.

III

HUGO OJETTI

El teatro sedujo á Corradini, y el diarismo le ha arrebatado al romance, á Hugo Ojetti. Crítico éste ampliamente ilustrado en literatura y arte, cronista espiritual y malicioso de la vida contemporánea, viajero curioso, penetrante y sagaz, Ojetti culmina en el primer punto entre los publicistas italianos de nuestra edad; ni pertenece menos que otros á las «bellas letras,» como se decía no ha mucho, demostrado con su interesante Novela: *Il Vecchio* (El Viejo, 1898.)

Es esta obra un estudio ó un retrato, por que relato, ó narración, ó cuento, no es. Ojetti torna más bien en las filas de los psicólogos como Corradini, que entre los noveladores como el autor de las *Vieilles Histoires d'Amour*, y de *Ora e sempre*.

No se encuentra en *Il Vecchio*, ni vestigios de la menor intriga. Es una obra que contiene pura y simplemente, la crónica de los últimos meses de la vida del viejo Zenón. Zenón ha cumplido sesenticinco años, y en esa fecha, más ó menos, ha muerto su mujer. Esta muerte, que él juzga como un aviso, lo colma de cierto inexplicable terror; y como es alucinadora la idea de esta muerte, que lo persigue sin tregua, en vano si él se esfuerza en desecharla. Insiste con la tenacidad de la mosca que se ceba sobre un cadáver. Los hechos más insignificantes revisten á los ojos del viejo, un fúnebre sentido; y es imposible á este hombre tolerar la sociedad de seres tranquilos y sanos. Pero, ¿cómo habría deser de otra manera, cuando en todas las manifestaciones de la vida, cree ver un presagio de la muerte. Y esta obsesión llegó á tal extremo de dolor, que el viejo,—para poder escapar de ella,—se suicida....

Este tema tan lúgubre ó imponente, desenvuélvelo Ojetti con una maestría incontestable. Sin embargo, quiérola mal por su excesiva crueldad en el análisis de los padecimientos del viejo Zenón. Ojetti ama con delirio la vida, el amor, la belleza; y desde luego, un objeto cualquiera desprovisto de hermosura, que no pueda despertar ó inspirar amor, y que no lo ligue á la vida sino un átomo, un soplo, un suspiro, sólo excita su desprecio, por no decir su indignación. Hay en este romance *Il Vecchio*, la misma aspereza y crueldad *naturalistas*, que tanto se notaban en las primeras novelas de Huysmans, por ejemplo.

Mucho me habría complacido ver que Ojetti demostrara más piedad en presencia del misterio terrible y augusto de la muerte. Pero de la vejez no encontramos



RAFAEL SANZIO

en su romance, más que la fealdad con que marca el rostro humano; el egoísmo forzoso y todos los viles sentimientos que ella presenta. Ojetti nos los presenta en una forma, en que, por comparación, es semejante á la de un sedimento agrio y turbio que yace en el fondo de una redoma, de donde destila y sale, al fin, con las últimas gotas del líquido.

Zenón tiritita, tiembla, sufre. La presencia de su ruina debería, de cuando en cuando, inclinar á nuestro autor á sentir por aquel infeliz, una idea compasiva, y no tener siempre pronta su sátira cortante. Pero no; «la más grande preferencia es para el niño,» dice Ojetti. Sin embargo, la ley divina y la ley humana están acordes en reclamar en favor del viejo, en obsequio del anciano, mayor respeto y consideración.

Ojetti hace nulo completamente tan expreso mandamiento; y bien se com-

prende en ciertos episodios de su obra, que hay un sentido íntimo en esos cuadros tan toscos é implacables. A la verdad, no se debiera insistir mucho en esta observación, so pena de falsear, exagerándolo, el pensamiento del autor. Pero cuando Ojetti consagra todo un capítulo á demostrar el foso moral que separa á este viejo padre de su hijo, y cuando manifiesta á éste toda sus simpatías, y á aquél un odio empeinado, ¿qué significa todo eso sino la fe de Ojetti en el progreso, que es la obra de los hijos vueltos contra los padres? ¿Qué significa, sino el amor del autor por las novedades, y sus instintos rebeldes y casi revolucionarios?

El viejo Zenón se vuelve, á las veces, una figura «simbólica,» ó como quiere Faguet que se diga: «sintética.» Este viejo encarna á todos los demás viejos inclinados en el camino de la vida, adheri-

dos á la existencia como con garras, y sirviendo de obstáculo en el camino que recorre la impaciente juventud. «El Gobierno de los viejos es la ruina de una Nación»... «Los viejos elaboran leyes y una moral exclusivamente destinadas á envilecer la juventud.»... «Nuestras escuelas constituyen un acto de traición de la vejez á la juventud, pues otra cosa no pretenden sino rebajar el espíritu audaz de los jóvenes, hasta ponerlo al nivel del de sus maestros, debilitados por el peso de los años.»

Después de tales frases y otras semejantes, aparece que *Il Vecchio* no es sólo una obra de arte, sino á la vez un manifiesto, pues me inclino á creer que las reclamaciones expresadas por Ojetti, están particularmente justificadas al tratarse de Italia. Y no en balde recordamos haber oído muchas veces, á jóvenes italianos, quejarse con amargura del mono-

polio celoso que ejercen los viejos en el patrimonio nacional; y esto, cuando por otros conductos se sabe en cierta esfera social, que ultra-montes, la cosa pública está en manos exclusivamente de los Ancianos. En Italia, nadie lo ignora, toda reunión de dignatarios parece un Senado; y nace de ahí la impaciencia de la nueva generación, y la acrimonia con que Ojetti apunta al pecho de esos antepasados *indesarraigables*. Pero una vez más diremos, que esos dardos sueltos de polémica social, constituyen más bien un elemento accesorio en el bello romance de Ojetti. Antes que todo, *Il Vecchio* es un estudio muy trabajado, ó mejor, un retrato de relieves sorprendentes.

Después de todo lo dicho, ¿me será permitido expresar un deseo? Pues bien: quisiéramos que Ojetti no se dejara poseer indefinidamente por el diarismo. Las crónicas pasan, y las descripciones de viajes envejecen. Hay algo más sustancial.

Ojetti se debe á sí mismo, y debe á las letras de su país, dar dentro de muy poco tiempo un trabajo que forme paralelo con su obra de primera fuerza: *Il Vecchio*.

MAURICIO MURET.

MANUEL FOMBONA PALACIO

Vivet extento Proculeius vero notus in fratres animi paterni.

(HORACIO.)

El solo nombre con que encabezamos estas cortas líneas biográficas encierra en sí la apología de la persona de tan eminente ciudadano. En efecto, sus felices dotes naturales, su mucha y varia ciencia, sus virtudes privadas y públicas, sus merecimientos en fin á todos notorios en la República, le habian hecho acreedor á las simpatías, al respeto, á esa especie de veneración con que á la edad de cuarenta y seis años apenas, le rodeaban ya todos sus conciudadanos. Para desgracia de los suyos, de nosotros sus amigos, y, sobre todo, de la Patria, acaba de fallecer el 18 de este mes, dejando á todos sumidos en un duelo verdaderamente nacional: esta es la verdad.

El malogrado Fombona, conjunto de todas las inclinaciones é instintos benévolos; arquetipo de las virtudes mismas, entre las cuales asignaba el primer lugar á la justicia; y extremado en su exquisita sensibilidad por las cosas morales, singularizándose desde tempranos años por la piedad filial de que dió muestras toda la vida. Los primeros deberes que él cumplía son los que ligan al hombre con la Divinidad, de quien todo lo tenemos; luego el de su esposa, sus hijos y toda su familia; y por último el de su prójimo y amigos. Tocante á la Patria, repetidas veces oímos de sus labios, en los últimos años de su vida, estas tiernas palabras que comprobó con hechos cuando en el presente el extranjero puso á dura prueba y en peligro nuestra independencia nacional: «Entre todos los vínculos (decía Fombona) no hay ninguno más caro que el que une á cada cual de nosotros con la Patria. Amamos con ternura á nuestros padres, á nuestra esposa é hijos, á nuestro prójimo y amigos; pero el amor de la patria encierra en sí solo todos los demás: ¿existirá algún hombre que vacile en sacrificarse por ella?»

Circunstancias inopinadas en estos últimos años, pusieron de relieve en Fombona singulares sentimientos de amor fraterno; sentimientos que nos rememoran aquellas palabras de Horacio, que hemos puesto de epigrafe en estas líneas, para eternizar entre nosotros con un símil sublime la memoria de nuestro eximio conciudadano: «Vivirá de generación en generación (dice el poeta) ese Proculeyo, célebre por la ternura verdaderamente paternal para con sus hermanos.»

Comenzó Fombona en el hogar doméstico sus estudios clásicos, y los continuó con aprovechamiento y ejemplar conducta en Colegios dirigidos por sabios y celosos profesores. Apenas los hubo concluido, consagróse por completo al cultivo de las letras humanas y á las delicadas y afanosas tareas de la carrera diplomática. Formóse en ésta, aunque sin haberla de institución legal, desempeñando, con inteligencia y contracción nada común, la Dirección de algunos Ministerios, y á veces el de la Instrucción Pública y el de Fomento. En el de las Relaciones Exteriores sirvió y se ejercitó largos años en tan importante ramo al lado y bajo los auspicios del competentísimo letrado doctor Rafael Seijas, sucesor éste del ilustre y nunca bien llorado conciudadano D. Pedro de Las Casas. En todos esos destinos dejó Fombona estela de luz y efectivo provecho para la patria.

No es mucho, pues, que su celebridad se difundiese desde entonces en todo el ámbito de la República. Pero esa celebridad no quedó encerrada en tan estrechos límites: transmigró á los países extranjeros, quedando en ellos por siempre refrendada. La prensa nacional, unánime desde el día en que se extendió la noticia de su muerte, viene mencionando en términos generales, aunque exactos y muy justos, su competencia como hombre de ciencia y de letras, y como servidor abnegado de la patria. Nosotros, que por fortuna poseemos algunos de los títulos confirmatorios de esa competencia y de esos merecimientos, experimentamos singular complacencia en enumerarlos en seguida. Son los siguientes:

- 1 Medalla de Honor de Instrucción Popular (1887).
- 2 Real Orden de la Corona Imperial de Alemania (2ª clase con la Estrella. 19 de julio de 1897).
- 3 Condecoración de los «Caballeros Salvadores» de los Alpes Marítimos, por su abnegación hacia la humanidad (1891).
- 4 Busto del Libertador en la 2ª Clase (1888).
- 5 Pro Deo et Pontifice, Medalla de los Caballeros Pontificios.
- 6 Título de Doctor en Filosofía y Letras humanas (1898).
- 7 Presidente Honorario, con las Palmas de pro, de la Sociedad Neo-Latina (1893).
- 8 Miembro Corresponsal de la Sociedad Geográfica de Madrid (1891).
- 9 Individuo Correspondiente Extranjero de la Real Academia Española (1882).
- 10 Individuo Correspondiente de la Real Academia de la Historia (1890).
- 11 Miembro Fundador é Individuo de número de la Academia Venezolana Correspondiente de la Real Española, y Bibliotecario Perpetuo de la misma Corporación.
- 12 Académico Correspondiente de la

Real Academia de Jurisprudencia y Legislación.

13 Individuo de número de la Academia Venezolana de la Historia (1891).

Varias joyas y medallas extranjeras, que no hemos podido todavía clasificar.

Una numerosa correspondencia, sumamente honorífica, de personajes distinguidos europeos.

A Fombona como literato, hay que juzgarlo en sus dos caracteres de prosador y de poeta, insigne en ambos. Notoria era su competencia en los varios ramos de las literaturas extranjeras, y profunda la instrucción especial que tenía en la española: culto le tributaba, y su cultivo le comenzó por estudiar el origen del pueblo ibero y la formación de su lengua. Acerca de ésta profesaba, como dogma inquebrantable, aquel sentir de Capmany: «Es tanta la riqueza de nuestra lengua, que cuanto más se estudia más da que estudiar, y cuanto más se profundiza más tesoros descubre.» Los grandes escritores de nuestro siglo de oro eran siempre su vade mecum.

Continuó el estudio de la literatura española por el de los escritores moralistas, políticos y críticos, por el de los místicos y oradores, consagrando parte no escasa de su tiempo y devoción al gran movimiento místico en la época de Santa Teresa. Familiarizándose con todos ellos, y con los historiadores y novelistas hasta llegar á Cervantes y su obra inmortal. Tan asombrosa era la retentiva de Fombona, comparable tan sólo á la de nuestro Juan Vicente González, que en los pocos momentos expansivos, rarísima vez sustraídos á sus tareas, repetía de un aliento trozos enteros de los autores que se tenía acaudalados. No en balde, pues, todas sus obras, á par que acabadas, eran por extremo deleitables. Entre ellas descollarán siempre sus discursos de recepción en la Academia Venezolana, en la de la Historia y en el Centro Católico Venezolano; al releerlos, hallamos nosotros en ellos el lenguaje y tono de Jovellanos en «La Ley agraria», el de Donoso Cortés, el de Cecilio Acosta y el ingenioso y simpático estilo de Baralt y Fermín Toro.

Como poeta, todas sus composiciones son sublimes; dos de ellas, lo inmortalizan: la ofrendada á su padre en el aniversario de su muerte, el 27 de octubre de 1898; y, sobre todo, su tierna «Anima filii», consagrada á su niño Manuel Antonio, muerto el 1º de enero de este mismo año. ¡Queda uno suspenso al saber que tal obra fue lucubrada ese mismo mes!....

Como orador, nosotros lo decimos con pleno conocimiento de causa: Fombona emulaba, por la espontaneidad de su improvisación y la ocurrencia de los pensamientos apropiados al tema, á Castelar y Moreno Nieto, y á nuestros Jacinto Gutiérrez, Andrés Eusebio Level y Fermín Toro. Su discurso pronunciado en el Panteón el 19 de abril de 1888 en la Apoteosis de Páez, refrendó por siempre su celebridad.

Para sellar estas líneas biográficas, de intento hemos dejado de incluir entre las joyas arriba enumeradas, y reservándola para esta ocasión, la más inapreciable que Fombona poseía. Aludimos á

«el madero soberano,
iris de paz que Dios puso
entre las iras del Cielo
y los delitos del mundo.»

Si, fervoroso católico, Fombona traía en el alma, desde la cuna, la Cruz del Salvador. No es mucho, pues, que la ciencia humana no inoculase en su pecho el abominable vicio del orgullo, ni llegase tan siquiera a excitar el más ligero asomo de vanidad. Prueba de ello es que con frecuencia repetía, en disculpa de debilidades ajenas, aquellas palabras de Salomón: «Vanidad de vanidades, y toda vanidad, fuera del amor de Dios y de su santo servicio.»

Fombona tenía la diaria costumbre, antes de ponerse a sus arduas tareas, recordando quizás un texto sagrado, de entrar en alguna casa de Oración para elevar en ella el corazón á Dios y pedirle mercedes. (*)

Sintiéndose morir, Fombona se dispuso al viaje último, con la tranquilidad y el sosiego de un predestinado. Cuatro días consecutivos el Santo Viático entró en su pobre morada. La placidez de su semblante y sus mismas palabras hacen creer que su muerte no fue más que un tránsito de la iglesia militante á la iglesia triunfante.

Manuel Fombona Palacio murió como un santo!

RICARDO OVIDIO LIMARDO.

Caracas: 26 de noviembre de 1903.

ALEJANDRO ROMANACE

(1899)

Ha sido mi amigo de todos los tiempos: mi compañero de siempre: de luchas, de periódicos, de adversidad, de sueños, de tristezas, de decaimientos, de esperanzas! Un día escribí en una composición para él, estos dos versos que para entonces eran toda nuestra historia:

«En mañana de invierno, aves amigas
cantamos juntos en la misma rama!

Sólo dos genialidades de mí lo distinguen: su gran talento y su modestia sin límites. Como el *cocuyo* de que inspiRADAMENTE nos habló Gutiérrez González, él *huye de la luz la luz llevando*.

Alejandro Romanace es el gemelo de Julián del Casal. No por el tinte de su poesía,—esencialmente heroica—tan diferente de la lírica sentimental del poeta cubano, sino por las tristezas modélicas de su vida, por los abandonos de su carácter, por la indiferencia que llamaremos desordenada de sus costumbres; por la debilidad de su organismo; por sus grandes ojos decadentes, luminosos; y por su gran inspiración, gloria legítima de la América.

Alejandro como lo llamamos sus íntimos, *el vate*, como en su ciudad natal lo nombran todos, es el primer poeta épico de la Venezuela de estos últimos tiempos. Del molde clásico del *soneto*—su metro favorito—surgen sus creaciones, marmóreas, hermosas, serenas, co-

mo soberbias estatuas en airosos pedestales y en imponente Panteón!... y son César, Napoleón, Bolívar, Sucre, Rivas, Roma decadente en forma de diosa envilecida!

Su *soneto* á Venezuela escrito en horas de hondas incertidumbres, de comunes errores y de dolorosas caídas, es la voz del dolor indignado; el sentimiento sin ternura, impregnado de rudezas; el desgarramiento del corazón del patriota; el ay! del alma transformado enérgicamente en maldición! La sombra de una blasfemia que es santa, porque la ilumina y purifica el blanco resplandor de una lágrima!

Su canto á la América bastaría á formar su reputación literaria, si antes no la hubiera conquistado gloriosamente con su poema al genio guerrero del siglo XIX, por el cual tiene Romanace, una admiración fanática que se confunde con el religioso culto á un dios pagano. Es el único mito en que él cree; en la oscuridad de su excepticismo, sólo brilla aquella gran luz. Para él, sólo Napoleón es grande!

La vida íntima del poeta está llena de amarguras que tienden á refugiarse en su fuero interno, como una oculta cascada que se filtra al través de una roca granítica y va á perderse sordamente en las oscuras é inmensas profundidades de una montaña andina. Su alma es poco expansiva en el dolor. ¡Acaso estará convencido como Chateaubriand del infinito fastidio que se le causa á los demás cuando se les habla de uno mismo. Sus penas no son comunicativas; y en sus labios, que una contracción melancólica constantemente revoje, y un rosado tinte enciende, palpitan á cada instante la gracia irónica, el dicho oportuno, la anécdota picante. Tal vez su carácter demasiado altivo, piensa que las lágrimas vertidas empuerquecen al hombre: que ellas sólo deben humedecer las frescas mejillas de la mujer y rodar ocultas y silenciosas al fondo de los corazones viriles. Quizás cree que la vida es tan seria, que merece tomarse á risa!

No sé que primera impresión producirá en aquellos que no lo conocen; y aun en aquellos que saben quién es, aquel joven pálido; aquella juventud languideciente, como una flor perfumada que sobre el tallo, apenas entreabierta, se doblega; aquella cabellera en desorden sobre aquella frente ancha; aquellas pupilas trísticas y luminosas en aquellos ojos de dolor radiante. Para mí, á pesar de la intimidad en que hemos vivido, yo veo siempre en él, al hombre en el poeta transfigurado; y esto se explica, porque su grande y generoso corazón, intoxicado de una ternura que es mortal; empapado de una abnegación que no conoció ni supo del egoísmo, siempre sincero, siempre bueno, crea una extraña y rara poesía, que existe lo mismo que en sus versos en su vida íntima.

¡Cuántas noches hemos pasado, amigo mío, á la luz de mi lámpara, leyendo á nuestros bardos neuróticos que eran los que tan bien expresaban nuestras melancolías!! ¿Te acuerdas de Palma, el trovador cubano? ¿De Hugo, el sublime y enorme mago? ¿De Zorrilla, nuestro viejo querido? ¿De Núñez de Arce, el Maestro? Todo esto está ya

muy lejos! Entre las horas que se han ido: entre los recuerdos de una juventud que se desvanece en el rojo crepúsculo de los treinta años. Nos estamos poniendo viejos, en medio de una edad sombría, y una extraña fatalidad, va cortando despiadada las alas á nuestros sueños.

M. PIMENTEL CORONEL.

SUETOS EDITORIALES

DUELO

El día 28 del próximo pasado mes de noviembre fueron conducidos á la última morada los restos mortales de la señora BELÉN DALLA COSTA DE HERNÁIZ, la cual fue en vida objeto de muy deferentes y merecidas demostraciones de afecto y de aprecio, tanto por sus virtudes ejemplares en el hogar como por sus excelentes prendas sociales.

Enviamos la expresión de nuestra pena á todos sus deudos, en especial á su esposo, el señor Manuel Hernáiz.

“EL CONSTITUCIONAL”

En el mes próximo pasado cumplió este colega de la capital tres años de existencia.

Durante ella se ha distinguido en la prensa política por su constante adhesión al Gobierno que preside el señor General Cipriano Castro.

Con motivo de este tercer aniversario, le enviamos nuestros más cumplidos parabienes y nuestros votos por su prosperidad.

PÉSAME

Entre las notas tristes de la quinceña tenemos que registrar el lamentable fallecimiento del señor doctor PEDRO CENTENO, que enluta honorables hogares de la sociedad venezolana.

El doctor CENTENO fue un reputado juriconsulto, que desempeñó á satisfacción general diversos cargos en la alta magistratura judicial. Pertenecía últimamente, en calidad de Ministro, á la Corte de Casación, tribunal que decretó duelo y honores fúnebres por la muerte del juez.

Acompañamos en su justa pena á la familia y deudos del finado.

LA REVUE

Hemos recibido la siguiente nota que como cortesía especial á su estimable Director señor Jean Finot, insertamos en esta sección:

LA REVUE.—(Ancienne «Revue des Revues»), la plus répandue et la plus importante parmi les grandes revues françaises et étrangères, nouvelle série agrandie sur papier de luxe, articles inédits de premier ordre, collaborateurs les plus illustrés, etc. etc., paraît le 1er. et le 15 de chaque mois.

Un an 28 fr. 6 mois 16 fr.

Les nouveaux abonnés pour 1904 reçoivent gratuitement tous les numéros à partir du 1er. Octobre 1903 (c'est-à-dire 30 numéros pour 24) et 3 magnifiques gravures choisies parmi les chefs d'œuvre du Musée du Louvre, sur papier de Chine, (d'une valeur d'environ 30 fr.).

Spécimen gratuit sur demande.

Directeur, JEAN FINOT.

Paris, 12. Av. de l'Opéra.

(*) In omnibus operibus tuis memorare novissima tua, et in æternum non peccabis.—*El Eclesiástico*, cap. VII, v. 40.

DUELO

El día 3 de diciembre se verificaron las exequias de la señora MARÍA DE JESÚS MURO DE AROCHA, ante una numerosa y distinguida concurrencia que fué á tributar á los despojos de la finada los últimos homenajes del aprecio, y de las consideraciones que supo captarse por sus virtudes y el ejemplo de su vida benemérita. Era viuda del nuncio olvidado doctor Luciano Arocha y durante sus días de supervivencia al eminente facultativo, supo conservar con digno brillo la aureola moral de haber sido la compañera de aquella gloriosa figura de la ciencia y de la Patria.

Reciban sus deudos y su familia la expresión de nuestra muy sentida condolencia.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

Perfiles.—Poema en dos cantos, original de José María Jiménez. Santiago de los Caballeros.

Miniaturas. Revista semanal, número 1, dirigida por el señor Felipe Valderrama. Coro.

Contiene el siguiente sumario:

Bertina, por Catulle Méndes.—Almas Rústicas, por Pedro M. Queremel.—Sucesos antiguos de Coro, por Pedro M. Arcaya.—Las vírgenes de las Rocas, por G. d'Annunzio.—Las necesidades del hombre, por J. Graterol y Morles.—Exóticas, por Felipe Valderrama.—La Costa de Azur, por Constant de Tours.—Feminea, por Felipe Valderrama.—Lodi, Arcola, Rivoli.

Los héroes de Santa Inés, por Manuel Landaeta Rosales.

Damos las gracias á los señores remitentes.

NUESTROS GRABADOS

Cuadro de Guido Reni

En el transcurso del año que termina con este número, hemos venido reproduciendo notables copias de las obras célebres de los grandes maestros del arte, así franceses como españoles, holandeses, alemanes y, en especial, italianos. Por Italia principalmente comenzó el glorioso despertar del genio humano, después de once siglos de vigorizarse y prepararse para la reconquista de las más altas prerrogativas de que gozara, en los días magnos de Grecia y en los días triunfales de Roma.

Al cerrar con esta edición las del presente año, hemos elegido nombres y obras, los de las cumbres más eminentes de la humanidad, para el último obsequio artístico á nuestros favorecedores; y así nos amparamos ahora con los de Guido Reni, Andrea del Sarto, Canova, Murillo, Rafael, pertenecientes á la larga é inmortal prosapia de los siglos que salvaron el honor y el decoro de la raza de los hombres, desde el siglo quince, que llenan en la política los Médicis y en el pensamiento los Savonarola, hasta los tiempos modernos, alumbrados por los faros de gloria que los anales del mundo señalan con los nombres de Colonnas, Tasso, Ariosto, Maquiavelo, Sforza, Arétino, Buonarrotti, Vasari, Cellini, Galileo, Alfieri.

El Reni pertenece á esos nombres y á esos tiempos. Hijo de músico, no es, precisamente, esa rama artística la que cultivada por su genio dará frondosos laureles y frutos de gloria é inmortalidad. En Bolonia, la ciudad próxima á su patria aldeana, ingresa en una es-

cuela de pintura flamenca, hasta que tiene la fortuna de que le adivine y le proteja Caracchio, quien lo pone en la amplia senda del arte escogido por el destino para hacer de Italia la tierra de promesas de una nueva reedificación. Discípulo luego de la escuela llamada *realista* del Caravaggio, toma de cada una de las influencias que ha recibido, métodos, procedimientos, detalles, ideas, para hacerse un estilo y un arte personales y característicos, hasta llegar á ser el pintor por excelencia de su tiempo, halagado por los Pontífices, solicitado por los soberanos, adulado por las cortes, vencedor del Dominiquino, y tan alto y tan altivo, que pudo decir: «no cambiaría mi pincel por el birrete de un cardenal.»

Sobrio, circunspecto en medio de su gloria y su grandeza, tuvo su negro día de prueba, al cual sucumbió: se entregó al juego con tal pasión, que fueron ineficaces para salvarlo de su antro cuantos recursos de propia voluntad opuso y cuanto esfuerzo hicieron los hombres y los poderosos de su tiempo. Aquel hombre, opulento por largos días de fama y de oro, fue mendigo, perdió la fuerza de su genio, perdió el prestigio de su nombre, la gloria de su arte, y murió de miseria y de olvido.

Cuadro de Andrea del Sarto

De nombre paterno Vannucchi; llamado «del Sarto», porque su padre, un florentino, era sastre de profesión.

En sus comienzos fue platero, profesión para la cual no había nacido, ni había porvenir en su patria. Un mediocre artista, Juan Barile, le dió las primeras lecciones de pintura, que constituyeron las nociones y los elementos fundamentales para que pudiese estudiar en el Palacio de la Señoría los famosos cartones de Miguel Angel y de Leonardo de Vinci.

Su estilo fue al principio contenido, severo, tímido; sus obras eran cuadros pequeños con fondo de paisaje. Luego, su manera se hizo libre; sus trabajos comenzaron á caracterizarse, entre los de todos los pintores, por la suavidad, por la dulzura en el modelado de las formas.

Su primero y grande escenario fueron los claustros de la cofradía laica de San Juan: allí pintó el *Bautismo de Jesús* y continuó la serie con catorce asuntos religiosos más, enlazados por una misma idea y una relación derivada de las historias santas. En otro claustro del mismo convento pintó la famosa *Madona del Saco*, que mereció los elogios de Miguel Angel y de Tiziano y que permaneció como modelo de obras clásicas, por su pureza, por su gracia y por su naturalidad.

En medio de su entusiasmo artístico, cuando se preparaba acaso á las obras decisivas de su gloria y de su genio, los acontecimientos de principios del siglo décimo sexto en Florencia, la invasión y la peste, le sorprendieron; y murió víctima de la última, en toda su virilidad, á los 42 años de una vida ilustre, privado de auxilios de toda especie, abandonado de su mujer y de los médicos, una y otros ahuyentados de su morada por temor al contagio. A pesar de la situación conflictiva de la ciudad y de las circunstancias de su muerte, sus despojos recibieron honrosas exequias.

Miguel Angel veía en él un émulo de Rafael, por la suavidad, por la dulzura, por la ternura de sus líneas, por la gracia de sus concepciones, por la naturalidad de sus actitudes.

Vasari dice que la timidez de carácter fue el obstáculo que le impidió llegar á ser un pintor divino. En sus obras no se hallan colores muy vivos, ni extraordinarios efectos de clarooscuro, ni accesorios magníficos. Por el contrario, juicioso y profundo en su arte, lograba efectos sorprendentes por medios sencillos, por la seguridad de su pincel, por la facilidad admirable con que imitaba los objetos. Acaso debió mucho á su intimidad y á

sus frecuentes coloquios con el gran escultor Sansovino, que le hicieron perfeccionar su talento hasta el punto de que los florentinos le llamaban *Andrea senza errori*.

Rafael de Urbino

Fue pintor, fue escultor, fue arquitecto; príncipe de la escuela romana; discípulo del *Perugino*.

Nadie como el otro príncipe del verbo en el mundo latino ha traducido las impresiones producidas por el genio, el estilo, el arte de Rafael. Su alma—dice—ha producido sus figuras como diz que parió la Virgen, sin dolor. Cada una de ellas parece nacida como Citerea, de las espumas del mar, en la concha de nácar, con la sonrisa en los labios, los rayos de la aurora en la frente y el cielo en los ojos. Una ola de aquella alma serena las ha depositado en las áridas riberas de la realidad. Rafael está siempre sostenido por su amada que le idolatra; por sus discípulos que le obedecen; rodeado de un coro de ángeles; pintor único en los anales humanos, que supo evocar la hermosura griega y redimir de la penitencia y de la flagelación en sus cuadros, transfigurándolo y embelleciéndolo, el organismo humano.

Nada, fuera de la capilla Sixtina, hace competencia en la Roma artística á las famosas *Logias* del pintor de Urbino. Son una multitud de pequeñas estancias, formadas por tres hileras de pórticos; las construyó, las decoró, las pintó al fresco el mismo Rafael. Las pinturas representan asuntos del Antiguo y del Nuevo Testamento, principiando por la *Creación del Mundo*, en la cual Rafael casi iguala á Miguel Angel, por la grandeza y la majestad de la concepción, reservándose vencerlo en absoluto en las célebres *Estancias*.

En esas cámaras están sus obras capitales: *el incendio de Borgo*, la escuela de Atenas, la disputa del Sacramento, la creación más grandiosa del arte cristiano, *el Parnaso*, *Heliodoro arrojado del templo*, *San Leon deteniendo á Atila á las puertas de Roma*, *el milagro de Bolsena*, etc.

Cada una de ellas habría bastado á la gloria de Rafael. En ellas ha demostrado todo su genio, toda su filosofía, toda su erudición, junto con su inspiración cristiana, su profundidad teológica, su gracia y su virilidad.

Cuando murió, joven, admirado, glorioso, el pintor por excelencia de la Roma católica, sus funerales revistieron una pompa fastuosa; fue sepultado en Santa María de los Mártires y sobre su losa grabóse el epitafio que escribió su ilustre amigo el Cardenal Bembo.

Cuadro de Murillo

A la España conmovedora del mundo y de la historia no podía faltar su altísimo título á la gloria del Renacimiento. Cuando la tumba reclamó la vida y los despojos de sus maestros periclitos, el último de aquella época milagrosa, Velázquez, tuvo por discípulo y dejó como albacea al fundador maravilloso de la escuela sevillana, á Murillo.

Cuando murió su maestro y protector, se refugió en el Escorial y allí se dedicó á la pintura de asuntos religiosos, en la cual no ha tenido competidores.

Llevó después la provisión de su arte, la fuerza de su genio, el poder de su inspiración al Convento de San Francisco de Sevilla. Allí se ve, se admira y se adivina el alma íntegra del gran pintor; su carácter suave, dócil, conciliador; sus costumbres puras; su vida sencilla, sobria, modesta.

Esas condiciones, esos hábitos y esas virtudes fueron las bases y los elementos de la escuela artística que fundó, la escuela sevillana, de estilo suave, indeciso de perfiles, acorde en tintas y colores; caracterizado por cielos opacos, semblantes amables, actitudes sencillas, perfectos pliegues de paños, fuerza de luz y verdadero color de las carnes.

Pocos pintores españoles le han igualado

en la pintura de países y de flores y en la de naves solamente le excedió Juan de las Marinas.

Tuvo casi todos los estilos de las escuelas cuyas influencias recibió: el de Rubens, el de Van Dyck y el de Ribera, el clásico y el suyo propio; y ha pasado á la historia del arte como el pintor por excelencia de las Virgenes, así como fue Velázquez el de los Descendimientos.

Maria Bashkircheff

Ilustra, el retrato de la joven rusa artista y soñadora, el artículo del señor Hernández que va á continuación de él.

A propósito de la interesantísima autora del famoso *Diario*, insertamos algunos párrafos que complementarán las ideas que nuestros lectores tengan acerca de María y de los cuales es autor un hermano del actual Rey de Servia, el príncipe B. Karageorgevitch, que los ha dado á *La Revue*, de París.

El *Diario*, en el concepto del príncipe, no da idea de María, tal como él la conoció, siendo ella su pobre y encantadora amiga, la mejor y la más inteligente de las mujeres, la inteligencia de selección á cuyos buenos consejos debe él casi todo cuanto de venturoso le ha acontecido en su vida. María fue uno de los primeros apóstoles del feminismo: colaboradora de *La Citoyenne*, estuvo encargada uno ó dos años de la crítica del Salón; asistía á las reuniones de la sala Pétrelle, y se indignaba contra el príncipe servio por su indiferencia hacia los asuntos feministas.

Según éste, Andrés Theuriet, que ha publicado el *Diario* de María, ha sido víctima de la leyenda, al igual que Maurício Donay, quien en su libro *L'Autre Danger*, queriendo describir en un solo rasgo á una joven snob insoporable, dice «género María Bashkircheff,» juzgándola—porque no la conoció—según el criterio de Alfonso Daudet, que en una entrevista á propósito de la rusa Mme. Weiss, asesina de su marido en Argel, dijo en *Figaro*: «Es como María Bashkircheff; Dios preserve á nuestras familias de la alianza franco-rusa!»

Y un gran escritor, uno de los psicólogos contemporáneos más perspicaces, Mauricio Barrès, se equivoca también al juzgarla por una visita que, después de muerta, hizo á una habitación en donde ella había estado y encontró allí unos libros de Kant y de Fichte, de donde dedujo que la joven se alimentaba de la lectura de esos filósofos, siendo así que María jamás pisó en vida la rue de Prony.

Por todo lo cual, el magnate servio se lamenta de que no hayamos podido conocer la adorable imagen íntegra de la que fue su encantadora amiga y confidente.

Juan C. Tinoco

A propósito de la publicación que hacemos del retrato del joven doctor Juan C. Tinoco, aplaudido autor de *Album de viajero*, nuestro colaborador Carías ha escrito el artículo que acompaña al dicho retrato, diciéndonos sus impresiones acerca del libro y su opinión con respecto al autor.

Ya en la oportunidad de la circulación de *Album de viajero*, tuvimos el gusto de tributar al escritor el homenaje debido á sus brillantes dotes de intelectual y á su fino espíritu de observador.

A la sombra

Por dicha, nuestras inteligentes lectoras y nuestros hombres de fatigas y labor intelectuales saben ya de las profundas y saludables impresiones de esas treguas puestas al afán, al bullicio y á los cuidados de la ciudad.

La paz campesina, el aire puro y renovado, la luz libre y feliz, la Naturaleza sola, imponiendo su fuerza y su imperio, son las fuentes regeneradoras por excelencia del espíritu fatigado, amargado y aun acobardado por las luchas y por la presión de las ciudades.

En esas actitudes de reposo contra las mieses en siega y á la sombra de sus gavillas amontonadas, hay los gestos de una acusación á la dureza inevitable de la vida ciudadana, que imprime á los cuerpos y á las fisonomías el disgusto y las languideces de la laxitud, generadora de tantas y tan lamentables afecciones como las que minan y enferman el espíritu en medio de las muchedumbres. Es también una tregua á los egoísmos, á la rapacidad moral y material, á la felenía, á las apechanzas á que conduce la diaria pelea entre implacables competidores.

Casa del General Tellería

La vista que reproducimos está tomada del patio de la casa de habitación del señor general Arístides Tellería, en Coro.

La arquitectura de estas moradas en los países conquistados por España, es uniformemente la misma en todas nuestras ciudades: anchas puertas, desde el hogar modesto y sin historia, hasta la mansión señorial coronada por blasones y bordada de arabescos; grandes patios, á la usanza morisca, en donde el sol seorea é incendia las finas plantas nacidas para los mimos de la estufa ó las caricias de la primavera; altísimos techos desnudos, rudo carácter del alma conquistadora, defendiendo de los rayos calcinantes; robustas y pesadas columnas, soportales que delatan la supervivencia romana, trasladada de Etruria; gruesas vigas, altos umbrales, amplios dinteles que cargan su amenazadora gravedad sobre las recias jambas; y por carácter general, la hosquedad, la rudeza, la severidad claustral del alma hispana del siglo XIII, sello sañudo de sus guerreros, de sus navegantes, de sus castellanos, de sus monarcas.

Monumento de Canova

Fue construido con el producto de una suscripción abierta en Europa y en América y erigido en la iglesia de *Fratí*, en Venecia.

El célebre escultor nació en Possagno, en la provincia de Trevisa y huérfano en su infancia, su abuelo le puso á trabajar en piedra, hasta que su precocidad despertó el interés de Juan Falieri, senador veneciano, quien lo llevo á Basano y lo colocó en el taller de Torretti.

A los diez y siete años ya había esculpido las renombradas estatuas de Orfeo y Eurídice; y como su gran pobreza lo hiciese carecer de modelos, ponfise él mismo delante de un espejo para tomar enseñanza de las líneas y los escorzos.

A esa constancia y á esas energías favorecedoras en su genio, deben el arte y la humanidad que haya dejado como obras admirables: el mausoleo de Clemente XIII, en la Iglesia de San Pedro; el de Clemente XIV, en la de los Santos Apóstoles, y la estatua de Pío VI para su tumba.

Perfeccionado por sus viajes á Berlín, Dresde, Múnich y Viena, cuando regresó á Italia fue tan famoso y tuvo tantas demandas, que tuvo que edificar talleres que cubrían toda la extensión de un islote. Mientras trabajaba, se hacía leer las obras literarias é históricas de la antigüedad, anotaba los pasajes que le interesaban y luego los trasladaba en bajorelieves, retratos ó estatuas.

El exceso de trabajo le ocasionó una grave enfermedad, de la cual murió en Venecia. En sus obras se hallan sucesivamente copias de la naturaleza, asuntos mitológicos del género heroico, asuntos alegóricos y religiosos, mausoleos, estatuas-retratos y bajorelieves.

El incienso

CUADRO DE A. P. M. DE RICHEMONT

Ante el grupo de una Piedad de mármol, arde el incienso, y sus vapores suben en volutas blancas, ligeras, empujadas como por un soplo misterioso hacia la imagen del Dios suplicado.

Envuélvenlo, diseñando los pliegues de una túnica de lino y luego suben, abriéndose como dos grandes alas blancas; y el ángel arrodillado que trazan, es ciertamente el símbolo de la fervorosa plegaria de todos los que sufren y de todos los que lloran, de esa plegaria desolada y suplicante, que sube hacia el Cristo y hacia la Virgen, que han conocido y agotado todos los dolores y que saben consolarlos.



Ilustraciones para música (*)

(Por Salvador Farina)
UNE DRÔLE DE CHANSON

Se alza un grito de fiesta en el valle. Calla la alegría, y un pensamiento de amor infeliz rememora un drama concluido apenas y ya antiguo como el dolor. Dice el llanto: «La vida es amor, el amor es dolor.» Voces diferentes lo interrumpen y la paradoja grita entonces en el valle: «Ovidemos la vida..... y vivamos.»

MINUETE

Otros tiempos. Vísperas de grandes cosas. En la sala dorada y luminosa el deseo juvenil se enlaza en danza lánguida; por la calle uegra y fría pasan lamentos infinitos, y la miseria ruge é impreca.

DESPUÉS DE UN SUEÑO

Es negra noche. Tengo cansado el cuerpo é inquieta el alma. De pronto escucho..... ¿quién es?... un monstruo amenazante, quizá una fiera humana; intento huir; pero me sigue, se acerca siempre; ya me siento preso,..... piedad! piedad! imploro en vano. Caigo, me levanto, y aun corro..... en vano. El me alcanza, me aferra..... doy un grito desesperado..... cesa la negra noche, aparece sereno el cielo, el alma espantada interroga, el cuerpo, escapado de la amenaza horrenda, tiembla..... pero estoy salvado, era un sueño!

VISION DE LA HERMANA MUERTA

Tú me pareciste, hermana querida, á decirme dulcesimas palabras, á alentar mi vida con tu sonrisa. Yo te quería siempre junto á mí. «Quédate» te dije, y quise entretener-te; pero tú, volviendo los ojos al cielo, huiste sin fatiga de mi abrazo. Así en el sueño de hoy, hermana mía; así ayer en tu breve vida.

RÈVE

Oigo la voz sumisa del lago tranquilo; también la montaña sublime, dorada por el sol naciente, dice cosas del cielo. La floresta calla y escucha.

Todo duerme en el paisaje..... mas no..... oigo el golpe de remos lejanos; una barca pasa, se aleja, se pierde..... Tal vez era el amor!

DANZA ZOTICA

Es día de feria. De todas partes, aun de muy lejos, acuden tenderos y juglares; y todos se entregan á la danza mientras los pitruelos aturden sonando sus trompetas; el amor teje en silencio su tela inmortal. Dos viejecitos escapados á la muerte celebran sus bodas de oro, y quieren también bailar, porque aún se amau.

MAZURKA SENTIMENTAL

Todo pasa, también el amor. Santa Teresa ha escrito. «El infierno es allí donde ya no se ama.» Ah! pobre criatura que me amaste un día!

(*) El joven maestro AMILCAR ZANELLA, pianista compositor (del cual no encuentro palabras que puedan expresar todo lo bien que pienso) compuso en Lugano, casi bajo mis ojos, siete pequeñas maravillas para piano. Yo quise oirlas varias veces, y á pedido del compositor, escribí con el menor número de palabras siete pequeñas ilustraciones expresando lo que la música me ha hecho sentir.

Un juego de hace cuatro mil años

De los juegos existentes no hay ninguno tan antiguo como el que representan las siete figuras geométricas contenidas en el cuadrado cuyo grabado acompaña á este artículo.

Hace cuatro mil años servía de diversión á los niños y á las niñas de China, lo mismo que ahora.

Se le llama juego de los tangramas y fue inventado por el gran filósofo chino Tan, de quien deriva su nombre.

El filósofo tomó un pedazo de papel en forma de cuadrado, y lo cortó en siete pedazos exactamente iguales que los representados en nuestro dibujo. Con esos siete pedazos construyó miles de figuras diferentes, de todas clases: hombres, animales, casas, embarcaciones, etcétera, con sólo ajustar de manera distinta las siete piezas.

Publicó las figuras en su gran obra *Los siete libros de Tan*, que trataba de la creación del mundo y de los progresos de la raza humana en los siete períodos de su desarrollo, todo ello según las antiguas teorías chinas.

Tan vivió hace cuatro mil años, como hemos

dicho, y *Los siete libros de Tan* continúan figurando en la literatura clásica del Celeste Imperio.

A ningún chino se le ha ocurrido escribir el *Octavo libro de Tan*, que abarcara figuras ilustrando los progresos de la humanidad, de cuatro mil años á esta parte.

Consideran la tarea casi imposible; tanto es así, que en China hay un proverbio que dice poco más ó menos: «es hombre muy listo, pero no podrá escribir el octavo libro de Tan.» Lo cual no ha impedido que un yanqui, pues yanqui había de ser, y por añadidura la ma-

yor celebridad en el mundo de los confeccionadores de problemas, Sam Loyd, haya confeccionado recientemente ese octavo libro, en el que figuran imágenes de locomotoras, automóviles, de aerostatos y máquinas voladoras y demás inventos recientes, dibujados sólo con las siete figuras de Tan.

Estas figuras se han puesto de moda en muchas partes, y realmente constituyen un recreo grande, pues no se confecciona fácilmente una figura bien hecha con esos siete pedacitos de papel. En primer lugar, el 7 es un número que no puede dividirse en mitades simétricas, y, por otra parte, las formas geométricas de las figuras de Tan tienen todas ángulos que parecen apartar la posibilidad de trazar con ellas líneas graciosas y variadas, pues se excluyen las curvas. Añádase que es condición imprescindible el emplear los siete pedazos en cada figura que se haga, ni un pedazo más ni un pedazo menos.

No constituyen sólo un recreo las siete figuras de Tan, sino que, además, son un ejercicio excelente para la imaginación.

Gustavo Doré desarrolló y perfeccionó su gusto asombroso para el dibujo de figura, jugando y trabajando con las siete figuras de Tan.



De los grabados de este artículo, el primero representa las siete piezas, y el segundo, tercero y cuarto, figuras confeccionadas con ellas.

POSTALES EL COJO ILUSTRADO

Colección artística de tarjetas postales ilustradas con vistas fotográficas de Venezuela: panoramas, monumentos, paisajes, calles, edificios, etc; cuadros de pintores venezolanos, sucesos de actualidad, tipos de raza, etc.

En las impresas hasta hoy hay 62 variantes, y están á la venta al precio de

4 ejemplares por B. 0,50

Precio por mayor (mínimum 100 piezas) á B. 10 el ciento.

Se atienden órdenes por correo, previo el abono de su valor, más B. 0,25 para el franqueo.

La Meca de los botánicos

Es este el nombre que los yankees han puesto al laboratorio botánico, Institución Carnegie.

El generoso multimillonario ha querido fundar un Palacio-Museo, destinado muy especialmente para los sabios que estudian la flora solitaria, ó sea, desértica de la América Septentrional.

Nadie ignora que lo que comunmente se llama la región árida de esta parte del Nuevo Mundo, dista mucho de ser un campo estéril; así como tampoco se ignora que sobre un millón de millas cuadradas, se desarrolla y crece una vegetación interesante desde el punto de vista de los servicios que puede prestar á la farmacia.

La Institución Carnegie resolvió hace seis meses, construir en el Territorio Arizona, á los alrededores de Tucson y en lo alto de la montaña, el laboratorio que acaba de inaugurarse. Está situado en el centro de esa vegetación excepcional, caracterizada, —entre varias otras,—por cactus ó plantas nopáleas de 80 pies de altura.

A esta Meca, pues, es á donde han llegado los botánicos que han explorado á Arizona y Méjico, puntos en que han recogido muchas y muy preciosas colecciones de plantas.

Rompecabezas científicos

Acaba de encontrarse en la Gran Bretaña, en una mina de carbón, lo que podríamos llamar el mayor problema científico del presente siglo. Un minero llamado John Sillinski se encontraba trabajando á bastante profundidad, cuando quedó asombrado y aterrizado al encontrar sobre un trozo de carbón que acaba de desprender, la huella de un pie humano perfectamente marcada. Robinson, al ver en su isla las pisadas de los caníbales, no recibiría mayor impresión.

Se sabe, en efecto, y el minero no lo ignoraba, que las capas carboníferas se formaron millones de años antes de que el hombre, ó cualquier otro sér de sangre caliente, apareciera sobre la tierra. En aquella época no había en el globo más que ciertos peces, moluscos primitivos é insectos parecidos á los caballitos del diablo. Sin embargo, la huella del pie humano descalzo estaba bien manifiesta. ¿Quién la imprimió? ¿Qué personaje mis-

terioso dejó la señal de su paso sobre un terreno que desde hace miles de siglos permanecía profundamente enterrado?

Los hombres más sabios no son capaces de explicar este rompecabezas, como no han podido aclarar muchos otros que permanecen sin resolver.

Entre estos se hallan ciertos objetos desenterrados hace poco y que, á falta de otro nombre más apropiado, han sido llamados *demonelix*, nombre que significa «tirabuzón del diablo». Son columnas de cuarzo en forma de tirabuzón, á veces tan gruesas como el cuerpo de un hombre y hasta de seis metros de largo. Se las ha encontrado en número de muchos miles saliendo verticalmente de entre una colina de arena que la acción del tiempo iba desmoronando poco á poco. Todas son perfectamente simétricas y se elevan con absoluta perpendicularidad. Algunas presentan una gran expansión en la base.

Pueden ser de origen animal, vegetal ó mineral; pero nadie lo sabe con certeza. Se ha dicho que podrían ser restos fósiles de algunas plantas acuáticas gigantestas que crecerían en los lagos prehistóricos; los botánicos, sin embargo, afirman que ninguna planta puede haber tenido tan extraña forma. El misterio, por consiguiente, continúa por resolver.

Otro problema curioso. El doctor Nordenskiöld, hijo del famoso viajero ártico del mismo apellido, en su viaje á Patagonia para buscar los restos del *mylodon* antediluviano, vio cerca de la punta de la Ultima Esperanza que el mar estaba lleno de pedazos de piedra flotantes. El sabio recogió algunas de estas piedras, las pesó y halló que eran más de dos veces y media más pesadas que el agua, y de una naturaleza pizarrosa.

Es realmente difícil explicar cómo podían mantenerse á flote.

Otros objetos problemáticos son las *moldavitas* encontradas en Bohemia, cerca de la ciudad de Trebitsch. Tienen la forma de huevos, y su color es verde botella; el doctor Suess, de Viena, pensaba que podrían ser meteoritos; pero lo cierto es que no se parecen absolutamente en nada á ninguno de los meteoritos descubiertos hasta ahora.

En el país de Gales se encontró hace poco una roca, á cerca de 500 metros sobre el nivel del mar, cubierta de un gran número de conchas. Podría creerse que la montaña fue en otro tiempo parte del fondo del mar, pero esto sólo pudo haber sido un hecho en épocas prehistóricas, y lo raro es que todas las conchas que en ella se hallan, en número de cincuenta y cuatro especies, son iguales á las que hoy viven en el mar del Norte, sin que ni siquiera una sea antediluviana.

¿Y qué pensaremos del depósito de peces fósiles descubierto en Wyoming, que tiene casi 50 metros de espesor y cubre centenares de kilómetros cuadrados? Este depósito constituye una masa sólida de peces petrificados, y aun viéndolo parece increíble el hecho, pues es imposible explicarse cómo un mar, antiguo ó moderno, pudo contener tal cantidad de pescado. Añádase, y el misterio resultará más profundo, que dicho depósito está á unos 2.000 metros sobre el mar.

Muchos misterios de este género se han hallado al practicar pozos artesianos. En una ocasión, al abrir uno de estos pozos en California, cuando se había alcanzado una profundidad de 120 metros, saltó fuera un chorro de agua mezclada con arena, y entre este barro salieron cientos de almejas vivas que poco después fueron guisadas y comidas por los obreros. El agua que salió con ellas era más salada que la del océano. El sitio en que se hizo tan raro hallazgo se encuentra á 320 metros sobre el nivel del mar.

Otro pozo, abierto hace poco en el Canadá, en vez de agua dio arena. Esta sale en un chorro muy fino, como el agua de una fuente. Nadie ha podido averiguar la causa que la hace salir.

Pero ninguna de estas fuentes es tan rara

BRANDY DOMECQ

EL APIOL de los **Dros JORET Y HOMOLLE** regulariza los **menstruos**

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre

el Sello de Garantía

PILDORAS DE BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable.

40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

una difteria, pongamos, el sarampión, escarlatina, tuberculosis, ó cualquiera otro morbo, igualmente grave? Es menester repetir siempre, que la costumbre de besarse los niños es fatal, y el hábito ó cortesía de las madres en ordenarles que lo hagan, es entre otras cosas, un absurdo. Desde estos puntos de vista, nunca será demasiado, res-

tringir cuanto más se pueda, la peligrosa costumbre de besarse.

Así íbamos tratando esta materia, cuando el doctor Féré hace que nos fijemos en una consecuencia del beso, que no conocíamos. Es ésta. Parece, pues, que ciertos niños sienten una repugnancia característica de besar á ciertas personas, hasta el extremo de haber necesidad de prescribírselo formalmente para que se resuelvan á hacerlo. Hay más aún: se ha visto niños que no sólo rehusan el beso de extraños y de deudos, sino hasta los de su padre y madre. Una palabra más todavía: hay adolescentes, tanto hombres como jóvenes señoritas, que temen el beso paterno ó materno. M. Feré anota este hecho: Un hombre de treinta y cuatro años, vive con su madre; la adora y cólmalade de los cuidados ó atenciones más finas y afectuosas; pero teme sus besos como si fueran un suplicio. Y el hecho es que toda vez que la madre lo besa, sea por motivo de su cumple-años, por su onomástico, por la entrada de año el primero de enero, ú otra causa cualquiera, nuestro hombre experimenta tal conmoción de angustia ó malestar, que las palmas de las manos se le cubren instantáneamente de sudor, siéntese desfallecer, y como pronto á caer sin sentido.

Tales circunstancias se repiten en él desde la más tierna infancia; lo que constituye un hecho de tan marcado carácter, que permite observar cómo el beso obligatorio puede desempeñar el tipo patógeno de un choque moral.

Y es del momento hacer constar, que semejante choque puede ser el punto de partida de una epilepsia! M. Féré ha observado una niña de doce años, sin antecedentes neuropáticos hereditarios ni personales, en quien se había notado,—desde su primera edad,—una repugnancia señaladísima, instintiva, á dejarse besar. Fue creciendo esta repugnancia á la par de los años, hasta haber tomado la costumbre de presentar á su padre la parte superior de la cabeza, y contentarse aquel con besarle los cabellos. Pues bien; un cierto día, cuando la niña había cumplido ya sus doce años, entró en su cuarto, inopinadamente, uno de sus tíos; y sin decirselo, ó prevenirla, después del saludo, la besó.

La niña dió un grito horrible, palideció, cayó de espaldas, sin conocimiento, estuvo rígida por unos instantes, á los que luego

La Emulsión Legítima.

Millares de médicos han justificado con su autoridad que no existe nada mejor para robustecer y fortalecer el organismo que la preparación llamada EMULSION DE SCOTT, compuesta de aceite de hígado de bacalao en combinación con hipofosfitos de cal y de sosa, seguros por su experiencia que aquél nutre y fortifica á la vez que los hipofosfitos entonan el sistema nervioso, restaurándole las fuerzas y energía vital, para repeler principios antagónicos y recuperar la salud normal. Preparación de tan benéficos resultados terapéuticos es la legítima

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao ó Hipofosfitos de Cal y de Sosa

que se despacha bajo la firma de los Sres. Scott & Bowne, Químicos de Nueva York. Medicamento el más importante y sin paralelo, es verdaderamente digno de ser recomendado como lo es por los Señores Médicos, como heroico regenerador de organismos debilitados y preventivo de muchas enfermedades, por cuanto á que purifica y enriquece la sangre.

SCOTT & BOWNE,
Químicos, New York.

De venta en las Boticas.

como la que hace seis meses se encontró en la Guínea, á 200 metros de profundidad. Cualquier objeto de hierro ó de acero sumergido en sus aguas, queda al instante convertido en imán.

Es muy frecuente decir que el interior del globo se encuentra sumamente caliente, aunque esté muy lejos de ser un horno como se creía en otro tiempo. Hay una porción de hechos que confirman esta opinión. En las minas de plata de Comstock, por ejemplo, hay una temperatura de 50° centígrados; los hombres no pueden permanecer allí más de veinte minutos seguidos, y aun eso rodeados de enormes bloques de hielo que se bajan incesantemente á la mina.

Teniendo esto presente, ¿cómo se explica que en Alaska y en Siberia haya enormes masas de hielo á gran profundidad debajo de tierra? Estas grandes rocas de agua congelada están cubiertas de espesas capas de tierra, en las cuales la vegetación viene desarrollándose desde hace miles de años. Bajo el terreno que forma el cauce de un tributario del Lena, en Siberia, hay una capa de hielo puro de tres metros de espesor. ¿De dónde procede este hielo? ¿Cómo no se derrite encontrándose á gran profundidad? Nadie lo sabe; es uno de los mil problemas que los sabios no han podido resolver.

Movimiento científico

HIGIENE

El Beso

Hace ya más de veinte años que llamamos la atención sobre los peligros que hay en el beso. Después acá, y de tiempo en tiempo, los periódicos han repetido la misma tesis y continuado el alarma; pero exagerándola,—como de ordinario acontece,—han acabado por hacerla ridícula. En toda ocasión que sobre esto hemos escrito, hemos hecho notar lo mal que hacían las madres en incitar á sus hijas que besaran á sus amiguitas, sin contar con la huésped, como vulgarmente decimos:

—Anda, mi hijita; besa á la señora.

—Vamos, mi prenda; besa á Juanita, á María Luisa, etc., etc.

Y en fin, el hecho es que en las Tullerías, en las Plazas, paseos, etc., no se ven más que besos repetidos. Pero ¿sábase, por ventura, si el niño ó niña no tiene incubada una enfermedad ó afección contagiosa:



RECOMPENSA NACIONAL
de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc.
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO



Propiedades del Avena-Cacao

El **Avena-Cacao** fabricado por los señores **Fullié & Ca.** marca **La India**, es un producto inmejorable é indispensable para todas las familias, es el mejor alimento para sanos y enfermos y un seguro preservativo contra las afecciones del estómago y del intestino, tan frecuentes y fatales en estos países tropicales. Es un producto cuidadosamente elaborado por medio de procedimientos científicos y que por su afortunada combinación de la flor de Avena con nuestro tan acreditado Cacao de Chuao y Ocumare, ha dado los mejores resultados como un alimento sano y completo, lo que certifican las recomendaciones de los mejores médicos de Caracas.

El **Avena-Cacao** marca **La India**, se vende en cajitas de 20 cubos ó sean veinte tazas grandes de esta sabrosa bebida. Su valor 4 reales.

LA
Phosphadine Fullié
es un alimento completo
DE FACIL DIGESTION
para todas las edades de la vida

Producto recomendado por los primeros facultativos de Europa y de las Américas

- Alimentación natural de los niños
- Nutrición de los convalecientes
- En el raquitismo y en la anemia
- Embarazos y detención
- En las diarreas y afecciones intestinales

Precio en toda Venezuela :
Pote grande Bs. 2,50
Id pequeño " 1,50

PHOSPHADINE FULLIE

es el alimento indispensable para niños, ancianos y enfermos
De venta en los principales establecimientos de la República

MAIZ-ORIZA



CONDE H^{NOS.}

Es la mejor harina de maíz y arroz. Su feliz combinación la hace superior á las Maizenas conocidas.

Para postres, cremas y atoles, no admite competencia, y para el aplanchado de la ropa no tiene rival.

DE VENTA : Al detal en todas partes y al mayor en los principales almacenes y boticas de la capital.

Conde Hermanos.

Marrón al Dr. Paúl, N° 6, Caracas.—Teléfonos Ns. 1.022 y 1.023.

Agente General,

Carlos Orta Ibarra.

se siguieron estremecimientos y convulsiones violentas. Y así permaneció en un estado de terrible estupor, mucho más de media hora.

Unos días más tarde la atacó una sensible crisis epiléptica, que se renovó quince días después;—y si bien es cierto que se ha contenido el mal con el bromuro, también lo es que las crisis están reemplazadas por insuficiencia mental y pérdida del conocimiento, síntomas todos que nos hacen presumir que la epilepsia,—como enemigo que vigila,—está presente.

Véanse, pues, cuales pueden ser los efectos de un beso,—y los males que es capaz de originar.

Con la circunstancia muy grave, por cierto, que hay ejemplares ó hechos más curiosos ó trascendentales todavía, que dejaremos para nuestro próximo artículo. Mas, no le

vantaremos hoy la pluma sin decir á nuestros lectores, que hasta el temor del beso, se ha observado ya varias veces. La señora X..., por ejemplo, casada hace mucho tiempo, no ha consentido nunca en dejarse besar ni por sus padres ni por su marido;—y al ofrecerles su mano, sólo les es permitido besar respetuosamente la extremidad de los dedos.

En consecuencia, sin que insistamos más en ello, creémonos autorizados para decir con M. Féré, que no sólo puede el beso presentar peligros traumáticos é infecciosos, sino también los neuropáticos, psicopáticos, etc., sobre todo en los jóvenes y en los niños.

La magia de los melanesios

El examen de las creencias y costumbres de los pueblos primitivos presentan grandes analogías, y por esto no es raro encontrar

las mismas supersticiones en comarcas distintas del globo. Un inglés, R. H. Coudrington, ha publicado en fecha reciente un estudio de las costumbres de los melanesios y más concretamente de los habitantes de las islas de Salomón y Santa Cruz, en los mares australes, mostrando este trabajo, juntamente con el de Lord Amherst of Hackney, del cual se dió cuenta en el mes de enero, que ese pueblo que se juzga por algunos animado sólo por un espíritu positivista, rinde culto á todas las manifestaciones del saber, y lo mismo ensancha las fronteras del comercio que las de la historia, la filosofía, la geografía y la antropología.

Sobradamente conocido por su estudio acerca del lenguaje de los melanesios, trata Coudrington ahora de las relaciones sociales, de la propiedad, de la religión, de las costumbres y de la literatura, siendo el capítulo que

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, emplee el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.

GOTA
LICOR
 DEL DR.
LAVILLE
 CLIN Y COMAR - PARIS
 EN TODAS LAS FARMACIAS 613
REUMATISMOS

Libros de Registro para 1904

Los que determina la ley para asentar las partidas de Nacimientos, Matrimonios y Defunciones: de muy buen papel y esmerada encuadración, están de venta en esta Empresa.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPÉLIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y todo
 CANDÈS etc. B. St-Denis

Contra
 las
ENFERMEDADES NERVIOSAS
VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.
 no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL DR CLIN
 al Bromuro de Alcanfor
 CLIN & COMAR - PARIS
 y en las Farmacias. 636

INFLUENZA RACHITIS
 ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
 CARNE-QUINA-HERRO
 El más poderoso Regenerador.

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON
 Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.
 Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares
J. SIMON
 13. r. Grange butelière, Paris

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK
 Purgativos, Depurativos y Antisépticos,
 Contra el **ESTREÑIMIENTO** y sus consecuencias:
JAQUECA, MALESTAR, PESADEZ GÁSTRICA
 Sin cambiar sus costumbres ni disminuir la cantidad de alimentos, se toman con las comidas, y despiertan el apetito.
 Exíjase el Rótulo adjunto en 4 Colores, impreso sobre las cajitas azules metálicas y sobre sus envoltorios.
 Toda cajita de carton á otra clase, no será mas que una falsificación peligrosa.
 Paris. Farmacia LEROY, 9, Rue de Cléry y EN TODAS LAS FARMACIAS.

AGUA DE FLORIDA CARTA BLANCA

CONTRAMARCA SIGLO XX

Hemos usado este magnífico perfume, cuyas cualidades higiénicas para el tocador y para el baño nos complacemos en recomendar.

Se encontrará en nuestra casa, á dos reales y medio el frasco, de 125 gramos.

EMPRESA EL COJO

Remedio precioso.—Firma el siguiente interesante certificado el excelente doctor T. Tirado, residente en Puerto Cabello:

«El médico cirujano que suscribe, certifica que hace ya veinte años que en su práctica civil de los hospitales receta con frecuencia la Emulsión de Scott de aceite de hígado de bacalao con hipofosfitos de cal y de sosa, y ha encontrado que es un remedio precioso como balsámico y reconstituyente.»

trata de las supersticiones uno de los más interesantes.

Los hechiceros y adivinadores, allí como en otros países, aprovechan la ignorancia del vulgo, y con sus encantamientos y sortilegios logran vivir respetados y favorecidos por los indígenas. Admiten éstos la existencia de espíritus que denominan *manas*, y que lo mismo pueden residir en los hombres que en los animales y plantas, y aún en los objetos. Dirigen ó contrarían, según les place, las fuerzas de la naturaleza; provocan la lluvia, calman el viento, causan las enfermedades y las curan, adivinan el porvenir y llevan la felicidad ó la desgracia. No son, sin embargo, los hechiceros los que tienen propiamente el poder, sino los espíritus que en ellos habitan; reciben el nombre de *Sakas*, como entre nosotros recibían el de brujos,

encantador es ó adivinos y correspondiendo á aquella voz el significado de *a br a sador's*. A veces son *Sakas* todos los individuos de un pueblo, con relación á los habitantes de otro, de igual modo que en Europa hubo pueblos de brujos; tal sucede con los de Mala Paina. Otros son *Sakas* de profesión, bien que deba advertirse que, por regla general, los poderes para los encantamientos están repartidos entre diversas personas, esto es, que hay verdaderas especialidades.

Todos los padecimientos graves son producidos por los espíritus de los muertos, no así las enfermedades ordinarias y comunes como las fiebres; debiendo determinarse en cada caso la clase de enfermedad ó hacer el diagnóstico, del cual depende el que se acuda ó no á los *Sakas*, se hagan sacrificios ó promesas, ó se acuda á los curanderos, bastando á veces el abandono de la casa en que se supone que residen los manes ofendidos para obtener el restablecimiento de la salud, pero otras se entabla la lucha entre los genios favorables y adversos, y de su resul-

tado depende la muerte ó curación del paciente, quien estimula con dádivas y ofrendas á los *Sakas* y los Manes, que le son propicios para que luchando con más ardor le devuelvan la salud perdida. Algunos de estos espíritus vagan por los mares, y cuando un pez volador, al saltar por encima del agua, viene á herir casualmente á un melanesio, no es posible convencerles de que es un hecho sensible, pero natural, pues tiene la creencia de que ese pez iba animado por el *mana* y no ha sido más que un instrumento de la venganza de aquél.

A las venezolanas

En mi carácter de promotor de la «Asociación Protectora del trabajo de la Mujer», excito á todas las mujeres de la República á prepararse á concurrir á un certamen de labores de mano de toda clase, para el cual serán invitadas en breve por la honorable Junta Directiva de dicha Asociación. Se concederán muchos premios en dinero y se les proporcionará la venta á aquellos efectos que deseen venderse.

El objeto principal de este gran concurso nacional, es ver cuáles productos de nuestras mujeres pueden ser motivo de un comercio interior y exterior. Los anuncios de la Asociación serán bien detallados y precisos.

Suplico la reproducción de este aviso.

Caracas: 28 de noviembre de 1903.

Jesús Lameda.
 Ingeniero.

EXIJAN Vds.
 sobre cada PILDORA BLANCA las palabras:
 DEHAUT A PARIS impresas en negro.
 Las **PILDORAS**
 Purgativas y Depurativas
 del Doctor
DEHAUT
 se toman
al comer.
 Ningún Regimen. No más Dieta.
 Las menos COSTOSAS
 puesto que son
 las mas activas.

J. ROVERSI - ESTADOS UNIDOS DE VENEZUELA - CARACAS

De la Palma a S. Pablo N. 22 - Teléfono N. 2159

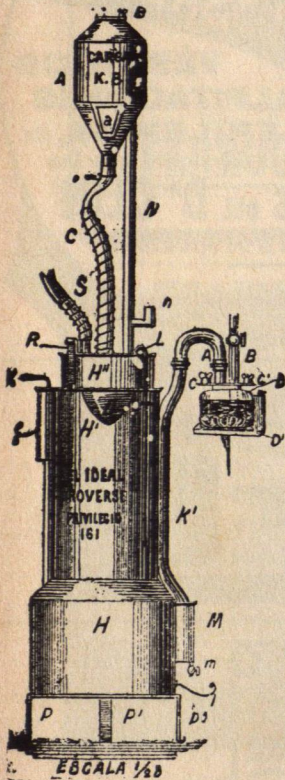
TELEGRAMAS: ROVERSI - CARACAS

Departamento Acetileno

Aparatos sistema RoverSI—Carburo de calcio de 7 a 12 el quintal de 100 lbs. según condiciones—Quemadores Bunsen, Hornillas, lámparas, tuberías y accesorios de todas clases, instalaciones completas.—EL IDEAL a rálida de carburo en el agua—Privilegio N. 161.

Departamento Mármoles

Nuevo surtido de mármoles artísticos y económicos—Referencias: Nuestros numerosos trabajos en el Cementerio del Sur de Caracas.



Referencias: Gran Ferrocarril de Venezuela, Ministro de Guerra, General Bello, Fano de Puerto Cabello, Dr. Conde Torres, Dr. Lacayotte, Luz M. Perez, Hotel Leon de Oro, Familia Rodriguez, Tipografía Vidal, Marmolería RoverSI, Panadería Solís, General Quintero, Dr. Rivero Saldivia, Contemayor, etc.

Más de 30 son los aparatos colocados. Carga de k 1 a k 50 — Valor: de \$ 10 a \$ 250

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones a esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor deberá estar atento a la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

Los peces son miopes

Los peces son animales miopes por naturaleza. Al revés de lo que sucede en los mamíferos, sus ojos están formados para ver de cerca, á un metro ó menos de distancia, y á veces sólo á un decímetro. El cristalino, en vez de ser biconvexo como en los vertebrados superiores, es casi esférico.

Siendo el agua pocas veces transparente en el mar y en los ríos, y no penetrando la luz más que en las capas superficiales, se concibe que de poco les serviría á los peces el poder ver de lejos.

La miopía normal de los peces explica por qué son incapaces de ver el sedal ó la red del pescador, por qué se les engaña tan fácilmente con cebos artificiales y, sobre todo, por qué se les coge más pronto cuando se

les acerca el cebo á la cabeza. Los peces no pueden ver claramente la mayor parte de los objetos que para ellos quedan como envueltos en una bruma.

Estas consideraciones no se refieren, como podrá comprenderse, más que á la visión de los peces en el agua; en cuanto al modo cómo ven en el aire, todavía no está bien estudiado.

El origen de los colores

Una revista técnica publica la siguiente curiosa enumeración de la procedencia de los distintos colores:

De la cochinilla se obtiene el carmín, el escarlata, el carmesí y las lacas purpúreas; la jibia da el sepia, que es el líquido que, á semejanza de los calamares, arroja cuando se ve atacada, á fin de enturbiar el agua; el

amarillo indio procede del camello; el negro de marfil y el negro de hueso, de las raspaduras del marfil; el hermoso azul de Prusia, de cascos de caballo y otros restos animales fundidos con carbonato potásico; ciertas lacas se derivan de raíces de distintas plantas, cortezas y resinas; el negro azulado sale del carbón de tronco de parra; la savia amarilla de un árbol de Siam que produce la goma guta; el bistre es el hollín de cenizas vegetales.

El reino mineral es también fuente de varios colores; entre ellos pueden citarse la tierra de Siena, que como su nombre indica se hace con la tierra de los alrededores de la ciudad de Siena (Italia), y la tierra de sombra, procedente de otra tierra que se encuentra cerca de Umbría. El azul de Ultramar legítimo, que se obtiene del lapizlázuli, es muy caro y abunda poco en el mercado.

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazón, Hidropesías, Tosos nerviosas, Bronquitis, Asma, etc. Empleado con el mejor éxito.

HEMOSTÁTICO el más PODEROSO SOLUCIÓN TITULADA Las Grageas hacen mas facil el labor del parto y detienen las pérdidas.

Ergotina y Grageas de ERGOTINA BONJEAN

AMPOLLAS ESTERILIZADAS para Inyecciones Hipodérmicas

Medalla de ORO de la S^{ad} de F^{ia} de Paris. LABELONYE y C^{ia}, 99, Rue d'Aboukir, PARIS y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EXIÁNSE LAS VERDADERAS PILDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE

Estas pildoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Perniciosas, la Gripe, ó Influenza, y todas las enfermedades ocasionadas por la D^{is} y las Fiebras.

Depósito General, Dr. Paul GAGE hijo, 1^{er} de 1^a cl., 9, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR
CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
prescrito por los Médicos en los casos de
— ENFERMEDADES DE LA PIEL —
Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
102, Rue de Richelieu, Paris y en todas Farmacias del Extranjero.

SOLUCIÓN PAUTAUBERGE
al Clorhidro-Fosfato de Cal Creosotado
El remedio más eficaz para curar las ENFERMEDADES DEL PECHO más eficaces las TOSAS RECIENTES Y ANTIGUAS las BRONQUITIS CRÓNICAS
L. PAUTAUBERGE, 9bis, Rue Lacvée, Paris y LAS PRINCIPALES BOTICAS.
Desconfiarse de las imitaciones y exigir la Firma L. PAUTAUBERGE.

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año 1904

Está á la venta

